

Claude Bitot

**INVESTIGACIÓN
SOBRE EL CAPITALISMO
LLAMADO TRIUNFANTE**



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

Claude Bitot

**INVESTIGACIÓN
SOBRE EL CAPITALISMO
LLAMADO TRIUNFANTE**



**EDICIONES
ESPARTACO INTERNACIONAL**

Título original:

Enquête sur le capitalisme dit triomphant

Traductor:

Emilio Madrid Expósito

Primera edición en español:

Julio de 2002

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 84-607-5230-5

Depósito Legal: B-36.735-2002

IMPRESO EN ROMANYÀ VALLS, S.A.

Claude Bitot, autor de esta obra, ha escrito también
El comunismo no ha empezado todavía, editado en
español con autorización de la asociación

Les Amis de Spartacus
8, impasse Crozatier
75012 PARIS

ÍNDICE

	Página
Prefacio a la edición española.....	7

INVESTIGACIÓN SOBRE EL CAPITALISMO LLAMADO TRIUNFANTE

Primera parte

Prólogo.....	11
--------------	----

I. La acumulación del capital y su final de ciclo

La acumulación del capital como fin.....	19
El límite del capital.....	26
La acumulación normal del capital.....	31
La acumulación del capital en su fase de final de ciclo.....	34

II. Los diversos aspectos del final de ciclo

De la baja tendencial a la baja absoluta de la tasa de ganancia.....	39
La baja absoluta de la clase obrera productora de plusvalía.....	44
La explosión de los empleos de servicios y su carácter cada vez más artificial.....	49
El ascenso del paro y la puesta fuera de circuito.....	52

III. Del final de ciclo al final del capitalismo

¿Qué final del capitalismo?.....	59
Restaurar algo la tasa de ganancia.....	63
El gran recurso: el regreso al liberalismo.....	67
El retorno de la dinámica de las crisis.....	72

Epílogo.....	77
Notas.....	81

**EL CAPITALISMO LLAMADO TRIUNFANTE
CONSIDERADO BAJO ALGUNOS DE SUS
ASPECTOS POLÍTICOS, SOCIALES E
IDEOLÓGICOS**

Segunda parte

Prólogo.....	85
--------------	----

I. El declive de las naciones burguesas

Un poco de historia.....	89
Retorno de los regionalismos, ascenso de los comunitarismos, declive de la idea de nación.....	91
Caída de la tasa de ganancia, “mundialización” del capital y declive de las naciones.....	94
La “construcción europea” y el declive de las naciones.....	97
Tendencias a la fragmentación y al estallido en el resto del mundo.....	99

II. La decadencia de la democracia burguesa

Breve evocación.....	103
De “la democracia social” a la “democracia de mercado”	104
El “déficit democrático” o la decadencia de la democracia burguesa.....	107

III. El ascenso del subproletariado

Proletariado y subproletariado.....	111
Importancia del subproletariado y su situación.....	112
Más que un “ejército de reserva”.....	115

IV. Reflujo de las clases medias

Clases medias, ¿o sea?.....	117
En “ <i>el ascensor social</i> ” ya no hay puestos para todo el mundo.....	119
La inevitable recaída.....	122

V. El agotamiento ideológico

Necesidad de un sistema de creencia colectivo.....	125
El derrumbamiento de las creencias políticas.....	127
El agotamiento ideológico.....	129

VI. Del “orden moral” al “desorden moral”

Los verdaderos valores burgueses.....	133
Grandeza y decadencia.....	135
El desorden moral.....	138

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Si nos situamos en un terreno exclusivamente económico, ¿se puede considerar que el capitalismo tiene un límite histórico? Por su parte, la gran marxista Rosa Luxemburgo respondía diciendo que sí, indudablemente, el capitalismo, en tanto que modo de producción, llegaría a un estadio último en que se convertiría en “una imposibilidad económica objetiva”, ella descartaba, no obstante, esta eventualidad al considerar que antes incluso de que el capitalismo hubiese podido recorrer la totalidad de su trayectoria histórica, “la exasperación de los antagonismos sociales y políticos” crearía “una situación tan insostenible” que no habría necesidad de que el capitalismo alcanzase un tal extremo para desaparecer. Esto fue escrito en 1913 en su ensayo “La Acumulación del capital”. Casi 90 años después, ¿es posible todavía sostener semejante punto de vista? Lo que la Historia ha mostrado después es que la lucha de clases, que debía, según Rosa Luxemburgo, abreviar la duración de la vida del capitalismo, no ha sido capaz de llevar a cabo esa misión. No porque tal lucha fuese inexistente, sino porque el capitalismo encontró en sí mismo suficientes recursos económicos como para cortarle la hierba bajo los pies y así hacerla lo bastante inofensiva como para evitar que pudiese poner seriamente en peligro su sistema. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con ocasión de la gran crisis de 1929-33, cuando el capitalismo, a pesar del hundimiento espectacular de su economía, acabó por enderezar la situación y de este modo hizo inoperante la lucha de clases desde un punto de vista revolucionario, no desembocando ésta más que en soluciones reformistas: New deal, keynesianismo,

intervención del Estado, sin contar, después de la guerra en 1945, la fase llamada de los “30 años gloriosos” que vio, con ayuda del “Estado-providencia”, la puesta en marcha de toda una serie de reformas (seguridad social, jubilación, salario mínimo, extensión de las vacaciones pagadas, etc.), lo que tuvo como efecto apagar aún más la lucha de clases.

¿Quiere esto decir que la lucha de clases debe ser considerada nula en el final del capitalismo? No, pues a todas luces este último no desaparecerá por sí mismo sin intervención de los hombres. Ciertamente son éstos los que hacen su propia historia pero, como decía Marx, en condiciones **determinadas**. Ahora bien, como lo ha demostrado la historia del siglo XX, está claro que jamás se dieron tales condiciones. Esto significa una cosa: mientras que el capitalismo disponga de un margen de maniobra económica para remontar sus crisis y, por tanto, sea capaz de proseguir su acumulación, no se podrá contar con la lucha de clases para ajustarle las cuentas. Para esto será necesario que el capitalismo haya alcanzado sus límites económicos objetivos y, por tanto, haya llegado hasta el final de su curso histórico posible y se vea suprimido entonces por la acción de los hombres.

A fin de encontrar una salida victoriosa que desemboque en el comunismo no falsificado, ¿por qué proceso complejo deberá pasar una tal acción? Esto no es posible entreverlo de un modo preciso, al no haber comenzado la lucha por la liquidación definitiva del capitalismo. Por el contrario, lo que sí es posible entrever ya – y este es el objeto propio de esta “investigación” sobre el capitalismo actual – es que el sistema capitalista ha entrado ya, no en una crisis económica grave y permanente que anunciaría su caída inminente – lo que sería ridículo pretender – sino en una zona límite de su desarrollo que nosotros llamamos “final de ciclo histórico”: en adelante – desde 1975, grosso modo – el sistema ha perdido económicamente su dinámica y no funciona ya más que al ralentí; socialmente, para recobrar algo su vigor, está condenado a poner en tela de juicio gradualmente todo el dispositivo reformista que había puesto en marcha, lo que no dejará de tener consecuencias sobre la “paz social” que

había logrado instaurar; estructuralmente está gastado, costándole cada vez más trabajo a las relaciones sociales capitalistas reproducirse (aparición explosiva de los empleos improductivos – no creadores de plusvalía -, lo que va contra la lógica del sistema, una capa creciente de la población descartada del salariado y condenada a la exclusión, a la precariedad, al trabajo negro, a ser asistida, a las “chapuzas”); políticamente, está falto de herederos, viéndose la democracia burguesa abandonada por una parte creciente de los electores; ideológicamente, ya no tiene perspectivas creíbles que ofrecer, estando agotados los ideales clásicos burgueses, aun si para devolverles algo de vigor se agita el espantajo de un seudo “peligro fascista”.

Evidentemente, tal situación creada, que puede durar todavía un tiempo bastante prolongado, no es muy agradable de vivir pues vivimos el declive de un mundo, el declive del mundo capitalista cuyos primeros balbuceos se hicieron oír hace unos 5 siglos. En este mundo, al no aparecer por ahora en el horizonte ninguna alternativa creíble y tangible en su lugar, muchos se entregan, para escapar de él, a una especie de huida hacia delante en las diversiones de toda clase, en lo “festivo” – jamás se ha hecho tanta “fiesta” a propósito de todo y de nada – pues hay que aturdirse, a falta de algo mejor. No importa, este mundo no deja de ser el nuestro, el que hay que analizar, sondear, descifrar, y esto es lo que este escrito se ha empeñado en hacer, al estar imbuido por la idea de que acabará siendo sancionado por una revolución emancipadora.

Junio de 2002

INVESTIGACIÓN SOBRE EL CAPITALISMO LLAMADO TRIUNFANTE

PRIMERA PARTE

“En la medida en que el razonamiento teórico tiene validez y permite previsiones, todo indica que nos encaminamos no sólo hacia un deterioro de la prosperidad, sino también hacia el fin del sistema capitalista mismo.”

P. Mattick, “Los límites de la integración: el hombre unidimensional en la sociedad de clases” (1969), *in Integración capitalista y ruptura obrera* (París, 1972, EDI, p. 204).

Prólogo

Hoy, el capitalismo es presentado por sus apologistas como “el horizonte infranqueable y sin límites de la humanidad”. Para ellos, “la economía de mercado”, como dicen, es el mejor sistema posible. Definida como “una producción de bienes y de servicios”, es aquella que, medida en términos de “crecimiento”, permite, gracias a su competencia y su iniciativa privada, ir cada vez más lejos en la producción de riquezas, de valores de uso renovados incesantemente y que cada cual puede adquirir según sus méritos.

Semejante credo de los apologistas encuentra un eco tanto más grande cuanto que se apoya en un hecho bien tangible: efectivamente, la sociedad capitalista al último grito se presenta como un inmenso escaparate de mercancías que se ofrecen permanentemente a las miradas de las muchedumbres. En otros tiempos, cuando las capacidades de producción eran menores, era más difícil hacer pasar la sociedad capitalista por una “sociedad de consumo”. Los bienes producidos eran limitados, sólo la pequeña minoría burguesa podía acceder a ellos. El pueblo, por su parte, sólo podía apretarse el cinturón, al estar reducido su consumo a lo estrictamente necesario. Con los enormes poderes productivos puestos en acción, semejante imagen del capitalismo, en cierta medida arcaica, se ha difuminado. La producción en masa permite acreditar la idea según la cual la riqueza podría estar al alcance del mayor número de personas. Y de resultas, la idea misma de capitalismo se ve modificada por ello. En lugar de ser sinónimo de penuria, de explotación, de miseria, se convierte en sinónimo de abundancia, de consumo ilimitado. El capitalismo sale de ahí como rehabilitado.

Para los apologistas, vivimos el advenimiento del “capitalismo triunfante”. Éstos encuentran la confirmación de este triunfo no sólo en los avances materiales del capitalismo (con las nuevas tecnologías de la producción, de la información y de la comunicación), sino también en sus conquistas espirituales: en adelante, pocos son los que se arriesgan a impugnarlo radicalmente; sólo cosechan burlas, ironía; con una condescendencia divertida se les hace ver que sólo son los últimos de un pasado caducado para siempre; en cuanto a los intelectuales, están ahí para venir a decir que no hay alternativa creíble al capitalismo, que el comunismo ha fracasado y no puede conducir más que al “totalitarismo”. A partir de ahí, al ser el capitalismo lo único que se puede concebir, ya no queda, a guisa de oponentes, más que algunos vagos reformadores sociales que, bajo diversas etiquetas, se sienten molestos por algunos “excesos” del capitalismo, denuncian sus aspectos “ultraliberales”, pero se guardan mucho de ponerlo en tela de

juicio como sistema, deseándolo simplemente “más humano”, “más atemperado”.

Por lo tanto, todo va lo mejor posible en el mejor de los mundos capitalistas. El capitalismo “ha ganado” y los apologistas sacan de ahí la conclusión de que está programado para la eternidad. ¿“La crisis”? ¿Pero de qué crisis del capitalismo se habla? El mundo entero se ha adherido a “la economía de mercado”, regiones hasta ahora subdesarrolladas han visto brotar las empresas como champiñones y el comercio mundial jamás ha estado tan floreciente. De acuerdo, desde 1974 asistimos a cierta ralentización del crecimiento, pero no es nada grave: a estos “veinte años calamitosos” sucederán “veinte años maravillosos” (*Le Monde* del 17 de diciembre de 1994). En pocas palabras, el discurso de los apologistas exaltando el capitalismo es inagotable, inmejorable. El único punto negro que aún subsiste, en algunas regiones del mundo, es el ascenso de los integrismos religiosos y de los nacionalismos, o bien, en Occidente, del “peligro fascista”, que al parecer podría amenazar “nuestras sociedades democráticas”. Pero todo esto forma parte del juego. Por más que nos sintamos vencedores, no deja de ser interesante tener un enemigo supuesto: esto refuerza la cohesión social y permite mantener encendida la llama.

Tal es la visión que se puede tener sobre el capitalismo actual. Es la de los apologistas que, como hemos precisado, no carecen de argumentos para hacer valer su punto de vista. Sin embargo, es posible otra visión muy diferente.

El capitalismo, en realidad, no tiene motivos para echar las campanas al vuelo. ¿“La alta tecnología” de la que está tan orgulloso? Más bien es su tumba; no es con máquinas, por muy sofisticadas que sean, como se obtiene ganancia, sino con hombres, hombres que, en el sector neurálgico de la producción rentable son eliminados por estas mismas máquinas. ¿“El retorno al liberalismo” alabado por los expertos en ciencias económicas? Más bien es una confesión de fracaso, el del “neocapitalismo” keynesiano tan exaltado en el pasado y que, con su consumo improductivo inducido por el Estado a fin de

mantener “la demanda global”, acaba por precipitar al capitalismo en el pantano sin fondo de la inflación monetaria y de la caída de la tasa de ganancia; de hecho, semejante “retorno”, con la retirada del Estado que implica, significa la vuelta a las crisis cíclicas, con una crisis catastrófica “tipo 1929” en última instancia. ¿“El pleno empleo” que el capitalismo pretendía haber realizado? Desde hace veinte años se asiste al surgimiento del paro masivo y creciente, a la precarización creciente del empleo, a la exclusión pura y simple del trabajo de una masa de hombres y de mujeres condenados a la asistencia pública o privada, encontrándose muchos de ellos en la calle “sin domicilio fijo”. ¿Y la famosa “sociedad de consumo”? Hoy, el capitalismo, para restaurar algo su tasa de ganancia y hacer las empresas competitivas en el mercado mundial, se ve obligado a bajar los salarios reales; para ello pone en competencia a los trabajadores del mundo entero a fin de encontrar la fuerza de trabajo lo más barata posible, al tiempo que condena a millones de individuos al paro, los cuales no sobreviven más que gracias a subsidios concedidos cada vez con más tacañería; a partir de ese momento, ¿cómo puede pretender hacer consumir “cada vez más” si aparta de dicho consumo a una masa creciente de hombres y de mujeres? Incluso la división “izquierda-derecha” se tambalea; cada vez parece menos creíble, hasta tal punto los programas son fundamentalmente los mismos, con apenas algunos matices, y los efectos idénticos: cada vez más parados, precarios, excluidos, pobres, bajos salarios.

¿Qué pensar de semejante realidad del capitalismo? ¿Que se trata de una crisis? Una crisis tiene como característica económica bien precisa el corresponder a una caída momentánea del crecimiento. Ahora bien, desde 1974, fecha del final de los “treinta años gloriosos”, la expansión ha proseguido su marcha hacia delante (incluso si esto fue con tasas de crecimiento más débiles) únicamente interrumpida por recesiones todas remontadas. Consecuentemente, fuerza es constatar que, a menos que se ponga la palabra crisis en todas las salsas, lo que

caracteriza al capitalismo desde hace una veintena de años es algo muy distinto.

A decir verdad, está en *final de ciclo*. Con este término no queremos dar a entender que se va a hundir de un momento a otro. Este género de pronóstico es demasiado aleatorio para no atraerse la ironía de aquellos que lo creen eterno, o bien, lo que equivale más o menos a lo mismo, que consideran que todavía tiene “días gloriosos por delante”. Semejante término significa que en adelante el capitalismo ha entrado en una zona límite, que puede durar todavía cierto tiempo, pero que tendrá como efecto hacer la acumulación del capital, que le caracteriza específicamente, cada vez más difícil, y finalmente imposible, lo que provocará su caída final. La caída de la tasa de ganancia, que de simple tendencia hasta ahora, se manifiesta en adelante bajo una forma que se acerca a lo absoluto, la disminución no ya simplemente relativa, sino absoluta, de la clase obrera productora de plusvalía, la explosión de los empleos de servicios improductivos, el ascenso de un paro que desemboca en una puesta fuera de circuito definitiva de una parte de la población activa, son hoy otros tantos indicios de este final de ciclo del capitalismo.

De hecho, esta otra visión que nosotros tenemos del capitalismo se entremezcla con la de los apologistas. Éstos pueden, efectivamente, considerar el capitalismo como triunfante, pues al haber vencido todos los obstáculos que se encontraban en su camino, ha llegado al máximo de su potencia hasta el punto de no tener ya, por así decir, adversarios, pero por otro lado este momento del triunfo más grande se revela ser también el comienzo de su final, indicando su éxito al mismo tiempo su *límite* objetivo, límite que se puede empezar a entrever.

Evidentemente, los apologistas podrán objetar que nuestro punto de vista está falseado, pues se basa en un tipo de análisis equivocado, el análisis marxista: teoría del valor-trabajo, teoría de la plusvalía, distinción entre trabajo productivo y trabajo improductivo, ley de la caída de la tasa de ganancia. Por nuestra parte, consideramos que sólo este análisis propio de la

teoría de Marx permite comprender algo del capitalismo, no sólo para saber cómo funciona, sino también por qué acabará por hundirse. El punto de vista de los apologistas tendente a hacer creer que el capitalismo es “infranqueable”, o dicho de otra manera, que no puede morir, es partícipe de la economía vulgar y supervulgar que Marx denunciaba ya en su tiempo. Una vez que el capitalismo, explicaba él, ha comenzado a partir de 1825 su ciclo periódico de crisis, y la lucha de clase entre la burguesía y el proletariado ha comenzado a tomar formas explícitas y amenazantes, “se acabó la economía burguesa científica. La cuestión ya no era saber si tal o cual teorema era cierto, sino si era útil o nocivo al capital, si le agradaba o desagradaba, si era contrario o no a los reglamentos de policía. La investigación desinteresada cedió el lugar al mercenariado, a la inocente investigación científica sucedieron la mala conciencia y las malas intenciones de los apologistas” (epílogo a la segunda edición alemana del *Capital*, 1873).

Con los apologistas actuales, está claro que las cosas no se han arreglado y que su rechazo del contenido científico del análisis de Marx no es inocente.

Este estudio sobre el curso del capitalismo se refiere a los veinticinco países de la OCDE. Se le podrá objetar su carácter parcial. En realidad, no hay nada de eso. Se trata de los países en que se pueden verificar las tendencias más avanzadas del mundo capitalista, repartiéndose éste en tres grandes polos geoeconómicos: Europa Occidental, América del Norte y Asia con Japón, al que se añaden algunos países del Pacífico, hasta el Sureste asiático. En otras partes, el modo de producción capitalista no ofrece el mismo campo de observación. Éste reúne países ya sea subdesarrollados, ya sea semidesarrollados, o bien incluso en regresión (los países supuestamente exsocialistas) los cuales, de todas maneras, jamás alcanzarán el nivel requerido para formar parte de la “tríada” evocada más arriba, y a los que por tanto se debe considerar fuera de competición.

No hemos creído necesario “actualizar” este texto escrito en 1995. La “crisis financiera” que desde entonces se ha

abatido sobre el Sureste asiático, Rusia, América Latina, no es más que una manifestación de la caída drástica e histórica de la tasa de ganancia que caracteriza en lo sucesivo al capitalismo: a falta de poder invertirse en la economía real con una rentabilidad suficiente, los capitales se vuelven “especulativos” a fin de valorizarse artificialmente, hasta el momento en que se produce un pánico bursátil; es lo que ya había ocurrido en octubre de 1987 y que se ha reproducido en 1997 y 1998, pero esta vez con consecuencias económicas como en Asia del Sureste. En Francia, el proyecto de reducción de la duración del trabajo a 35 horas semanales no tendrá como efecto más que incitar a los capitalistas a modernizar un poco más su aparato productivo, lo cual anulará el empleo nuevo susceptible de ser creado por este proyecto, mientras que la “anualización del tiempo de trabajo” exigido por los patronos tendrá como consecuencia hacer el trabajo más “flexible”, es decir, claramente, más productivo.

I

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL Y SU FINAL DE CICLO

La acumulación del capital como fin

Para no decir “capitalismo”, los apologistas utilizan hoy la expresión “economía de mercado”. Esta expresión no es, evidentemente, inocente. Tiende a hacer creer en la existencia de una economía cuya finalidad sería la producción y el consumo de bienes: se producen mercancías, se las vende en el mercado y con el dinero conseguido con esta venta se compran otras mercancías que permiten la satisfacción de las necesidades. Como todo el mundo es vendedor de algo, tanto el empresario que vende sus “productos” como los asalariados que venden su “trabajo”, estaríamos en una economía en la que el mercado es el medio puesto al servicio del consumo. De este modo, las nociones de explotación, de apropiación privada, de ganancia y de acumulación del capital son completamente escamoteadas.

Marx calificaba este tipo de economía de “circulación mercantil simple” y la definía por la fórmula: Mercancía-Dinero-Mercancía; con M-D-M se vende para comprar y se compra para consumir, “por consiguiente, lo que constituye la finalidad es el consumo, la satisfacción de las necesidades, en una palabra, el valor de uso” (1). De este modo Marx ponía como ejemplo al campesino que “vende trigo y, con el dinero así conseguido, compra ropa”. Para los ideólogos actuales de “la economía de mercado” las cosas sucederían, *grosso modo*, así. De hecho, puro engaño. Una economía así, que describe el circuito M-D-M, tenía lugar cuando la producción estaba

asegurada esencialmente por pequeños productores individuales, artesanos y campesinos, propietarios de sus medios de producción, es decir, cuando la economía era todavía precapitalista. Con la expropiación de la gran mayoría de estos pequeños productores en beneficio de propietarios que concentran en sus manos los medios de producción y utilizan la mano de obra asalariada, “la economía de mercado” es completamente distinta. En lugar de M-D-M se tiene D-M-D’: el circuito se ha invertido completamente, se parte del dinero y se vuelve a él, pero éste sale del circuito más crecido de lo que era al principio pues “es totalmente evidente que el proceso de circulación D-M-D sería insípido y vacío si a través de este rodeo se quisiese cambiar el mismo valor monetario contra el mismo valor monetario, por ejemplo, 100 £ contra 100 £” (2).

Aquí tenemos la economía capitalista propiamente dicha, cuya finalidad no es el valor de uso – al quedar éste rebajado en el circuito mercantil a no ser más que un simple intermediario – sino el valor de cambio. Con la antigua economía mercantil simple se vendía para comprar cosas útiles para la vida y no se explotaba a nadie; con la economía mercantil capitalista se compra para vender a fin de “obtener una ganancia”, “ganar dinero”, explotando la fuerza de trabajo de otro; para conseguirlo, a los capitalistas que disponen de los medios de producción les basta comprar la fuerza de trabajo humana con el fin de extraer de ella una plusvalía, al tener aquélla la facultad de crear más valor del que exige su mantenimiento o salario; a partir de ese momento ya no hay más que realizar esta plusvalía en dinero vendiendo en el mercado la mercancía en la que está cristalizada.

Hay capitalismo a partir del momento en que una cierta cantidad de dinero invertida en la producción sale de ésta más grande que al entrar, constituyendo la diferencia la ganancia. Sólo con esta condición, el dinero se convierte en capital. Pero esta condición no es suficiente para que haya *acumulación* del capital. En efecto, suponiendo que un capitalista, una vez realizada su ganancia en dinero, lo gasta en alegrías animado por la sed de disfrutar y no de enriquecimiento, en este caso no

habrá acumulación del capital, habrá sólo reproducción simple del capital: una vez dilapidada su ganancia volverá a encontrar su capital idéntico a lo que era al principio; no será más rico que antes.

Para Marx, esta reproducción simple del capital era lo que caracterizaba, en lo esencial, la economía antigua: “Los antiguos ni siquiera soñaban con convertir el plusproducto en capital, o al menos no lo hacían más que en una medida muy limitada (lo extendida que estaba entre ellos la acumulación de tesoros muestra qué cantidad de plusproducto permanecía baldío). Transformaban gran parte del plusproducto en gastos improductivos para obras de arte, edificios religiosos, trabajos públicos. Su producción tendía menos aún a desarrollar y a desencadenar las fuerzas productivas materiales por medio de la división del trabajo, del maquinismo, de la aplicación de las fuerzas naturales y de la ciencia a la producción privada. En suma, jamás sobrepasaron verdaderamente los límites del trabajo manual del artesano. La riqueza que crearon para el consumo privado era relativamente restringida y no parece considerable sino porque se encontraba concentrada en pocas manos que, por lo demás, no sabían qué hacer con ella. Consecuentemente, no había superproducción, había superconsumo por parte de los ricos entre los antiguos y en los últimos tiempos de Roma y de Grecia se mostraba en un loco derroche” (3).

Los antiguos no tenían, pues, como fin la acumulación del capital. Y si “ni siquiera soñaban con convertir el plusproducto en capital”, como observa Marx, es porque las fuerzas productivas estaban desarrolladas débilmente: al no sobrepasar su economía “jamás verdaderamente los límites del trabajo manual del artesano”, el plusproducto, o ganancia, era al mismo tiempo débil; para que éste llegue a ser importante, supone un desarrollo bastante grande de la productividad del trabajo (si, en una jornada de trabajo, lo esencial del tiempo transcurrido está consagrado al mantenimiento de la fuerza de trabajo a causa de la débil productividad del trabajo, la plusvalía obtenida será irrisoria), productividad que implica a su vez el desarrollo del maquinismo, la división del trabajo, la aplicación

de las ciencias naturales a la producción, cosas todas que no existían en tiempos de Roma ni de la Grecia antigua. En caso contrario, los antiguos habrían “soñado”, al igual que los capitalistas modernos, con convertir el plusproducto en capital; habrían adquirido subjetivamente esa mentalidad propia de estos últimos y que Marx define como “impulsión absoluta de enriquecimiento”, “la búsqueda apasionada del valor” (4). En una palabra, si los antiguos no se sentían atraídos por la apropiación de la riqueza abstracta y su aumento continuo, es porque no estaban reunidas las condiciones históricas de la acumulación del capital.

Cuando Marx habla del capitalista individual no duda en compararlo a un atesorador. Como este último, su “fin subjetivo”, en tanto que ser “dotado de voluntad y de conciencia”, es “la apropiación creciente de la riqueza abstracta” (5). Pero el capitalista, precisa Marx, es, no obstante, algo más que un Harpagon cualquiera: “Mientras que el atesorador no es más que el capitalista perturbado, el capitalista es el atesorador racional. La multiplicación incesante del valor que desea el atesorador intentando salvar el dinero de los riesgos de la circulación, el capitalista, más inteligente, la obtiene entregándolo incesantemente a la circulación” (6).

Sin embargo, otro factor viene a añadirse, éste más objetivo, que empuja al capitalista a arrojar sin tregua ni reposo su dinero a la circulación: la competencia de los otros capitalistas. En efecto, si por casualidad rehusase volver a comenzar incesantemente esta operación, ¿qué es lo que pasaría? En este caso, dejaría de existir rápidamente como capitalista. Sus competidores, habiendo invertido su ganancia de una manera más productiva, en forma de máquinas de mejores resultados, de instalaciones más modernas, de nuevas fuerzas de trabajo, producirían mercancías más baratas que nuestro capitalista dilapidador o bien simplemente atesorador a la manera de Harpagon, y éste se vería suplantado y pronto arruinado por sus competidores. Cada capitalista está sometido, pues, “a la coacción exterior de las leyes inmanentes de la producción

capitalista. Ésta le constriñe a ampliar sin cesar su capital para conservarlo y no puede ampliarlo más que a través de una acumulación progresiva” (7).

Todavía hay otro hecho a considerar. Al estar constreñido el capitalista a “ampliar su capital para conservarlo”, se ve que existe otra diferencia entre él y el atesorador: al actuar así, está obligado a aumentar su *capital productivo*. El capitalismo, en tanto que sistema, no es simplemente un montón de oro que se acumula continuamente; es, paralelamente, un mundo industrial que se desarrolla: máquinas, instalaciones, fuerzas de trabajo obreras, constituyendo el conjunto las fuerzas productivas de la sociedad, fuerzas productivas que para Marx forman la base material de una sociedad superior, el comunismo. Ciertamente, este último aspecto el capitalista no lo necesita para nada, pues “como fanático de la valorización del valor es como constriñe sin miramientos a la humanidad a la producción por la producción y por tanto a un desarrollo de las fuerzas productivas sociales y a la creación de condiciones materiales de producción que sólo ellas pueden constituir la base real de una forma de sociedad superior cuyo principio fundamental es el pleno y libre desarrollo de cada individuo” (8).

Ése es el lado positivo del capitalismo que, sin esto, no tendría ningún valor histórico, no sería más que un sistema absurdo consistente en acumular por acumular la riqueza abstracta, el capital dinero. Por lo demás, incluso el capitalista individual, a diferencia del atesorador clásico, no se entrega completamente a esta lógica. A la manera del Fausto de Goethe, Marx observa que “dos almas habitan en su corazón” y que entran en conflicto: una orientada hacia la “impulsión de acumulación”, la otra hacia “el deseo de disfrute” (9). En los inicios del modo de producción capitalista es esta primera tendencia a la renuncia y a la avaricia la que le gana la partida y constituye su pasión exclusiva, pero con los progresos de la industria cede al lujo y al despilfarro, aunque “la avaricia más tacaña y el espíritu de cálculo más necesitado estén siempre alerta” (10).

Pero el capitalista individual es una cosa, el sistema capitalista es otra. Con éste, el capitalista individual no es más que un engranaje. El sistema lo fuerza, por la coacción exterior que le impone bajo el efecto del aguijón de la competencia al que lo somete, a hacer - so pena de desaparecer como capitalista - del crecimiento constante del capital colocado en su empresa, una necesidad, su fin supremo, hasta el punto de que “si para la economía clásica, el proletario no es más que una máquina de producir plusvalía, el capitalista no es, a su vez, más que una máquina de transformar esta plusvalía en pluscapital” (11).

Por tanto, ¡la acumulación del capital como fin y nada más! “¡Es la ley, la palabra de Moisés y de los Profetas!” y también, “la vocación histórica de la época burguesa” (12). Vocación que hasta el momento no ha podido ser desviada verdaderamente, aunque algunos se emplearon en ello. Así, Malthus, que ya en su tiempo, so pretexto de ahorrar al capitalismo la superproducción, lo invitaba a producir para el consumo improductivo de los aristócratas ociosos y de los prebendados del Estado y del clero. Con ello se atrajo la cólera de los partidarios de Ricardo, horrorizados de semejante proposición absurda. Para ser más moderno, señalemos igualmente a los ideólogos críticos de la “sociedad de consumo” que pretenden que el capitalismo ya no sería más que un “productivismo” y un “consumismo” desenfundados, alienante y destructor de la naturaleza pero cuya vocación primera – la producción con vistas a la plusvalía y la acumulación del capital – apenas sería ya una realidad.

De hecho, si se hubiese producido semejante tipo de figura, esto habría significado la extinción de la producción al perder ésta todo estímulo para los capitalistas. Su objetivo es la ganancia y ésta no está hecha para ser consumida, sino para ser acumulada. Si no actúan así, otros lo harán en su lugar y se verán eliminados. Las empresas capitalistas no sólo no trabajan para tener pérdidas, sino que ni siquiera trabajan contentándose sin obtener ganancias, lo que las condenaría a una reproducción simple y no ampliada del capital. Lo único que el sistema capitalista puede consentir simplemente, en una situación

histórica determinada, es hacer que las masas consuman más, elevando los salarios directos, y aceptando impuestos más pesados del Estado sobre las ganancias del capital, para elevar los salarios indirectos. Pero lo hará a condición de que esto no impida proseguir la acumulación del capital, que la extracción de plusvalía se vea acrecentada gracias a una productividad más grande del trabajo.

Si semejante modo de acumulación del capital, acompañado del “consumo de masas” y del “Estado-providencia”, se convierte en un freno, se verá puesto en tela de juicio, como es posible constatarlo actualmente con “el fin del fordismo” y el retorno progresivo al liberalismo “puro y duro”. Como otra forma de engaño, citemos también la ideología ecologista que consiste en atribuir los deterioros del medio natural que se puede constatar, no al desarrollo capitalista que, orientado hacia la búsqueda de la ganancia máxima, desemboca en tal destrucción, sino al “desarrollo material”, considerado como un “productivismo” ciego y cuya lógica profunda no sería la ganancia, sino la “técnica”, desembocando ésta en lo que se llamará “los estragos del progreso”. En realidad, al capitalismo le importa un comino el desarrollo material, la técnica y el progreso considerados como categorías autónomas. No los toma en consideración más que si son soportes de su acumulación, medios que permiten incrementar la producción de plusvalía, mientras que los abandona si ya no son suficientemente rentables: testigo de ello son las zonas industriales que, al no haber podido continuar siendo polos de acumulación atractivos y dinámicos, se encuentran siniestrados, abocados a la desindustrialización, condenados a volver al subdesarrollo, no siendo el capitalismo desarrollo de las fuerzas productivas más que si aumenta el volumen de la ganancia.

“¡Ahorrad, ahorrad, pues, es decir, transformad en capital una parte tan grande como sea posible de la plusvalía o del plusproducto! Acumular por acumular, producir por producir, es en estos términos como la economía clásica formulaba la vocación histórica de la época burguesa. En ningún momento se hizo ilusiones acerca de los dolores del parto de la

riqueza, pero ¿para qué lamentarse ante una necesidad histórica?” (13).

Sin embargo, una cuestión se plantea: ¿hasta cuándo será posible este ciclo infernal de la acumulación del capital? ¿Hasta cuándo tendrá razón de ser una tal “necesidad histórica”?

El límite del capital

Como límite de la acumulación del capital se puede hacer valer la existencia de las crisis. Éstas tienen lugar porque se plantea un problema de mercado: para que prosiga la acumulación del capital no basta con extraer plusvalía de la fuerza de trabajo explotada, es necesario también realizar ésta en dinero, por tanto, conseguir vender las mercancías en cuyo interior está contenida, lo que implica encontrar mercados, compradores solventes. Si no se consigue, si el mercado no llega a absorber todas las mercancías producidas, tenemos la crisis de *superproducción*. Para Marx, el mercado acaba por saturarse porque “la superproducción está condicionada específicamente por la ley general de la producción del capital: producir en proporción a las fuerzas productivas (...) *sin tener en cuenta* los límites del mercado existentes ni las necesidades solventes” (14). Las crisis están provocadas, pues, principalmente por la anarquía de la producción capitalista: “Esta aptitud de las fábricas para adquirir, por intermitencias, una extensión enorme y su dependencia respecto del mercado mundial engendran necesariamente una fiebre productiva seguida de un atasco de los mercados, cuya contracción provoca la parálisis” (15). De ello resulta que la acumulación del capital, en lugar de proseguir armoniosamente, se desarrolla según un ciclo industrial entrecortado, hecho de estancamiento, actividad media, prosperidad y finalmente de superproducción y de crisis: la curva de la producción deja de elevarse para, en su lugar, hundirse, haciéndose entonces la acumulación negativa. Pero

esta depresión no es más que momentánea. Al cabo de un lapso de tiempo relativamente corto, el ciclo infernal de la acumulación del capital comienza de nuevo. Para que tenga lugar basta que se restablezca el equilibrio entre producción y mercado. A este efecto, una masa de mercancías es destruida, fábricas desguazadas, mientras que una parte de la clase obrera, convertida en supernumeraria, va a unirse al ejército industrial de reserva. Una vez hecha esta “purga”, la expansión puede comenzar de nuevo. Primero lentamente, después una nueva fiebre productora se apodera de la producción capitalista hasta que bascula al abismo de un nuevo crack. Y el mismo guión se repite.

Las crisis, aun apareciendo como bloqueos del sistema, son al mismo tiempo para él soluciones a sus contradicciones. Y de hecho, por más que se hagan periódicas, es decir, que se repitan a intervalos bastante regulares, observamos que hasta ahora (desde 1825, fecha de la primera crisis capitalista, se puede estimar su número en aproximadamente una veintena) a pesar de que algunas hayan sido especialmente severas (como la de 1929), sólo han sido simples perturbaciones en la marcha hacia delante de la acumulación del capital. Marx, es cierto, prevé que acabarán por hacerse mortales para este último: “Las contradicciones capitalistas provocarán explosiones, cataclismos y crisis en el curso de las cuales los paros momentáneos del trabajo y la destrucción de una gran parte de los capitales llevarán violentamente al capitalismo a un nivel desde el cual podrá reemprender su curso (...). Sin embargo, estas catástrofes que lo regeneran regularmente, se repiten a una escala cada vez más vasta y *acabarán por provocar su derrocamiento violento*” (16). Pero ésa no es más que una previsión que hasta ahora no se ha realizado. Marx no hace ahí más que afirmar que habrá crisis tan violentas que provocarán el hundimiento del sistema capitalista, no nos dice por qué acabarán siendo mortales.

Más pertinente es su demostración basada en la *baja de la tasa media de ganancia*, es decir, el hecho de que un capital adelantado en la producción proporcione, en porcentaje,

cada vez menos ganancia a medida que avanza el desarrollo histórico de la producción capitalista. “De ahí la angustia, observa Marx, de los economistas ingleses a propósito de la baja de la tasa de ganancia. Que la simple posibilidad de esta baja pueda hacer temblar a Ricardo, he ahí lo que demuestra precisamente qué comprensión profunda tenía él de las condiciones de la producción capitalista (...). El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social es la tarea histórica y la justificación del capital. Al hacer esto, crea precisamente, sin saberlo, las condiciones materiales de un modo de producción superior. Lo que inquieta a Ricardo es que la tasa de ganancia, aguijón de la producción capitalista y a la vez condición y motor de la acumulación, está amenazada por el desarrollo mismo de la producción (...). De hecho, todo esto reposa sobre una razón más profunda, de la cual Ricardo sólo tiene la intuición. Se percibe aquí, en el plano puramente económico, es decir, desde el punto de vista del burgués, en el marco de la razón capitalista, desde el punto de vista de la producción capitalista misma, los límites de ésta, su relatividad; se ve que no es un sistema de producción absoluto, sino un simple modo histórico de producción correspondiente a una cierta época de desarrollo restringido de las condiciones materiales de producción” (17).

Hoy los apologistas, e incluso algunos de sus detractores, introducen una confusión permanente: el capitalismo es presentado por ellos como un sistema de producción ilimitado, mientras que en la realidad es un sistema económico limitado pues no produce por producir, y menos aún para satisfacer las necesidades, sino para permitir la valorización del capital que, al compás de su acumulación, declina, hasta el punto que si la tasa de ganancia cayese a cero, ¡la producción cesaría toda actividad y la sociedad volvería al subdesarrollo!

La tasa de ganancia declina porque, para un capital dado, la parte del capital constante (c) (máquinas, instalaciones y materias primas), que por sí misma no crea plusvalía, aumenta en detrimento del capital variable (v) (la fuerza de trabajo vivo necesario para poner en movimiento el capital constante o muerto) que, éste sí, la crea.

Así, un capital de 100 cuya composición orgánica es de 20 c + 80 v proporcionará (sobre la base de una tasa de explotación de 100 % de la fuerza de trabajo) 80 de masa de plusvalía y la tasa de ganancia será de $80 \text{ pl}/100 = 80 \%$. Pero si la composición orgánica se eleva y se convierte en 50 c + 50 v, la tasa de ganancia descenderá al 50 %. Si aún se eleva para llegar a 90 c + 10 v, la tasa de ganancia caerá al 10 %, y así sucesivamente hasta que el capital constante (constante en la medida en que no hace más que transmitir su valor inicial a la mercancía producida) llegue a ser tan importante en relación con el capital variable (variable porque, al crear una plusvalía, aumenta su valor inicial) que la valorización del capital será, por así decir, nula.

Ciertamente, Marx tiene cuidado en precisar que esta baja de la tasa de ganancia es tendencial: puede ser atajada momentáneamente por diversos procedimientos tendentes a revalorizar el capital. Así, una baja del precio de las materias primas o de las máquinas tendrá por efecto hacer bajar la composición orgánica del capital, la cual, a su vez, expresa una relación de valores y, por tanto, hará elevarse de nuevo la tasa de ganancia. El mismo resultado se obtendrá bajando el precio de la fuerza de trabajo (pudiendo llegar esta baja de salario hasta por debajo del valor de la fuerza de trabajo), o bien elevando la tasa de explotación de ésta (prolongando el tiempo de trabajo no pagado al obrero, ya sea acortando el tiempo que emplea en reproducir su fuerza de trabajo, ya sea aumentando la jornada de trabajo, pudiendo ser combinados ambos métodos). Al actuar estas contratendencias, resulta que la baja de la tasa de ganancia no es lineal, la curva de la tasa de ganancia fluctúa y, observada a través de un largo período, puede incluso describir una fase ascendente después de haber conocido una fase descendente. Pero esta revalorización del capital no es más que provisional pues la tendencia de peso, histórica podríamos decir, es siempre la misma: para un capital dado, cada vez es adelantado más capital constante (especialmente en su parte fija) y cada vez es necesario menos capital variable, teniendo esta composición técnica, cada vez más elevada, del capital como efecto elevar

igualmente su composición orgánica (a pesar de la baja del precio de las materias primas y de las máquinas como consecuencia de la productividad acrecentada del trabajo) y por tanto hacer recaer la tasa de ganancia a un nivel todavía más bajo.

Marx llega entonces a esta conclusión última: “La verdadera barrera de la producción capitalista es el *capital* mismo: el capital y su valorización por él mismo aparecen como punto de salida y punto final, motor y fin de la producción” (18).

En un capítulo especialmente sugestivo de los *Grundrisse*, expone de otra manera el límite del capital, límite observado aquí bajo el ángulo de la relación entre el capital fijo y el trabajo vivo. Así cuando la producción capitalista está en sus inicios, el medio de trabajo (el utillaje) no tiene más que una fuerza productiva muy débil, siendo la principal la fuerza de trabajo humana, con sus brazos, su cerebro, sus nervios, su habilidad y su virtuosidad. En este estadio, escribe Marx, “la cantidad de trabajo empleado representa el *factor decisivo* de la producción de riquezas” (19). Pero a partir del momento en que el medio de trabajo se hace máquina, o mejor dicho, precisa Marx, “*sistema automático de máquina*, movido por un autómatas que es la fuerza motriz que se pone en movimiento por sí misma”, es él el que se convierte en “el elemento determinante de la producción y, por tanto, de la creación de los valores de uso”. En cuanto al trabajo vivo, “es reducido, cuantitativamente, a proporciones ínfimas y, cualitativamente, a un papel ciertamente indispensable, pero subalterno respecto de la actividad científica general y de la aplicación tecnológica de las ciencias naturales”; no sobrevive más que “bajo forma de algunos trabajadores vivos”, viéndose éstos “diseminados, sometidos al proceso de conjunto de la maquinaria”.

No obstante, el error que no hay que cometer es el de creer que en lo sucesivo es la máquina la que, substituyendo al trabajo vivo, crea la plusvalía y, por consiguiente, permite al capital revalorizarse. En este estadio, la máquina es simplemente el agente principal de la creación de *valor de uso*; no añade *valor de cambio* a los productos más que en dos casos: 1) porque

al ser ella misma un producto del trabajo vivo transmite, a medida que se desgasta, una cierta cantidad de este trabajo a los valores de uso para cuya fabricación sirve; 2) porque su utilización permite acrecentar la productividad del trabajo del obrero y, por tanto, la tasa de explotación de este último. Dicho esto, de ninguna manera es para el capital un medio de revalorizarse. Por el contrario, al expulsar cada vez más la fuerza humana de la producción, mina la base misma de la valorización del capital. A partir de ahí, concluye Marx, “desde el momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza”, es decir, de los valores de uso, la explotación del trabajo vivo deja igualmente “de ser la condición del desarrollo de la riqueza general”, y entonces *“la producción basada en el valor de cambio se hunde por esa misma razón”*.

Evidentemente, semejante final del capitalismo descrito por Marx es puramente teórico. Igual que la caída de la tasa de ganancia que va hacia cero, es simplemente una indicación hacia dónde se dirige el capitalismo por el desarrollo de su capital fijo. Para realizarse implica efectivamente una automatización casi generalizada de la producción. Ahora bien, está claro que antes de llegar a semejante punto final, que hace al capitalismo totalmente imposible, éste se hundirá mucho antes, al entrar la acumulación del capital en una fase de marcado final de ciclo anunciando su caída final. Semejante fase requiere ser identificada con precisión y la teoría de la acumulación del capital elaborada por Marx nos da la clave.

La acumulación normal del capital

El fin de la producción capitalista es extraer plusvalía a fin de acrecentar el capital. Esta plusvalía, medida en relación con el capital invertido (capital constante más capital variable), es la ganancia, a su vez simple “forma mistificada” de la

plusvalía, dice Marx, en la medida en que parece extraer su origen no de la explotación del trabajo asalariado, sino de la venta, apareciendo ahí la ganancia como una simple diferencia entre el precio de mercado de las mercancías y su coste de producción.

En el curso de la acumulación del capital, hemos visto que la parte constante del capital aumenta en detrimento de su parte variable. Las razones de esta elevación de la composición técnica y orgánica del capital son el afán de la ganancia y la competencia entre capitalistas. Estos quieren aumentar sus ventas, por tanto, su masa de ganancia, y para ello deben bajar el coste de producción de sus mercancías a fin de ser competitivos. Para llegar a este resultado el gran medio es introducir máquinas más perfeccionadas cuyo coste de utilización será inferior al de los trabajadores. Precisemos, no obstante, que la sustitución de los trabajadores por las máquinas estará condicionada por los salarios de los obreros. Si el “coste del trabajo” es débil, hasta el punto de ser inferior al de utilización de las máquinas, el capitalista no las introducirá. Éste no moderniza por modernizar, como si fuese un enamorado de la técnica. Lo que para él es decisivo es el coste final de la producción de las mercancías. Si el empleo de nuevas máquinas hace bajar tal coste, no dudará, por el contrario, en ir por la vía de las “modernizaciones”. Resulta que el perfeccionamiento de la producción de las máquinas, su diversidad mayor (las famosas “innovaciones”), su capacidad reforzada de efectuar operaciones en la producción, hace su utilización cada vez más ventajosa y que la tendencia general sea al aumento del capital constante en relación con el capital variable.

Pero, contradicción: si, para un capital dado, el capital variable disminuye, la masa de plusvalía (o de ganancia) disminuirá otro tanto. Así si un capital adelantado de 100, que se compone de 50 c + 50 v, daba, con una tasa de explotación de 100 % de la fuerza de trabajo, una masa de plusvalía de 50, para un mismo capital adelantado pero cuya composición ya es de 80 c + 20 v, la masa de plusvalía no será más que de 20. Ciertamente, a fin de compensar esta pérdida, el capitalista

puede aumentar la tasa de plusvalía aumentando el tiempo de trabajo no pagado (prolongando la jornada de trabajo o acortando el tiempo de trabajo necesario para la reproducción del valor de la fuerza de trabajo). Pero admitiendo que consiga hacer pasar la tasa de plusvalía de 100 % a 200 %, la masa de plusvalía no será todavía más que de 40, mientras que al principio era de 50. Además hay que tomar en consideración otro fenómeno. Si se considera que el valor de 20 v representa 20 obreros (1 v = 1 obrero), se ve que el número de obreros ha disminuido fuertemente en relación con la antigua composición orgánica en que su número era de 50.

Sin embargo, en este estadio la contradicción es todavía relativa. En efecto, para aumentar la masa de plusvalía, bastará aumentar el capital adelantado, jugando ahí el crédito un papel decisivo si el capitalista carece de liquidez. Así, si se multiplica por 3 (100 x 3) su composición orgánica será de 240c (80c x 3) +60v (20v x 3), la masa de plusvalía de 60 y el número de obreros de 60, *disminuyendo relativamente* este último, pero *aumentando absolutamente*.

Es este esquema de la acumulación del capital el que describe Marx en el Libro I del *Capital*: “Cuando el progreso de la acumulación disminuye la magnitud relativa de la parte del capital variable, de ninguna manera excluye por eso la elevación de su magnitud absoluta. Supongamos que un valor-capital se divide en 50 % de capital constante y 50 % de capital variable y después pasa a 80 % de capital constante y 20 % de capital variable. Si el capital inicial, digamos 6.000 £, ha pasado entretanto a 18.000 £, su componente variable ha aumentado también 1/5. Eran 3.000 £; ahora se eleva a 3.600 £. Pero allí donde un aumento del capital del 20 % hubiese bastado antes para hacer subir la demanda de trabajo el 20 %, ahora se necesita que el capital inicial se triplique para conseguirlo” (20). Marx saca de ello la conclusión de que “la acumulación del capital es al mismo tiempo aumento del proletariado” (21).

Desde ese momento, partiendo de un capital inicial, la acumulación del capital describe, al compás de su reproducción ampliada, un círculo cada vez más grande que extiende su

campo de actividad a todo el planeta, incluso si tal desarrollo se lleva a cabo en grados diversos y de una manera desigual. Esta acumulación va acompañada de diversas tendencias: 1) en razón de la elevación de la composición orgánica del capital, hay *baja tendencial de la tasa media de ganancia*; 2) paralelamente, hay *aumento de la masa de ganancia o de plusvalía*; 3) hay *aumento absoluto de la fuerza de trabajo obrera*, y solamente disminución relativa de ésta.

La baja de la tasa de ganancia es compensada por el aumento de su masa y la disminución relativa del capital vivo es compensada por su aumento absoluto. Mientras estos datos contradictorios puedan ser conciliados, la acumulación del capital puede proseguir con normalidad. Sólo es perturbada por el hecho que se desarrolla según un ciclo industrial que tan pronto se contrae (crisis), como se dilata (reactivación). Pero las crisis, ya lo hemos señalado, no son más que interrupciones momentáneas de la acumulación. Yendo hasta el extremo, ésta puede proseguir sin crisis. Es lo que ha ocurrido, *grosso modo*, durante los “treinta años gloriosos” en los que el capitalismo logró disciplinarse algo por medio del Estado, tomando éste inmediatamente medidas “anti-cíclicas” con el fin de operar un “relanzamiento” tan pronto como se vislumbraba una desaceleración económica.

La acumulación del capital en su fase de final de ciclo

Retomemos el esquema precedente. Nos habíamos quedado en un capital adelantado cuya composición era de $80c + 20v$, que daba 20 de masa de plusvalía y una tasa de ganancia de 20 %. Si ahora la composición del capital adelantado se convierte en $95c + 5v$, la masa de plusvalía no será más que 5 y la tasa de ganancia caerá al 5 %. En estas condiciones, para que la masa de plusvalía aumente en relación con la antigua composición orgánica, habrá que multiplicar por 5 el capital

inicial adelantado, lo que dará $475c (95c \times 5) + 25v (5v \times 5) = 25$ de masa de plusvalía, con una tasa de ganancia siempre del 5 %. Dicho de otra manera, en adelante se necesita una masa de capital considerable para llegar a obtener una masa de plusvalía suficiente: mientras que antes bastaba adelantar 100 para que proporcionase 20, ahora se necesita adelantar 500 para que proporcione 25. La desvalorización del capital es, pues, patente. Para contenerla, al menos parcialmente, se hace vital para él intentar modificar la relación existente entre el capital constante y el capital variable.

La solución para él será acrecentar la tasa de plusvalía aumentando la productividad del trabajo. De esta manera, el tiempo que el obrero pasará para reproducir el valor de su fuerza de trabajo disminuirá, y el tiempo que pasará trabajando gratuitamente para el capital aumentará otro tanto. Tenemos aquí las famosas “ganancias de productividad”. Este método no es nuevo, pero introduciendo máquinas de elevados rendimientos (“alta tecnología”) será posible que la productividad del trabajo efectúe un salto espectacular. De esta manera se estima que esta última se ha, por así decir, duplicado, entre 1960 y 1992, en los principales países capitalistas.

Desde ese momento, partiendo de una composición orgánica que se eleva a $95c + 5v$, pero ahora con una tasa de plusvalía de 200 % en razón del aumento de la productividad del trabajo, para arrancar una masa de plusvalía de 25 bastará multiplicar por 2,5 en lugar de 5 el capital adelantado. Entonces se tendrá: $237,5c (95c \times 2,5) + 12,5v (5v \times 2,5) = 25$ de masa de plusvalía, estableciéndose la tasa de ganancia en 10 % en lugar de 5 % anteriormente.

De esta manera, la tasa de ganancia es restablecida parcialmente y la masa de plusvalía continúa creciendo; sin embargo, un elemento nuevo en la acumulación del capital interviene: al aumentar considerablemente la productividad del trabajo por medio de un maquinismo cada vez más acentuado, el capital es llevado a *disminuir de una manera absoluta* el número de obreros necesario para la producción de la plusvalía. En efecto, para producir 25 de ésta ya no hacen falta más que 12,5

obreros ($1v = 1$ obrero) mientras que antes hacían falta 20 para producir una masa de plusvalía de 20. Por eso, la mitad ellos es expulsada definitivamente de la producción.

Evidentemente, nuestro ejemplo es esquemático y la realidad no reproduce en las mismas proporciones esta baja absoluta del número de obreros, pero sirve para ilustrar este hecho importante: en lo sucesivo, la acumulación del capital destruye más empleos de los que crea. Mientras que antes las nuevas inversiones aumentaban la parte del capital variable, ahora tienen por efecto disminuirla. Con semejante caso, después de una crisis coyuntural, la reactivación económica no desembocará en una demanda de trabajo mayor significativa, pues mientras tanto habrán tenido lugar “reestructuraciones” y “modernizaciones”, eliminando personal convertido en inútil para la producción de plusvalía y que no será reemplazado.

Ahí tenemos la entrada del capitalismo en su *final de ciclo*. Éste no es el final de la acumulación, pero lleva a él, pues al proseguir esta última tiene por efecto eliminar gradualmente el capital vivo; en otras palabras, el capital está, en adelante, cortando directamente la rama a la que está agarrado: vive del trabajo vivo y lo sustituye de modo creciente por el trabajo muerto – la contradicción es patente.

Tal final de ciclo había sido vislumbrado por Marx cuando escribía: “Un *desarrollo* de las fuerzas productivas que *redujese el número absoluto de los obreros*, es decir, que permitiese de hecho a la nación entera realizar en un lapso menor de tiempo su producción total, comportaría una revolución porque colocaría a la mayoría de la población *fuera de circuito*” (22). Hoy, si todavía no se trata de revolución, es patente que estamos en esa situación de puesta “fuera de circuito”, si no de la mayoría de la población, al menos de una fracción importante de ésta – desde hace veinte años el paro, permanente, masivo y creciente, se ha instalado en todos los países capitalistas avanzados.

Frente a tal situación, no faltan charlatanes que vienen a decirnos que en adelante la producción estará asegurada por las máquinas, encargándose éstas de producir la riqueza en lugar de

los obreros, quedando como único problema el de la repartición. Eso es hacer abstracción olímpicamente del carácter *capitalista* de tal producción, cuyo fin no es producir “riqueza” (valores de uso) sino extraer la plusvalía que sólo el capital vivo es capaz de crear.

¡Reparto del trabajo! Claman otros charlatanes – de hecho, frecuentemente los mismos. Éstos pretenden que reduciendo el tiempo de trabajo, sin disminuir el salario, o casi nada, sería posible eliminar el paro. Dicho de otra manera, si volvemos a tomar nuestro esquema inicial, con $237,5c + 12,5v$, sobre la base de una tasa de explotación de 200 %, hemos visto que se obtenía una masa de plusvalía de 25 con una tasa de ganancia de 10 %; “repartiendo el trabajo”, por tanto, disminuyendo la jornada de trabajo a la mitad, la tasa de explotación descendería a 100 %, la masa de plusvalía no sería más que de 12,5 (al seguir siendo los salarios los mismos) y la tasa de ganancia descendería a 5 %. Tal es la genial solución de “reparto del trabajo” de nuestros charlatanes que, con el capitalismo (del cual han hecho un horizonte que no se puede sobrepasar), ¡querrían la mantequilla y el dinero de la mantequilla! ¡Trabajar la mitad y ganar lo mismo! Parafraseando a Marx cuando evocaba a Jeremie Bentham, ¡se podría decir que estas gentes son genios en estupidez pequeñoburguesa! De hecho, incluso si la jornada de trabajo llegase a ser disminuida en cierta proporción, esto no crearía empleos de una manera significativa: con las “nuevas tecnologías”, los obreros se verían constreñidos a una productividad del trabajo mayor, lo que anularía todo empleo nuevo.

Ahora vamos a observar las diversas facetas de este final de ciclo, tal como se presentan en el seno del capitalismo actual.

II

LOS DIVERSOS ASPECTOS DEL FINAL DE CICLO

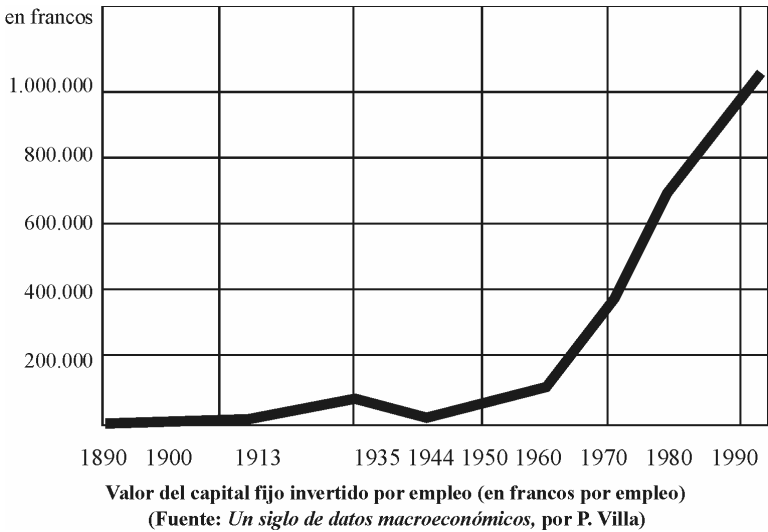
De la baja tendencial a la baja absoluta de la tasa de ganancia

“El desarrollo del capital fijo indica (...) el nivel de desarrollo de la riqueza en general, o el desarrollo del capital”, escribe Marx. El gráfico de la página siguiente, concerniente a Francia, nos da una idea muy sugestiva de este grado de desarrollo.

Se ve que desde 1890 a 1950 la parte del capital fijo invertido por trabajador sigue siendo modesta, así como su aumento: en un período de sesenta años, crece 3,7 veces. En este estadio, la maquinaria está lejos de haberse adelantado al capital vivo. La máquina, en términos generales, no es todavía más que un complemento de la mano del trabajador. No hace más que secundarlo en ciertas operaciones del trabajo, quedando él en lo esencial como maestro de obra. Por el contrario, a partir de 1950 el maquinismo despegua, como aparece claro en el gráfico. Entre 1950 y 1990, o sea, en cuarenta años, aumenta 10,4 veces. Aun cuando este crecimiento, evaluado en francos, no ofrece una garantía de exactitud rigurosa, da sin embargo una idea suficiente de su progreso espectacular.

Este salto hacia delante del maquinismo es tal, que en ciertas operaciones de la producción ha reemplazado casi por completo al trabajador. Así, con la introducción de la robótica, producto de la ramificación electrónica. En los años de 1980, se

estima que el número de robots es 3.000 en Francia, 20.000 en Europa, 65.000 en Japón (al tener este país una definición más amplia de los robots). Los diversos tipos de robots utilizados van desde los simples robots manipuladores controlados directamente por un operador, hasta los robots “inteligentes” capaces de comprender las funciones exigidas de ellos gracias a un captador.



Utilizados principalmente en el automóvil y la mecánica, los robots están limitados a operaciones de soldadura, de pintura, de manipulado. Sin embargo, ya afectan a nuevos sectores, como el agro-alimenticio, la química-farmacia, la construcción, y sus ventas han progresado el 23 % en Francia en 1994 (ver *Le Monde* del 23 de marzo de 1994). De hecho, sin que sea necesario hablar de robótica, se puede constatar que sectores enteros, como la siderurgia, la petroquímica, la industria

nuclear, funcionan con un capital vivo reducido a la mínima expresión. A guisa de ejemplo, citemos la fábrica Aluminium-Dunkerque del grupo Pechiney que, con un personal reducido a 580 personas, produce por sí sola la mitad de la producción francesa de aluminio (ver *Le monde* del 4 de noviembre de 1994).

Tal grado de mecanización aún sigue siendo excepcional. Sin embargo, de un modo general, la composición orgánica del capital, como indica el gráfico anterior, se ha elevado considerablemente. Mientras que en 1950 era de $1v$ (1 trabajador) + 87.000 F de capital fijo (el otro componente del capital constante, el capital circulante, no ha sido tomado aquí en consideración), en 1993 era de $1v + 1.030.000$ F, o sea, una elevación de la composición orgánica de 11,8 veces.

En estas condiciones, la tasa de ganancia no ha podido más que caer pues “a medida que disminuye progresivamente el capital variable en relación con el capital constante, escribe Marx, se eleva cada vez más la composición orgánica del conjunto del capital, y la consecuencia inmediata de esta tendencia es que la tasa de plusvalía se traduce en una tasa de ganancia general en baja continua, si el grado de explotación del trabajo permanece sin cambio, o incluso si aumenta (Más adelante veremos por qué esta baja no se manifiesta bajo su forma absoluta)” (1).

Con este paréntesis, Marx alude a las “influencias contrarias que contrarrestan y suprimen el efecto de la ley general (de la baja de la tasa de ganancia, NDLR) y le confieren simplemente el carácter de una tendencia” (2). Influencias que Marx enumera enseguida: aumento de la tasa de plusvalía, reducción de los salarios por debajo de su valor, baja del precio de los elementos del capital constante, inversión de los capitales en las colonias donde “la tasa de ganancia es, de un modo más general, más elevado, y más elevada también, gracias al empleo de esclavos, de culis, etc. , la explotación del trabajo” (3) (que se piense hoy en las famosas “deslocalizaciones”) (Traslados de empresa, NdT). Dicho de otro modo, Marx quiere decir aquí que la ley de la caída de la tasa de ganancia es del todo relativa: esta

última puede describir durante un tiempo una curva descendente y después, en razón de los diversos factores contrarios evocados más arriba, la curva puede ponerse a remontar.

En razón de estas fluctuaciones, algunos dirán que es difícil deducir de ahí una ley general de la baja de la tasa de ganancia, incluso tendencial. De hecho, esto puede ser cierto mientras la composición orgánica no es muy elevada y no se eleva sino débilmente. De esta manera, si de un capital adelantado de $10c + 90v$, que proporciona una tasa de ganancia de 90 % (siendo la tasa de explotación del 100 %) pasamos a un capital adelantado de $20c + 80v$, cayendo entonces la tasa de ganancia a 80 %, será relativamente fácil contener esta baja; bastará, por ejemplo, hacer pasar la tasa de explotación de 100 % a 120 %, lo que dará una tasa de ganancia de 96 %.

Por el contrario, ya no será igual si la composición orgánica se eleva considerablemente. Así, si ésta pasa de $20c + 80v$ a $80c + 20v$, la tasa de ganancia de 80 % bajará a 20 % y aun si la tasa de explotación de 100 % se eleva a 200 %, la tasa de ganancia no será todavía más que de 40 %. Aquí, la ley de la caída de la tasa de ganancia se verifica plenamente y se hace absoluta: nunca jamás la tasa de ganancia podrá remontar a 80 %, cualesquiera que sean los procedimientos utilizados para restaurarla. Las cifras de este ejemplo son evidentemente arbitrarias, pero sirven para ilustrar esta realidad: como hemos visto anteriormente, para el caso de Francia, la parte fija del capital constante, después de no haberse elevado sino muy lentamente durante un largo período, a partir de 1950 se eleva bruscamente y se ve multiplicada 10,2 veces hasta 1990; incluso si, entretanto, la tasa de explotación ha aumentado (gracias a las ganancias de productividad del trabajo, al crecer éstas entre 1950 y 1990 el 150 % aproximadamente, según los datos suministrados por la OCDE), está claro que el aumento de la tasa de plusvalía no ha sido capaz de compensar los efectos negativos sobre la tasa de ganancia debidos al aumento espectacular del capital constante en su parte fija.

Digámoslo sin rodeos: si la baja de la tasa de ganancia pudiese ser contrarrestada cada vez en proporciones tales que

anulasen una tal baja, es evidente que la ley de la baja de la tasa de ganancia apenas tendría significado alguno. De hecho, se advierte que una vez que el capital constante ha aumentado considerablemente (lo que supone un desarrollo histórico avanzado del capitalismo), la baja de la tasa de ganancia que resulta de ello no puede ser contenida más que de una manera parcial, y que de relativa que era hasta ahora, tal baja se convierte cada vez más en absoluta, hasta el punto de acarrear una desvalorización espectacular e irreversible del capital.

Hoy, semejante baja absoluta de la tasa de ganancia se verifica con la transformación del capital en producto puramente financiero, evolucionando en circuito cerrado y sobre bases especulativas. Efectivamente, se constata una división cada vez más neta entre economía real y economía ficticia: a falta de poder valorizarse de una manera suficientemente fructífera en la producción, el capital intenta recuperarse lanzándose a aventuras bursátiles y financieras con las que parece que “el dinero hiciese dinero” mágicamente. Como el capital produce poco en la industria, los bancos no adelantan sino con dificultad capital dinero con miras a la inversión productiva; no lo hacen sino con tasas de interés elevadas, es decir, en detrimento del capital industrial; de este modo, una parte importante de la plusvalía extraída por este último pasa a manos del capital financiero; al mismo tiempo, en razón de las tasas de interés elevadas, los portadores de capitales colocan preferentemente su dinero en el capital financiero, al producir tal colocación más que en la industria; el capital espera así valorizarse artificialmente en operaciones (especulaciones sobre el alza de las tasas de intereses, sobre la fluctuación del curso de las monedas, por medio de OPA [ofertas públicas de adquisición]) en las que parece tener el poder de engendrarse a sí mismo, de crear su propia plusvalía desligada de su soporte productivo; se forma entonces un capital ficticio que, después de haberse inflado desmesuradamente, imaginándose así que se hace fructífero a buen precio, se desinfla bruscamente, revelando que no era más que una “burbuja especulativa”, como cuando el crack bursátil de octubre de 1987.

Por esto, subrayemos este hecho: las derivas actuales del capital especulativo, que va de plaza en plaza financiera a la velocidad del rayo gracias a las redes informáticas, en busca “de dinero fácil en lugar de invertirse en la producción” (como lo deplora de un modo muy capitalista el coro de las plañideras de la izquierda reformista descompuesta) no son los frutos amargos de una “política” neoliberal que por sus “desregulaciones” habría favorecido conscientemente el capital financiero en detrimento del capital industrial, sino las consecuencias de un hecho histórico bien real, el de la baja de la tasa de ganancia que caracteriza al capitalismo de final de ciclo.

Tal constatación no significa que la tasa de ganancia no pueda ser restaurada en absoluto, lo que veremos a continuación. Lo esencial es comprender que ésta, en razón de su baja absoluta, es cada vez menos capaz de jugar su papel de “fuerza motriz de la producción capitalista” (Marx).

La baja absoluta de la clase obrera productora de plusvalía

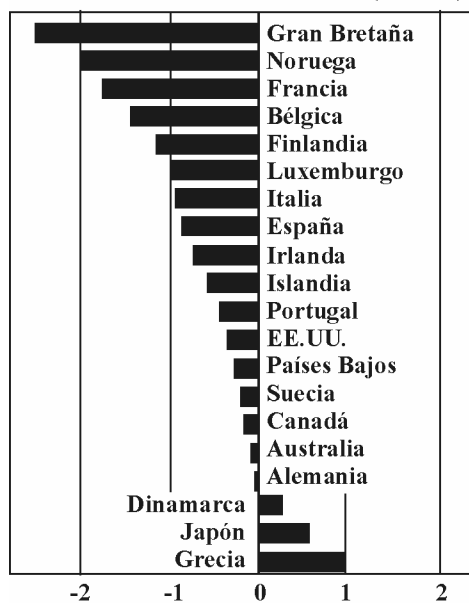
La evolución de los empleos en la industria, en porcentajes de la población activa total, para los seis grandes países de la OCDE, se presenta entre 1960 y 1990 según el cuadro siguiente:

Años	Francia	Italia	Gr. Br.	RFA	EE.UU.	Japón
1960	36,9	36,2	48,4	47,7	30,6	29,7
1970	38,7	38,4	44,1	48,4	33,0	35,7
1990	29,2	31,6	28,7	39,1	25,7	34,1

Fuente: Estudio de la OCDE sobre el empleo, 1994

Hasta 1970 hay aumento de la clase obrera industrial, salvo para la Gran Bretaña (para los seis países, su media pasa de 38,2 % en 1960 a 39,7 % en 1970). A continuación declina regularmente, descendiendo su media a 31,4 % en 1990, con una caída de 7,3 %. La baja más espectacular es la de la Gran Bretaña, el ex-“taller del mundo”, que de 48,4 % en 1960 se encuentra en 28,7 % en 1990. Alemania federal es el país donde el porcentaje es mayor, con 39,1 %. En el curso de los años 80, las pérdidas de empleos en las industrias manufactureras de los países de la OCDE son las indicadas en el cuadro siguiente (en porcentajes por año):

Industrias manufactureras (20,3%)



Fuente: *Estudio de la OCDE sobre el empleo, 1994*

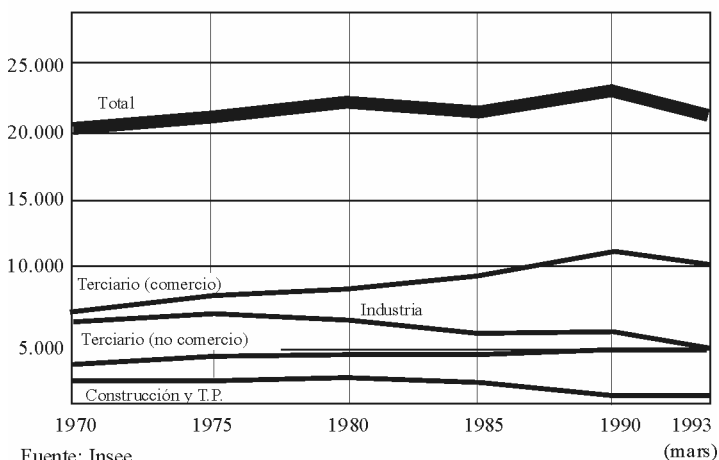
Se ve que todos los países capitalistas desarrollados, excepto Japón y Grecia, han perdido empleos industriales. Para el Reino Unido, entre 1980 y 1990, esta pérdida se establece en 28 %, o sea, 2 millones de empleos; para Francia es de 18 %, o sea, 1

millón; para Italia es de 10 %, o sea, unos 600.000; para los Estados Unidos es de 5 %, o sea, 1 millón (entre 1991 y 1994 se han perdido 2 millones de empleos adicionales); para la RFA es de 1 % solamente, o sea, 200.000 (pero entre 1991 y 1994, se han perdido 800.000 empleos en la metalurgia – *Le Monde* del 17 de febrero de 1995).

En Francia, la evolución del empleo por sector es la siguiente:

Empleo por sector (en miles, medias anuales)

(no incluido servicio militar, pero sí precarios, eventuales y cursillistas)



Si el sector terciario mercantil ha ganado 2.541.000 empleos y el no mercantil (función pública) 1.070.000 empleos entre 1975 y 1993, los sectores de la industria y de la construcción-ingeniería civil han perdido, respectivamente, 1.485.000 y 723.000 empleos.

Desde 1975 hay, por tanto, disminución absoluta de la clase obrera, es decir, de la clase de los asalariados que, en lo esencial, crea la plusvalía, incluso si en el sector terciario una fracción de esta clase, ocupada en los transportes, el almacenamiento, el manipulado, la distribución, es igualmente productora de plusvalía.

Para explicar semejante disminución, se podrá hacer valer las “deslocalizaciones” de actividades que tienen lugar en dirección de los “nuevos países industrializados”, especialmente hacia el Sureste asiático, donde la mano de obra asalariada es barata. Es un hecho que la parte de los países del Sureste asiático en las exportaciones manufactureras mundiales ha pasado de 6% en 1970 a más de 16 % a principios de los años 1990 (ver *Alternatives économiques*, nº 23), mientras que las importaciones de los países de la OCDE en bienes de consumo provenientes de los países del Extremo Oriente han pasado de 40,1 mil millones de dólares en 1985 a 95,1 mil millones en 1990 (ver el estudio de la Depositaria General: *¿Hay que temer a los nuevos países industriales de Asia?*, abril de 1993). Las industrias del vestir, de la relojería, de la electrónica de gama baja, de los juguetes, cuya producción exige todavía un fuerte contenido en mano de obra, han sido dirigidas de este modo parcialmente hacia países de bajos salarios y donde, por tanto, la tasa de ganancia es superior. A título de ejemplo, citemos la firma Thomson que emplea para sus actividades 13.400 personas en Malasia, 5.400 en Singapur, 7.800 en Méjico, contra 5.300 y 4.300 solamente en Francia y en Alemania. En virtud del principio de los vasos comunicantes, la fracción de la clase obrera que se habría perdido en el interior de los países de la OCDE, se encontraría en los países de la periferia, lo que hace que no sea posible hablar de disminución absoluta de ésta si se considera el fenómeno a escala mundial, donde la clase obrera tendría más bien tendencia a aumentar, si no relativamente, al menos de un modo absoluto.

Sin embargo, hay que tener en cuenta otro hecho. Si es exacto que las deslocalizaciones han hecho perder empleos industriales en los países avanzados, el aumento de las exportaciones de éstos hacia los países del Extremo Oriente en productos semiacabados y en máquinas, que han pasado respectivamente de 35,1 y 50,7 mil millones de dólares en 1985 a 64,5 y 111,1 mil millones de dólares en 1990 (como observa el mismo estudio de la Depositaria General) habría debido compensar esta pérdida de empleos, siendo factor de creación de

empleos el aumento de las exportaciones en bienes de equipo. Ahora bien, no ha habido nada de eso, a pesar de que las exportaciones de los países de la OCDE en dirección a los países del Sureste asiático sean muy superiores a sus importaciones provenientes de estos países, vendiendo los primeros más de lo que compran a los segundos. La causa de ello es que el crecimiento de la producción en los países desarrollados ya no es factor de creaciones sino, por el contrario, de pérdidas de empleos. Es lo que revelaba desde 1980 un estudio alemán: “Entre 1953 y 1960, 100 mil millones de marcos invertidos en el equipamiento industrial *creaban* dos millones de empleos; entre 1960 y 1965, las mismas inversiones no creaban más que 400.000; entre 1965 y 1970 *suprimían* 100.000 empleos; entre 1970 y 1975 *suprimían* 500.000. La aceleración ha continuado después” (4).

Estamos aquí en pleno fin de ciclo del capital. El maquinismo altamente desarrollado permite aumentar en una fuerte proporción la productividad del trabajo (entre 1960 y 1973, las ganancias de productividad son de 4,4 % anual para el conjunto de los países de la OCDE), y por tanto, la tasa de plusvalía; pero, en contrapartida, un tal maquinismo desarrollado tiene por efecto eliminar una parte de la clase obrera convertida en inútil para la producción de la plusvalía; precisemos, no obstante, que si una fracción de la clase obrera se encuentra fuera de circuito y se ve condenada al paro permanente, la culpa no es del maquinismo en sí (para evitar semejante paro bastaría con disminuir de una manera correspondiente las horas de trabajo, conservando los salarios idénticos), sino porque un tal maquinismo evoluciona *en el marco de las relaciones de producción capitalistas* que hacen imposible semejante solución; el paro, pues, no es un paro “estructural” como se quisiera hacernos creer, sino un paro capitalista, el muy específico de un capitalismo llegado a su final de ciclo que, al proseguir su acumulación, excluye de una manera definitiva a una fracción creciente de la fuerza de trabajo viva.

Si, por consiguiente, es exacto decir que a escala mundial la clase obrera no disminuye de modo absoluto, por el

contrario, en los países avanzados (que aseguran cerca del 70 % de la producción mundial) semejante proceso de disminución está bien asentado, mostrando los países avanzados a todos los otros la imagen de su, en adelante, próximo futuro:

“El ‘grupo nº 1’, en Changchun, en el norte de China, es una ciudad dentro de la ciudad (...) Desde hace diez años, la fábrica se adapta a las normas occidentales. Mientras que entre 1956 y 1985 sólo salió de sus cadenas un millón de camiones Liberación, el ‘grupo nº 1’ debería producir un millón de vehículos por año, de los cuales el 65 % de coches de aquí a 2005. Para efectuar lo que sin duda hay que llamar una revolución, el gobierno chino ha transformado, en 1985, esta sociedad estatal en una sociedad de capital mixto, el 40 % del cual es detentado por Volkswagen. Hoy, la fábrica produce en cuatro cadenas 140.000 camiones, 25.000 Golf, 25.000 Jetta y 30.000 Audi negros para los dirigentes chinos, lo que representa la cuarta parte de la producción china de automóviles. Para conseguir cuadruplicar la producción de aquí a diez años, la fábrica *no tiene la intención de crear empleos*. Por el contrario, *serán suprimidos 7.000 empleos cada año* (...). Las estadísticas oficiosas indican que en Changchun la tasa de paro alcanza ya el 20 % de la población” (*Le Monde* del 10 de octubre de 1995).

La explosión de los empleos de servicios y su carácter cada vez más artificial

La producción capitalista, en razón de su carácter mercantil, requiere un cierto número de asalariados ocupados en la venta de las mercancías, en su publicidad, en la gestión comercial; otros trabajan en los bancos, los seguros, en el sector inmobiliario; otros también están al servicio del Estado como funcionarios en la administración, la educación, los servicios de sanidad, policía, ejército; en fin, hay toda una capa de trabajadores agregados a los servicios en las empresas, en los

ayuntamientos y entre los particulares. Todo este sector “terciario” es en términos generales “improductivo”: no es productor de plusvalía para el capital, pero constituye para él sus “gastos accesorios” más o menos indispensables a este modo de producción.

Marx, en *El Capital*, había subrayado ya, con el desarrollo del maquinismo, la tendencia al aumento cada vez más exorbitante de estos “gastos accesorios” del capital: “El extraordinario aumento de la fuerza productiva en las esferas de la gran industria, acompañado de la explotación acrecentada en intensidad y en extensión de la fuerza de trabajo en todas las esferas de la producción, permite emplear de manera improductiva una parte cada vez más grande de la clase obrera y reproducir así, en proporciones cada vez más masivas, los antiguos esclavos domésticos bajo el nombre de “clase sirviente”, los sirvientes, criadas, lacayos” (5). Hoy, este aumento de los “servicios” de todo género ha explotado literalmente. Júzguese:

Años	Francia	Italia	Gr. Br.	RFA	EE.UU.	Japón
1960	41,1	31,6	47,9	38,5	60,8	37,6
1970	47,9	42,0	52,7	43,1	62,6	46,9
1990	64,6	59,7	69,2	57,4	71,5	58,7

Fuente: Estudio de la OCDE sobre el empleo, 1994

Desde 1960, en Francia, en los Estados Unidos y en el Japón, el sector de los servicios sobrepasaba al sector industrial. En 1970, excepto en Alemania, el sector terciario era mayoritario. En 1990, en todas partes supera de lejos al sector industrial. Así en 1993 los “servicios” estaban ocupados por 87 millones de asalariados en los Estados Unidos contra 18 millones solamente en la industria. Dicho de otro modo, para 1 trabajador productivo, casi 5 trabajadores improductivos...

Como se ve, es entre 1970 y 1990 cuando el porcentaje de los servicios ha conocido una verdadera explosión. Mientras

que en 1960 la media de los seis países concernidos era de 42,8 % y en 1970 de 49,2 %, en 1990 se eleva a 63,7 %. A partir de ahí, ¿qué traduce tal aumento?

Los empleos de servicios creados en lo sucesivo ya no tienen, de hecho, gran cosa que ver con los servicios clásicos (los bancos, seguros, etc., que, a su vez, tendrían tendencia a disminuir). En buena parte son “trabajillos” que requieren poca calificación, mal pagados, precarios. Es así como en los Estados Unidos se han creado 2,6 millones de empleos de este tipo entre marzo de 1991 y febrero de 1994. Permiten hacer bajar la cifra oficial del paro, no disimular su carácter artificial. Fenómeno que algunos comentaristas se ven obligados a admitir: “En veinte años (en Francia) ha habido ciertamente supresiones de empleos: 1,8 millones en la industria (la informatización y las ganancias de productividad han pasado por ahí), 1,15 millones en la agricultura y 500.000 en la construcción. Pero, al mismo tiempo, han sido creados 4,2 millones de empleos en los servicios, tanto mercantiles como no mercantiles. Por supuesto, se puede uno preguntar sobre el interés social de estos empleos: ¿consiste el futuro de la sociedad en multiplicar los empleos de guardias, de ayudantes a domicilio o de gestores por teléfono?” (*Alternatives économiques*, nº 22, 4º trimestre de 1994, p. 14). Estos comentaristas se consuelan añadiendo: “Pero existen, se desarrollan”, mas sin plantearse, evidentemente, la cuestión fundamental: ¿qué vale semejante sociedad capitalista, basada inicialmente en la creación de una clase de asalariados productora de plusvalía y que llega a convertir el 63,7 % de estos asalariados en improductivos? Los repartidores de pizzas, los vendedores de crêpes o de hamburguesas y otros “empleos de proximidad”, ¿serían el porvenir de una tal sociedad? ¿Tendrían el don de fecundarla todavía?

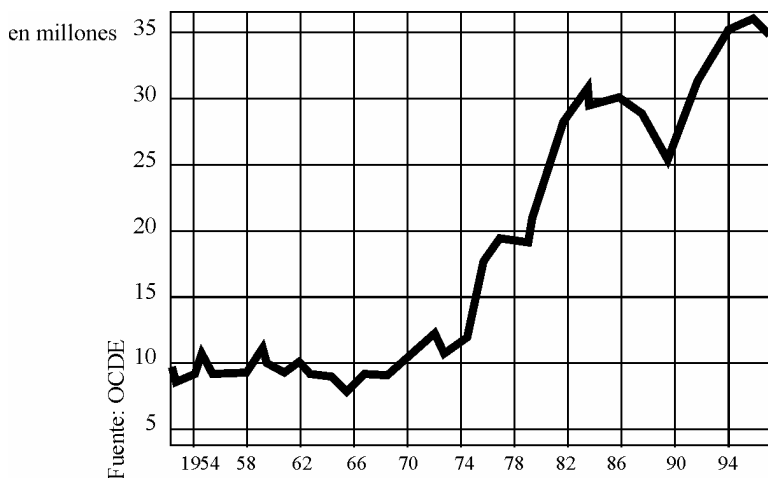
Está claro que tales “filones de empleos” tienen todas las marcas de la decadencia del modo de producción capitalista. Corresponden a su final de ciclo histórico. Son los productos artificiales de un sistema que se descompone y que intenta remendarse chapuceándose sin cesar, esforzándose así en “dar trabajo”, al tiempo que ya no hay nada que ofrecer, estando ahí

el paro masivo y la precariedad creciente de los empleos para recordarlo.

El ascenso del paro y la puesta fuera de circuito

Como se ve en el gráfico de la página siguiente, el número global de parados en los veinticinco países de la OCDE ha pasado de unos 11 millones en 1974 a 35 millones en 1993. Se trata de la cifra oficial del paro, es decir, amañada, siendo la real mucho más elevada: una masa de parados no son contados como tales ya sea porque no están inscritos en las listas oficiales (o bien porque se les ha tachado de oficio de estas listas), ya sea porque son beneficiarios de un tratamiento especial (estilo RMI [subsidio para parados de larga duración, NdT]) ya sea también porque realizan “cursillos” bautizados como “contratos de empleos de solidaridad”, sin contar a aquellos que son “jubilados anticipadamente”. De hecho, son 60 millones de parados de todo género los que habría que contar. En Francia, la cifra del paro según el ministerio del trabajo era de 3.306.000 en febrero de 1995, o sea, el 13 % de la población activa, mientras que en realidad sobrepasaba los 5 millones.

Hay que añadir el paro parcial, maquillado como “trabajo a tiempo parcial”. Se trata de “precarios”: interinos, contratos de duración determinada, cursillistas diversos, aprendices. En Francia eran 1.404.000 en 1994, o sea, el 5,6 % de la población activa. En Gran Bretaña eran casi 6.000.000, o sea, el 27 % del conjunto de los asalariados (*Le Monde* del 18 de marzo de 1994). En los Estados Unidos 30 millones de trabajadores, o sea, el 25 % de la población activa, tenían un “empleo frágil” (*Le Monde* del 15 de marzo de 1994). Como se puede comprobar, un tal “sub-empleo” en estos dos últimos países es enorme. Permite hacer bajar artificialmente la tasa de paro oficial que, en los Estados Unidos, sólo sería del 5,7 % a principios de 1995.



El Paro en la zona OCDE

De todos modos, a guisa de datos reales del paro, todos los gobiernos cultivan un toque artístico verdaderamente “surrealista”. “¿Qué crédito puede concederse todavía, por ejemplo, a los datos oficiales americanos o británicos?”, se pregunta *Le monde diplomatique* de julio de 1994. “Los dirigentes de los Estados Unidos confiesan ellos mismos que los resultados que se les atribuyen en materia de empleos reposan sobre ‘aberraciones estadísticas’. En cuanto a los resultados británicos, según John Wells, profesor de economía en la universidad de Cambridge, “se olvidarían” entre 1 y 2 millones de parados.” En una nota, el mismo periódico revela que “después de haber tenido en cuenta, en enero último, los trabajadores desanimados que no son censados por las estadísticas oficiales, American Express llegaba, por su parte, a una tasa de paro japonés de 9,6 % (y no 2,7 %), británico de 12,3 % (y no de 9,8 %), americano de 9,3 % (y no de 6,4 %). (Fuente: *The Amex Bank Review*, 24 de enero de 1994)”.

Se puede ofrecer como otro ejemplo de falsificación el periódico *Le Monde* que se obstinaba, todavía en octubre de 1994, en no tomar en consideración más que la tasa de paro

oficial (de 7,5 %) de Alemania Occidental... mientras que la reunificación había tenido lugar ¡hacia cuatro años! El mismo periódico que, por otro lado, revelaba (*Le Monde* de fecha 20-21 de noviembre de 1994) que en Alemania el paro estaba estimado en 5,3 millones (3 millones en el Oeste y 2,3 millones en el Este), es decir, una cifra comparable a la de 1933...

Sea lo que sea, desde 1974 la curva del paro se ha disparado y se plantea la cuestión de saber qué es lo que traduce.

Semejante paro masivo y creciente, que golpea en lo sucesivo a todos los países capitalistas avanzados, no coincide con el clásico ejército de reserva inherente al proceso de acumulación del capital. Como se ve en el gráfico anterior, el ejército de reserva existía antes de 1974 con un abanico que variaba de 12 a 17 millones. Incluso si algunos países podían jactarse de haber realizado, durante los “treinta años gloriosos”, el casi pleno empleo, un país como Francia, por ejemplo, que con unos 350.000 parados en 1973 se encuentra con, al menos, 5 millones de parados, indica que aquí se trata de otro fenómeno: en veinte años, el paro se ha multiplicado más de 14 veces y semejante crecimiento supera de lejos las necesidades en fuerza de trabajo desempleada (ejército de reserva) a fin de que la acumulación del capital pueda proseguir en buenas condiciones.

Como indica la curva del paro esquematizada más arriba, con la recesión de 1974 el paro se ha elevado a unos 15 millones. Pero a continuación, en lugar de disminuir al compás de la reactivación, ha continuado aumentando hasta alcanzar, en vísperas de la recesión de 1981, 23 millones. Se ve aquí que el crecimiento durante este período ha hecho aumentar el paro en 8 millones. Con la recesión de 1981-1982, el paro da un nuevo salto hacia delante hasta alcanzar 30 millones. Pero a continuación, aunque hay un retroceso del paro de 6 millones, éste alcanza finalmente los 29 millones en la víspera de la recesión de 1991. Si la fase de reactivación no ha hecho subir esta vez el paro, lo ha hecho recular muy poco. Con la recesión de 1991, la cifra oficial del paro se eleva a 35 millones en 1994 y es patente que la reactivación, como se confirma actualmente, no tendrá mayor efecto sobre el empleo.

Se constata, por tanto, que si las diversas recesiones han engendrado paro, las reactivaciones que las han seguido han sido incapaces de reabsorberlo teniendo a veces, por el contrario, tendencia a agravarlo. A partir de entonces el paro no ha hecho más que acumularse, siendo su tendencia, a pesar de los altibajos, al aumento. Esto confirma el hecho que una vez operados los “desengrases” en el momento de una recesión, las empresas se “modernizan” y se emplean en obtener ganancia con un personal asalariado más reducido. Aquí se trata del paro del capitalismo llegado a su final de ciclo: la acumulación del capital continúa, pero no deja de destruir empleos.

La causa profunda de un paro semejante es la inadecuación, flagrante en lo sucesivo, entre el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas modernas que, como se ha visto, con el maquinismo han efectuado un salto adelante gigantesco a partir de los años 50, y las relaciones de producción capitalistas: ley del valor, mercado, salariado, ganancia. Estas últimas están caducadas y su mantenimiento desemboca en una explosión del paro. Una masa creciente de hombres y de mujeres ya no consiguen entrar en el marco de estas relaciones y se ven excluidos de ellas. Mientras el modo de producción capitalista ponía en movimiento fuerzas productivas relativamente simples, era capaz de utilizar el grueso de las fuerzas de trabajo que tenía a su disposición. A pesar de sus crisis anárquicas, que lanzaban periódicamente a la calle una masa de trabajadores, podía reutilizarlos a continuación una vez vuelta la reactivación económica. Ya no es el caso hoy. En adelante, las salidas de crisis ya no dan lugar a empleos significativos de personal. El capital prosigue mal que bien su acumulación con una clase obrera disminuida, mientras deja en la estacada una masa creciente de trabajadores convertidos en inútiles para la producción de tipo capitalista.

Tal tendencia realmente actuaba ya antes de 1974. Es así como en los Estados Unidos la automatización, según Pierre Souyri, destruía 2 millones y medio de empleos anuales entre 1955 y 1970 (6). Pero esta destrucción del empleo industrial no se traducía todavía en un paro masivo porque el empleo

“terciario” en constante aumento (que pasaba de 30 % de los asalariados en 1950 a 60 % en 1968 en los Estados Unidos) tomaba el relevo y enjugaba tal paro. A partir de los años 70, la amortiguación del paro por medio de los empleos de servicios ya no es posible. A partir de ese momento, el paro masivo y permanente se hace inevitable y aparece con toda claridad. Afecta igualmente al “terciario”, a pesar de su continua expansión durante esos años. Es así como en Francia, en 1993, si la tasa de paro es de 14,3 % entre los obreros, es de 13,9 % entre los empleados, de 5,8 % entre los profesionales intermedios y de 4,9 % entre los cuadros (*Alternatives économiques* n° 22, p. 17).

Se llega, pues, a una situación en la que el paro golpea a todas las categorías de asalariados, a los obreros productivos así como a los empleados improductivos e, incluso, en cierta medida, a los aristócratas del salariado: los cuadros, sin olvidar a los futuros “titulados”, para los que “el ascensor social está averiado”, como dice el liberal atormentado que es Alain Madelin. Dicho de otra manera, la cosa aprieta también del lado de los “cuellos blancos”. En ese cuarto trastero que es el “terciario”, que hace poco se nos presentaba como una nueva pequeña burguesía con una situación bien asentada que escapaba a la condición proletaria, la incertidumbre de la existencia aumenta. Y de hecho, a la menor recesión, una masa creciente de estos pequeños burgueses asalariados puede calibrar la fragilidad de su situación: “Cuando la recesión de 1991-93 (en los Estados Unidos), explica el ideólogo de la sociedad “post-industrial” D. Bell, más de 45 % de los sin-trabajo eran empleados de oficina, o sea, dos veces más que durante la crisis precedente, diez años antes. Los problemas de IBM, la reducción de las empresas, el deslizamiento de los empleos de gestión y de ingeniería hacia sociedades nuevas perfectamente adaptadas, no ofrecen ya la seguridad que el estatuto de “cuello blanco” aseguraba, según se creía” (Ver *Le Monde* del 2 de marzo de 1995).

De hecho, está claro que en adelante el capital arrastra como una bola esta masa de “terciarios” de los que no sabe qué

hacer y que grava demasiado, a causa de su papel improductivo, su tasa de ganancia. “Desengrasar” por este lado se hace igualmente imperativo, reestructurando, modernizando los servicios. Según la opinión misma de los expertos capitalistas, un tal movimiento “podría hacer desaparecer en los Estados Unidos 25 millones de empleos en un sector privado que cuenta con unos 90 millones (...). Ésa es una noticia calamitosa para millones de empleados y de cuadros medios en las empresas de servicios y para los trabajadores que aseguran funciones de apoyo en la industria” (*The Wall Street Journal Europe*, 19-20 de marzo de 1993, citado en *Le Monde diplomatique* de julio de 1994).

Pero si los servicios han dejado de jugar el papel de válvula de escape del paro industrial, engendrando ellos a su vez su parte de supernumerarios, ¿qué pasa en el otro extremo de la cadena? Entonces se constituye un exceso de parados, de todos los orígenes sociales mezclados, que se encuentran totalmente excluidos, no pudiendo ya razonablemente esperar volver a encontrar, o encontrar, un empleo. En buena medida es el caso de Francia, con 786.000 jóvenes de dieciséis a veinticinco años que en marzo de 1993 estaban contabilizados como parados; lo mismo vale para el millón de parados catalogados de “larga duración”, concierne asimismo al millón de subsidiados con el RMI, sin contar los rechazados, inclasificables, anónimos, sin techo, cuya reinserción ya no se puede encarar seriamente. Añadamos a todos ellos los inmigrados clandestinos. Éstos encuentran a veces trabajo en talleres en los que no son declarados por sus patronos al tiempo que están sometidos a una explotación sin límites. Pero otros no tienen esta “suerte” y se ven abocados, para sobrevivir, al tráfico de todo género. En pocas palabras, hemos llegado al asilo, a la oficina de los socorridos, al reino de la delincuencia, al “Hotel de los Inválidos del ejército obrero activo”, como decía Marx.

Hacer de todos estos asistidos, estos *paupers*, estos excluidos, estos clandestinos, parados, o ver en ellos un simple ejército de reserva, es completamente insuficiente. Los parados son trabajadores excluidos temporalmente del trabajo y Marx

definía el ejército de reserva como una capa “flotante” del proletariado que se caracteriza por una “ocupación extremadamente irregular”. Aquéllos a los que hoy se llama los “nuevos pobres”, los “parados de larga duración”, los “RMistas”, son aquéllos que, resueltamente, están *fuera del salariado*, que viven permanentemente de los subsidios del Estado, de los auxilios de las organizaciones caritativas, de la mendicidad, o bien simplemente del trapicheo del día. Dicho de otra manera, son la manifestación viva de esa puesta *fuera de circuito* definitiva de una parte de la población cuando la acumulación capitalista entra en su fase de final de ciclo. “El proceso de producción capitalista, escribía Marx, considerado en su contexto, o como un proceso de reproducción, no produce solamente mercancía, no solamente plusvalía, produce y reproduce la relación capitalista propiamente dicha, de un lado, el capitalista, del otro, el obrero asalariado” (5). En lo sucesivo, el capitalismo, con el proceso de exclusión, destruye tal relación; en lugar de producir y reproducir el salariado, lo suprime, a su manera: descomponiéndolo, desclasándolo, transformándolo en una capa social informe; ya no se trata de la proletarización, sino de la lumpenproletarización. Con esta *descomposición social* de una fracción del salariado, el capitalismo indica, también ahí, que ha entrado en su fase histórica final.

Para concluir, digamos que no es que haya final de ciclo del capital porque hay paro masivo (durante la crisis de 1929 el paro fue todavía más masivo), es porque el paro, en lo sucesivo, surge y se desarrolla con el crecimiento económico mismo: entre 1974 y 1991, el índice global de la producción industrial ha aumentado el 17,9 en Gran Bretaña, el 19,5 en Francia, el 27,5 en Italia, el 32,6 en la RFA, el 38,4 en los Estados Unidos, y al mismo tiempo se ha pasado, para el conjunto de los países de la OCDE (cifras oficiales), de 11 millones de parados en 1974 a 36 millones en 1993; tampoco es porque se ha vuelto a constituir el ejército de reserva (que existía más o menos antes de 1974) es porque una gran parte de él ya no puede, contrariamente a lo que pasaba antes, esperar transformarse episódicamente en ejército activo, siendo excluido definitivamente del salariado.

III

DEL FINAL DE CICLO AL FINAL DEL CAPITALISMO

¿Qué final del capitalismo?

Como ya hemos subrayado, el final de ciclo del capital no es el fin del capitalismo, sólo es la fase última de éste; fase que puede extenderse a lo largo de todo un período pero que acabará por encontrar un punto final. Ciertamente, hoy, cuando triunfa la ideología del capitalismo “trionfante”, “horizonte insuperable de la humanidad”, “final de la historia”, suena propiamente a escandaloso – o irresponsable – hablar de final del capitalismo. Es la opinión, no sólo de los apologistas, sino también de muchos de los que todavía se presentan como críticos del capitalismo: estos últimos no se regocijan de su dominación; consideran que es un sistema alienante, pero al mismo tiempo no llegan a concebir su final, tan impresionados han sido por su capacidad hasta ahora para remontar sus contradicciones, para encontrar soluciones para salir de los callejones sin salida en que se encontraba; a partir de ese momento, persuadidos de que el capitalismo será siempre capaz de “reanimarse” cuando se le creía agonizante, acaban por alimentar un escepticismo complaciente en lo concerniente a su desaparición, no dejan de poner en guardia contra todo catastrofismo, al tiempo que ironizan fácilmente: “R. Boyer recuerda con razón que las relaciones sociales capitalistas han dado prueba desde hace ciento cincuenta años, y sobre todo en el siglo XX, de una plasticidad considerable y que los que han

anunciado la “crisis final” han perdido el tiempo”, escribe, por ejemplo, F. Chesnais en su libro *La Mundialización del capital* (1).

De hecho, tal razonamiento conduce objetivamente a alinearse con el punto de vista dominante del capitalismo “eterno” y “final de la historia”. Dicho con más precisión, bajo apariencias pesimistas disimula la mayoría de las veces una forma de adhesión al capitalismo, la del “capitalismo con rostro humano”: se encuentra al capitalismo poco simpático, pero como no se ve de qué manera podría desaparecer, se acaba por acomodarse a él a condición de que se “reformen” algo y se haga así más soportable. De ahí el acento que se pone en su “plasticidad considerable”, es decir, la posibilidad que tiene de mejorarse, de “atemperarse” si se le ayuda algo.

Este punto de vista no es nuevo. Caracteriza históricamente a toda la corriente socialdemócrata, que siempre excluyó el hundimiento económico del capitalismo. Hoy, esta utopía de un capitalismo que no tendría límites objetivos, vuelve con fuerza. No viendo en la situación económica presente más que una “crisis”, se apoyan en la experiencia de las crisis pasadas para hacer valer nuevas formulitas reformistas (“reparto del trabajo”, etc), imaginándose así que lo que ayer tuvo éxito – chapucear el capitalismo – puede muy bien reproducirse hoy. Ahora bien, el fracaso de todas las políticas puestas en marcha desde hace veinte años para conjurar el paro creciente y la exclusión, aporta la prueba de lo contrario. La causa de ello es que en lo sucesivo el capitalismo vive algo muy distinto a una simple crisis. Ha entrado en su fase de final de ciclo. Esta puede ser estirada en el tiempo a fin de que se retrase el momento de la caída final del sistema, pero no puede constituir para este último un nuevo trampolín que le permitiría inaugurar una nueva dinámica triunfante.

Es precisamente a causa de este final de ciclo del capitalismo por lo que aflora aquí y allá el sentimiento vago y confuso de que podría extinguirse poco a poco. Lo cual alimenta un neo-reformismo: habría la posibilidad de operar una “mutación”, gradual y pacífica, que desemboque en una

sociedad nueva cuyos contornos no se ven muy bien, pero que sería “post-capitalista”. Dicho de otro modo, los fenómenos actuales que indican que el capitalismo está en final de ciclo: reducción de la clase obrera productora de plusvalía, multiplicación de los empleos improductivos, de los que algunos (los “trabajillos”) no tienen gran cosa que ver con el modo de producción capitalista, exclusión pura y simple del trabajo de una fracción de la población que se convierte en una especie de proletariado romano asistido, serían otros tantos puntos de apoyo que permitirían promover “reformas de estructuras” que tendrían por efecto hacer desembocar la sociedad con toda dulzura en un “post-capitalismo”. Es la posición, por ejemplo, de un André Gorz que desarrolla semejante punto de vista neo-social-demócrata en un libro de título evocador: *Los Caminos del Paraíso, la agonía del capital* (2).

Se tiene ahí la versión “optimista” del final del capitalismo. Pero existe también una versión “pesimista”, como la que encaraba Pierre Souyri en anexo de su libro *La dinámica del capitalismo en el siglo XX* (3). Éste, aun comenzando por reconocer que es “imposible concebir una automatización en el marco del capitalismo”, imaginaba no obstante esta última instaurándose en algunos países capitalistas. A partir de ahí, estos países, por el sesgo de los intercambios mundiales y de la compensación de la tasa de ganancia, se adueñaría de una parte de la plusvalía proveniente de los países menos desarrollados tecnológicamente, es decir, que continuasen utilizando trabajo vivo en cantidad importante en la producción. Pierre Souyri deducía entonces que los países en los que la automatización se hubiese generalizado podrían reconvertir la fuerza de trabajo llegada a ser inútil para la producción, en empleos improductivos, extrayendo esta fuerza de trabajo “sus ingresos, directa o indirectamente, de una plusvalía que provendría del exterior”. En realidad, desde un punto de vista capitalista, ¿a son de qué vendría, para los países más avanzados tecnológicamente, apoderarse de una parte de la plusvalía mundial, si en lugar de servir para la acumulación del capital

estaba destinada a mantener a sus poblaciones? De ello habría que sacar entonces la conclusión que estos países habrían dejado ya de ser capitalistas, al no ser ya su lógica la acumulación del capital. Lo cual forma parte de la fantasía pura y simple a guisa de final del capitalismo.

Pero Souyri no se detenía ahí. Consideraba, finalmente, otro caso en el que los países capitalistas más atrasados entrarían, a su vez, en la vía de la automatización generalizada. A partir de ese momento, al ser ya casi imposible la extracción de plusvalía, al “descomponerse el capitalismo por sí solo” y con él la sociedad entera, la consecuencia sería, explicaba Souyri, “plebes de delincuentes” tan numerosas que habría que someterlas a una “política de reclusión masiva” o bien estarían destinadas a la destrucción pura y simple: “La creación de zonas de concentración y diversas formas de genocidio se convertirían entonces en las condiciones de la paz interior y de la supervivencia de la sociedad capitalista bajo formas bárbaras y absurdas.” De hecho, llegados a este punto, se puede uno preguntar ¿de qué “sociedad capitalista” podría ya tratarse!

La visión de Pierre Souyri no es más que la simétrica del neo-socialdemócrata André Gorz. Este último imagina el fin del capitalismo según un proceso gradual, pero “optimista”, desapareciendo el capitalismo poco a poco a favor de una lenta “agonía del capital” y gracias a reformas sucesivas que nos transportarían por “los caminos del paraíso”. Souyri imagina el mismo proceso gradual, pero en su versión “pesimista”, desapareciendo el capitalismo al descomponerse por sí solo y arrastrando al mismo tiempo la sociedad a la “barbarie generalizada”. Como se ve, estas dos visiones comparten una misma idea: creer que el capitalismo perecerá a través de un lento proceso de decadencia cuyo punto final será su descomposición completa, y no a causa de *contradicciones* cuyas manifestaciones más visibles tomarán la forma de crisis cada vez más violentas que finalmente provocarán el hundimiento del sistema capitalista, llegando a ser estas crisis insuperables a causa de la entrada de éste en su fase de final de ciclo.

De hecho, de la misma manera que los fenómenos de descomposición y de exclusión social, observables en los albores del capitalismo (4), indicaban el final de ciclo de la Edad Media, los fenómenos de descomposición social actuales indican que el capitalismo ha entrado a su vez en su fase de final de ciclo. Pero en ningún caso significan que conllevarán el final del capitalismo. Al ser el capitalismo una “contradicción en proceso” (Marx), lo que únicamente puede provocar su final son sus crisis, que llegan a ser insuperables y que conllevan el hundimiento brusco del sistema. Dicho de otra manera, a la teoría de la descomposición del capitalismo que conlleva su muerte lenta, hay que oponer la teoría del hundimiento que conlleva su muerte violenta, tal como la había visto Marx, una vez el sistema ha llegado a su fase final: “Las contradicciones capitalistas provocarán explosiones, cataclismos, crisis (...) sin embargo, estas catástrofes que lo regeneran regularmente se repetirán a una escala cada vez más vasta y acabarán por *provocar su derrocamiento violento*” (5).

Es este proceso que conduce el sistema a su perdición, tal como se presenta en el seno del capitalismo actual, el que vamos a analizar.

Restaurar algo la tasa de ganancia

Como hemos visto anteriormente, lo que caracteriza en lo sucesivo al capitalismo es su baja tasa de ganancia. De una situación así se deriva una morosidad que raya en el marasmo. Las inversiones son insuficientes, pues la rentabilidad del capital es débil. Los capitales tienden entonces, como se ha visto, a alejarse de la esfera productiva para transformarse en puros productos financieros especulativos. Al mismo tiempo, el paro crece, con los riesgos de “fractura social” que, finalmente, puede conllevar, poniendo en peligro la “cohesión social”. Restaurar algo la tasa de ganancia a fin de volver a dar a la economía un

cierto dinamismo, se convierte, pues, en la prioridad de las prioridades.

Para llegar a tal resultado, uno de los medios es someter la fuerza de trabajo a una explotación más intensiva, de manera que produzca una parte de plusvalía relativa más grande. Se trata en este caso de las famosas “ganancias de productividad”. Ahora bien, cuando se observa la evolución de éstas, se da uno cuenta que desde 1973 han descendido: mientras que entre 1960 y 1973 la progresión de las ganancias de productividad del trabajo era, para el conjunto de los países de la OCDE, de 4,4 % de media anual, entre 1973 y 1992 no han sido más que de 1,6 %. Éstas no han conseguido contrarrestar sino muy parcialmente la caída de la tasa de ganancia. Las “nuevas tecnologías” no han desembocado en los resultados esperados. Por el contrario, precipitando la importancia del capital fijo en detrimento del capital vivo, han tenido por efecto hacer bajar la tasa de ganancia, al no ser capaz la insuficiencia de las ganancias de productividad de compensar esta baja.

Por consiguiente, forzoso es para el capital cambiar de chaqueta. Mientras que en los años de 1980 no dejaba de exaltar las “mutaciones tecnológicas” y otras “modernizaciones” con las ventajas que traerían: pronto tendríamos “las fábricas sin obreros”, con robots en su lugar y, para todo el mundo, media jornada de trabajo, diversiones, cultura, formación permanente, ahora ha puesto sordina a toda esta charlatanería de la modernidad para volver a un lenguaje mucho más realista, mucho más rudo, en una palabra, más francamente capitalista: “¡baja del coste del trabajo”, como dice!

Hablando claro, bajar los salarios reales. No sólo los de los trabajadores productores de plusvalía, sino también los de los trabajadores realizadores de plusvalía cuyas retribuciones disminuyen las ganancias a causa del carácter improductivo de su actividad. De ahí las repetidas conminaciones de organismos internacionales tales como el FMI y el Banco Mundial: ¡baja de las cargas que gravan a las empresas! ¡desregulación del salario mínimo! ¡flexibilidad de las remuneraciones y de los horarios de trabajo!

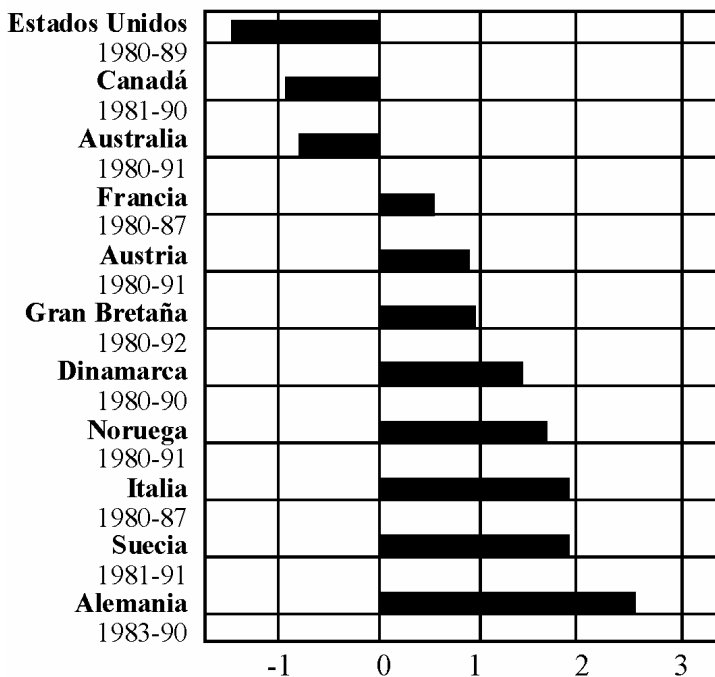
“Los movimientos generales del salario son regulados, en general, exclusivamente por las fases de expansión y de contracción del ejército industrial de reserva”, escribe Marx (6). Con la puesta fuera de circuito, desde 1974, de una masa creciente, constituida por parados de todas clases, se ha encontrado el ejército de reserva apropiado para pesar sobre los salarios de los activos.

Además, semejante ejército de reserva ejerce su acción a escala mundial: ahí, todavía es más favorable al capital a causa de las inmensas reservas humanas sin empleo. Son las famosas “deslocalizaciones” de empresas a la otra punta del mundo, donde encuentran una mano de obra todavía más barata. Deslocalizaciones, precisemos, que no tienen lugar, como se cree, simplemente en el sentido exclusivo Oeste-Asia del Sureste sino, igualmente, en el sentido contrario. “Los ‘dragones’ asiáticos parten al asalto del mercado británico”, titulaba el periódico *Le Monde* del 1º de febrero de 1995. De este modo, un representante de una empresa de Taiwán explicaba: “Queremos minimizar los costes acercándonos al mercado europeo. Y en Taiwán la mano de obra no es barata, no más barata, en todo caso, que en Irlanda del Norte. Además, tenemos penuria de mano de obra y, por tanto, inestabilidad del mercado del empleo.” Por su parte, el grupo coreano Samsung (el 14º en el rango mundial por la cifra de negocios) ha decidido venir a implantarse en el norte de Inglaterra y esto, precisaba el mismo artículo de *Le Monde*, “en buena medida por su bajo precio de coste: el coste de la mano de obra, se nos dice, es ciertamente algo más elevado que en Corea. Pero la productividad es mayor aquí. Gracias a la crisis del empleo en Europa y a la fuerte alza de los salarios en Corea y Taiwán, el diferencial se ha reducido poco a poco.”

Así pues, a guisa de “política” salarial, el mercado del empleo como regulador: tal es la única filosofía del capital “mundializado” a fin de operar una baja de los salarios favorable a la tasa de ganancia. Tal proceso sólo está en curso todavía, como atestigua el esquema de la página siguiente.

Aumento de los salarios reales de los trabajadores mal remunerados

(en porcentaje de las variaciones anuales)



Fuente: Estudio de la OCDE sobre el empleo, 1994.

Se constata que, durante los años de 1980, los salarios han bajado el 13 % en los Estados Unidos, el 10 % en Canadá, el 8 % en Australia. Por el contrario, han continuado aumentando en todos los demás sitios: 5 % en Francia, 8 % en Inglaterra, 18 % en Italia y hasta 25 % en Alemania. No obstante, hay que relativizar esta estimación de la OCDE. Así en Francia, entre 1984 y 1993, los salarios netos mensuales de los empleados y de los obreros más bien se han estancado (ver *Alternatives économiques* nº 22, p. 41). Por otro lado, según *Le Monde* del 11 de febrero de 1995, “los salarios del otro lado de la Mancha están ya más próximos a los de Taiwán o de Corea que a los de

los otros miembros de la Unión europea”. Por el contrario, parece confirmarse que en los Estados Unidos está ganando terreno “una clase de trabajadores pobres”: en 1992, el 18 % de los trabajadores empleados a tiempo completo ganaba menos de 13.000 dólares anuales (esta cifra corresponde al umbral de la pobreza), contra sólo el 12 % en 1979 (*Le Monde* del 4 de abril de 1994).

Como quiera que sea, un cierto desfase aparece entre los países anglosajones, en donde los salarios retroceden, y los otros países capitalistas, en los que los salarios tienen tendencia sólo a estancarse, incluso a aumentar bastante vigorosamente, como en Alemania.

¿Cuál de estas dos tendencias acabará por imponerse a la otra? Como de costumbre, el capitalismo americano muestra a los otros países capitalistas la vía a seguir. Para restaurar algo la tasa de ganancia, es vital en adelante no sólo acabar con el “fordismo” (el reparto de las ganancias de productividad con los asalariados), sino también bajar los salarios. En cualquier caso, hacia lo que nos dirigimos es hacia la pauperización acentuada de una masa cada vez mayor de trabajadores.

El gran recurso: el regreso al liberalismo

A partir del final de los años 70 ha empezado a hacerse oír en el seno del mundo capitalista todo un discurso tendente a subrayar que, en adelante, sólo “las fuerzas del mercado” eran capaces de volver a dinamizar la economía. A este efecto, había que abrir resueltamente las fronteras para que se constituyese por el mundo una vasta zona de libre cambio. Es lo que se llamó el “regreso al liberalismo”.

Un tal regreso fue presentado, tanto por sus partidarios como por sus detractores, como “una opción”, juiciosa para los primeros, equivocada para los segundos. Se va a ver que esta

“opción” correspondía, en realidad, a una *necesidad* para el capital.

Para comprender esto, volvamos un poco atrás. En efecto, si se echa un vistazo al antiguo capitalismo de antes de 1974, ¿qué rostro ofrece? El de un capitalismo remendado, medio nacionalizado, que funcionaba sobre la base de una “economía mixta” que un marxista como Paul Mattick definía así: “La economía mixta significa que una parte de la producción nacional es, después como antes, producción de ganancia por cuenta privada, mientras que una parte de la producción nacional, más pequeña, no produce plusvalía” (7). Tal capitalismo había salido de la crisis de 1929. Ésta había revelado de un modo dramático la insuficiencia de la demanda. Por eso, para salir de la crisis y evitar que se reprodujese, los gobiernos habían llegado a la conclusión de que había que elevar el consumo público, por medio del gasto público: le correspondía al Estado activar la demanda. Lo que fue realizado durante los años de 1930 con la financiación, por éste, de grandes trabajos y, después de 1945, con ayuda de toda una serie de pedidos a las empresas privadas: infraestructuras de carreteras, deportivas, hospitalarias, construcciones de viviendas sociales, pedidos de armas, etc.

De esta manera, tan pronto como había riesgo de que sobreviniese una desaceleración de la expansión, se emprendía un “relanzamiento” por medio de la producción inducida por el Estado. Pero, ¿de dónde sacaba este último el dinero que le permitía financiar sus pedidos? Esencialmente del impuesto sobre los beneficios de las empresas privadas. Se llegaba entonces a la situación siguiente: el Estado, al presentar sus pedidos a las empresas privadas, les restituía una parte de la plusvalía que les había cobrado, pero sin que ésta constituyese una plusvalía nueva, puesto que tenía su origen en las deducciones efectuadas previamente por el Estado en el sector privado bajo forma de impuestos.

Tal funcionamiento “mixto” del capitalismo sólo era viable si el sector privado producía una cantidad de plusvalía suficiente para financiar el “consumo público”, lo que implicaba

una tasa de ganancia relativamente elevada. La caída de ésta, consecutiva, como se ha visto, a la elevación espectacular de la composición técnica y orgánica del capital, iba a desembocar en la crisis general de 1974, que fue una crisis, no de superproducción, sino de rentabilidad del capital. A partir de ese momento, la receta keynesiana del “consumo público” había muerto. Ya no era posible continuar agravando la carga del impuesto sobre las empresas al tiempo que el “fuego vivificador” de la producción capitalista – la tasa de ganancia – vacilaba peligrosamente. De ahí la protesta general del capital privado al grito de: ¡Menos Estado! ¡Menos impuestos! ¡Menos deducciones obligatorias!

La puesta en tela de juicio de “la economía mixta” estaba a la orden del día. Bajo el bastón de mando de derechas de los neo-liberales, así como del de izquierdas de los socialdemócratas, se emprendía un desenganche progresivo del Estado en tanto que agente económico directo: privatización de toda una serie de empresas estatales, o bien su reestructuración con vistas a suprimirlas como “servicios públicos” a fin de someterlas a los criterios de rentabilidad. También se apuntaba al Estado en tanto que redistribuidor social: disminución de las cargas que pesan sobre las empresas, con la consecuencia de una reducción del “Estado-providencia”, al ver éste disminuir otro tanto sus fuentes de ingresos.

El envite de tal “regreso al liberalismo” está claro: se trata de darse el medio de restaurar la tasa de ganancia, dejando que actúen únicamente las leyes del mercado, decidiendo éste el precio de la fuerza de trabajo, eliminando las empresas públicas deficitarias y llegando incluso a soslayar los Estados-naciones poniendo en marcha un libre-cambismo sin fronteras, “mundializado”, en el que reinan como señores las empresas multinacionales: en todo el mundo se cuentan 37.000, con 200.000 filiales; emplean a 73 millones de asalariados y otros tantos en sus subcontratistas; en diez años se han multiplicado por 4 sus inversiones directas, las cuatro quintas partes en el Norte y la quinta en el Sur; además, se han transformado en

“firmas redes” (en grupos industriales y financieros a la vez), lo que acrecienta su autonomía.

Muchos comentaristas – de diversos pareceres – han criticado *El Capital* de Marx, reprochándole su análisis del capitalismo basado únicamente en la economía liberal inglesa del siglo XIX, mientras que otros países se apartaban sensiblemente de tal modelo. Como en Alemania y en Francia, en donde el Estado había jugado un papel importante en el desarrollo del capitalismo, lo que modificaba su funcionamiento. Tal crítica iba a reforzarse a partir de los años de 1930, con la aparición “de economías mixtas” que veían un reforzamiento del papel del Estado. Se concluyó entonces que el análisis de Marx había sido invalidado por los hechos, al desembocar las economías modernas en un “capitalismo organizado” y no en una gran anarquía económica gobernada por las leyes ciegas del mercado que Marx había creído descifrar. A partir de ese momento, Marx se reducía a ser sólo un autor del siglo XIX al que, en rigor, se podía leer por curiosidad, pero que en cualquier caso se revelaba ya superado. Con el “regreso al liberalismo”, las críticas a Marx han perdido el tiempo. La evolución última del capitalismo confirma su análisis. Lo que él había podido observar en Inglaterra en el siglo XIX acaba, en nuestro final de siglo, por verificarse pero esta vez a escala mundial, donde se han constituido vastas zonas de libre cambio: la Unión Europea (la CEE), América del Norte (la ALENA), Asia del Sureste (la APEC), realizando esta tríada el 95 % de los intercambios mundiales. En una palabra, con este liberalismo “mundializado” que se emancipa de los marcos nacionales y de los Estados para hacerse “transnacional”, “multinacional”, “salvaje”, jamás se ha aproximado tanto el capitalismo al modelo teórico puro descrito por Marx.

Las lamentaciones a propósito de esta orientación liberal del capitalismo mundial no cambiarán nada de ello. Como tampoco las exhortaciones a que sea regulado. “La mundialización no es fruto, escribe P. Frémeaux en *Alternatives économiques* n° 23, de un puro determinismo. Es resultado,

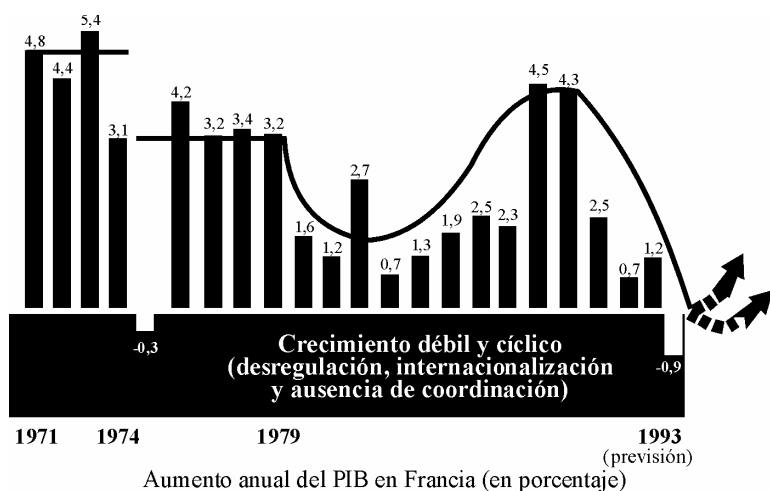
tanto de las opciones hechas por los gobiernos de los grandes Estados, como de la dinámica mecánica del capitalismo (...) Por lo cual no hay que resignarse y creer que las fuerzas del mercado, en lo sucesivo mundializadas, se impondrán en adelante a los Estados, cuya soberanía está limitada a sus territorios, y que por tanto son impotentes para domarlo. Tomemos el ejemplo del desorden financiero: no resistiría a la voluntad de los grandes Bancos centrales si éstos realmente desearan ponerle fin (...) El capitalismo no es una máquina loca lanzada sobre raíles. También engendra contra-poderes susceptibles de limitar sus efectos perversos: reivindicaciones de los asalariados que reclaman más justicia tanto en el Norte como en el Sur, regulaciones económicas, sociales y ecológicas. Frente a las lógicas de guerra económica y a la tentación del repliegue sobre el espacio nacional, el verdadero desafío está en dar un sentido positivo a la mundialización.”

Admirable muestra de valentía de esa especie de prosa actual que caracteriza al pensamiento pequeño-burgués vagamente de izquierdas y que, en adelante, a guisa de discurso “reformista”, reduce su objetivo a un programa de acompañamiento del capitalismo (“dar un sentido positivo a la mundialización”) al tiempo que intenta convencerse de que “no es una máquina loca lanzada sobre raíles”... ¡Y que no será posible parar!, añadimos nosotros.

Pues, evidentemente, el liberalismo no es una panacea. No es más que la única forma posible del capitalismo llegado a su final de ciclo. Durante los años de 1930, debió su salvación a la muleta del Estado que le ayudaba a levantarse y a sostenerse. Hoy, esta última ya no le es de gran ayuda. Se ha convertido en un obstáculo para él. Los “que deciden” pregonan que puede prescindir de ella sin grave quebranto y que después del Estado-providencia vendrá el Mercado-providencia. Observemos sus primeros efectos.

El retorno de la dinámica de las crisis

Desde 1945, la economía capitalista se caracterizaba por un crecimiento sostenido, regular, con sólo algunas débiles desaceleraciones que el intervencionismo estatal se encargaba de interrumpir rápidamente. Desde 1980, el crecimiento ya no describe la misma figura. Así, para Francia:



Como se puede constatar, mientras que la reactivación después de la recesión de 1975 había sido vigorosa (+4,2 % del PIB), interviniendo el Estado con la ayuda del déficit presupuestario, tras la recesión de 1980-1981 (en Francia sólo hay una ralentización), la reactivación es suave, vacilante; después hay una fase de actividad media hasta 1987, después, de franca prosperidad hasta 1989 y finalmente llega la crisis que estalla primero en 1991 en los Estados Unidos para expandirse a continuación por Europa algún tiempo después.

Tenemos ahí una reproducción del ciclo industrial clásico que Marx había identificado en el siglo XIX. Algunos analistas que no tienen nada de marxistas lo reconocen también: es el retorno de los ciclos. “Desde hace medio siglo, escribe Denis Clerc, el intervencionismo público había tenido al menos el mérito de permitir una reducción sensible de la amplitud de las fluctuaciones cortas (...) El retorno de los ciclos significa que este medio siglo se cierra. Que el intervencionismo público, en adelante estigmatizado, cede cada vez más el lugar a los mecanismos reguladores del mercado” (*Alternatives économiques* n° 20; 2° trimestre de 1994).

Si hemos de creer a los “expertos patentados” del sistema, las recesiones de 1974-1975 y de 1980-1981 se habían debido a “dos conflictos petroleros”. La crisis de 1991-1993, primera crisis engendrada por el nuevo curso liberal del capitalismo, la más larga (duró casi tres años) y la más dura que ha conocido el mundo capitalista desde la crisis de 1929, merece un tipo de explicación muy diferente.

Para que la acumulación del capital pueda proseguir, no basta con extraer suficientemente plusvalía del trabajo explotado, se necesita igualmente realizar en dinero esta plusvalía en el mercado. Ahora bien, subrayaba Marx, “las condiciones de la explotación inmediata y las de su realización no son idénticas (...) Unas no tienen por límite más que la fuerza productiva de la sociedad, las otras, las proporciones respectivas de las diversas ramas y la capacidad de consumo de la sociedad. Ahora bien, éste no está determinado ni por la fuerza productiva absoluta, ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo sobre la base de relaciones de distribución antagónicas, que reduce el consumo de la gran masa a un mínimo susceptible de variar sólo dentro de límites más o menos estrechos” (8).

Se podrá objetar a este análisis que el keynesianismo, con sus diversas recetas de la “política del pleno empleo”, del “consumo público” y de los “salarios elevados”, había logrado, en buena medida al menos, repeler los límites del consumo reducido de las masas que Marx evoca. Pero como se ha visto, la

entrada del capitalismo en su final de ciclo ha hecho al keynesianismo caduco: a causa de la caída de la tasa de ganancia, el Estado ha sido llevado a aligerar sus cargas sobre las empresas, por tanto, a disminuir su “consumo público”, mientras que el capital vuelve a más rigor salarial, llegando éste hasta una disminución de los salarios reales, como en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Con el ascenso del paro, millones de individuos han visto sus ingresos reducidos a subsidios de paro distribuidos cada vez con más tacañería y el pauperismo ha regresado con fuerza, afectando a fracciones enteras de la población, como en los Estados Unidos, donde 27,6 millones de personas dependían, en enero de 1994, de los cupones de alimentos del gobierno (*Le Monde* del 4 de abril de 1994), o bien en Gran Bretaña, donde 13,9 millones de personas vivían por debajo del umbral de la pobreza, contra 5 millones en 1979 (*Le Monde* del 11 de febrero de 1995). Dicho de otra manera, “las capacidades de consumo de las grandes masas” se han visto disminuidas. Tenemos aquí el primer factor de la crisis de 1991-1993 pues, como explica Marx, “la razón última de todas las verdaderas crisis sigue siendo siempre la pobreza y la capacidad limitada de consumo de las masas, frente a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen por límite más que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad” (9).

“P roducir sin tener en cuenta los límites existentes del mercado y las necesidades solventes”, tal es para Marx la causa de las fluctuaciones periódicas de la economía capitalista. Con el regreso al liberalismo, esta última ha recaído en esa anarquía económica. Con la “mundialización”, ya nada puede ser controlado. El mercado sin fronteras, en cuyo interior las multinacionales no obedecen más que a sus impulsos de enriquecimiento únicamente, hace la economía cada vez más ingobernable por los Estados. Para poner remedio a este estado de cosas, se necesitaría una especie de “gobierno mundial”. Pero todos los intentos que han pretendido más o menos ir en esta dirección no han acabado más que en los resultados contrarios.

Así, el G7 (el grupo de los siete países capitalistas más ricos del planeta), creado en 1975 y que se reúne una vez cada año, se ha limitado a recomendaciones que van en el sentido de la ortodoxia liberal. La Organización mundial del comercio (la OMC) creada recientemente y que reemplaza al Acuerdo general sobre las tarifas aduaneras (GATT), no irá más allá de este código de buena conducta.

Así pues, están reunidos todos los ingredientes para que el ciclo de las crisis periódicas vuelva a comenzar. Denis Clerc no se equivoca al constatar que esta “alternancia, cada vez más marcada, de fases de crecimiento y de fases de recesión se parece mucho a una foto retrospectiva. Durante más de un siglo, entre 1830 y 1940, el capitalismo ha estado marcado por tales pulsaciones de actividad” (*Alternatives économiques* nº 20). Pero se le olvida recordar en qué desembocó tal movimiento cíclico: en la crisis catastrófica de 1929 todavía en todas las memorias, es decir, en la quiebra del capitalismo.

Pero precisemos también: en la quiebra, sin duda, pero totalmente provisional, del capitalismo. La causa de ello fue que, al no haber entrado en su fase de final de ciclo, tenía un margen de maniobra todavía importante para salir de la crisis. El problema al que se enfrentaba era el de la venta de sus mercancías, pero que podía resolver sin poner en grave peligro su rentabilidad, al ser su tasa de ganancia todavía elevada históricamente. Por eso, encontró la solución a través de las diversas medidas keynesianas que se conocen.

Hoy la situación es muy diferente. Ha entrado en su fase de final de ciclo cuya marca más evidente es la caída de su tasa de ganancia, que en adelante se manifiesta bajo una forma que tiende hacia lo absoluto y no ya como simple tendencia. Todas las medidas que toma apuntan a restaurar algo la tasa de ganancia: baja de los salarios directos e indirectos, deslocalizaciones con miras a encontrar la mano de obra lo más barata posible. Para hacer esto se ve obligado a volver al liberalismo, con el mercado como único regulador. De ello resulta una disminución de las capacidades de consumo de las masas y una anarquía, cada vez más grande, del mercado,

teniendo estos dos factores como efecto precipitarlo hacia una dinámica de crisis. Como no puede hacer otra cosa más que ir cada vez más lejos en esta dirección, al exigirle la rentabilidad del capital, las crisis sólo pueden hacerse cada vez más violentas hasta el punto en que una de ellas acabará por traer su hundimiento económico: a diferencia de 1929, será imposible un “relanzamiento” por medio del consumo público y privado, al poner éste directamente en peligro la rentabilidad del capital, ya baja, y desembocando inmediatamente en otro callejón sin salida del sistema.

Para decirlo de una vez, no es a un “nuevo 1929” hacia donde se dirige el capitalismo, sino hacia algo que se parecerá a una crisis final.

No hay acumulación ilimitada del capital. No aceptar este curso catastrófico del capital que desemboca en “explosiones, cataclismos y crisis” que acabarán por “provocar el derrocamiento violento” del capitalismo (Marx), es entrar necesariamente en el universo mental mistificador de sus apologistas, que ven en él una forma social “natural y eterna”.

EPÍLOGO

Evocar así el final del capitalismo es, no obstante, dejar subsistir una ambigüedad: éste puede, ciertamente, hundirse económicamente; pero para que desaparezca de verdad es necesaria una acción revolucionaria, si no, no hará más que pudrirse sobre el lugar.

Tal caso no contaba para Marx. Para él, el desarrollo último del capitalismo significaba la exacerbación de sus contradicciones económicas y, por consiguiente, de sus contradicciones sociales, pues “el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas mediatizada por cosas” (1). Dicho de otra manera, el hundimiento del capitalismo era al mismo tiempo rebelión de la clase obrera contra la burguesía y su sistema, engendrando éste “con la ineluctabilidad de un proceso natural su propia negación” (2), su “propio enterrador” (3), el proletariado.

Hoy, estamos aún lejos de una tal situación. La parte del proletariado golpeada de lleno por el capitalismo – los parados, los precarios, los “excluidos” -, aunque se cuente por millones, no constituye todavía más que una minoría en relación con el conjunto de la clase asalariada. Por eso, la clase burguesa dispone de un margen de maniobra suficiente para contener los disturbios sociales graves que podrían sobrevenir: distribuyendo algunas limosnas (subsidios de paro, RMI {otro subsidio para parados de larga duración, NdT}, cursillos parking {o sea, para perder el tiempo, NdT}, etc.), neutraliza a esta fracción del proletariado. Además, ésta juega un papel disuasorio respecto del conjunto de los asalariados: éstos se sienten todavía por el momento relativamente protegidos, renuncian a entrar en acción por miedo a perderlo todo y compartir así la suerte de los

“excluidos”. Finalmente, hay un aspecto subjetivo que entra en línea de cuenta y que concierne al conjunto de la sociedad. Al desarrollarse, el capitalismo ha modelado el mundo a su imagen y, consecuentemente, los hombres que se han encontrado bajo su dominación.

Éstos, condicionados y estructurados por él, han dejado de pertenecerse a sí mismos para convertirse en objetos. Sus pensamientos, sus actividades, se han convertido en las del capital, su dueño, el dueño de todos. Con lo que Marx llamaba “la sumisión real del trabajo al capital”, la alienación jamás ha sido tan grande y las sociedades modernas han tomado el aspecto de un vasto sistema de esclavitud material y espiritual. Los gritos de victoria de los apologistas actuales jactándose de “la economía de mercado” no son otra cosa más que los ecos ruidosos de esa alienación de los hombres al capital. Incluso abandonados y excluidos por él, se sienten frustrados porque están decepcionados de no pertenecerle ya.

A partir de ahí, nada de asombroso si la entrada del capitalismo en su final de ciclo histórico apenas sea percibida. No se ve en ello más que una “crisis”, es decir, un mal momento que hay que pasar en espera de que el sistema recobre el vigor y vaya otra vez resueltamente adelante. Para salir de la apatía y del pensamiento ciego que dominan nuestra época, está claro que el capitalismo deberá ir todavía más lejos en la demostración de su bancarrota económica y social, golpeando masas humanas cada vez más numerosas.

En la espera, observemos no obstante que la creencia en un futuro mejor en el marco del capitalismo se desvanece (prueba de ello, el debilitamiento de las ideologías y de las organizaciones reformistas), que la fe en la papeleta de voto como medio para modificar la situación se desmorona (lo que se puede verificar por el aumento de las abstenciones en las elecciones) y que el mito del consenso social comienza a venirse abajo hasta el punto de que se ve a algunos dirigentes políticos burgueses dar la señal de alarma (“las clases antagónicas acaban por reconstituirse, mientras que todo, durante decenios, había concurrido para desagregarlas, declaraba Philippe Séguin en las

últimas elecciones presidenciales. Constatamos que se ha vuelto a poner en marcha ante nuestros ojos una gran máquina de reproducción e incluso de agravación de las desigualdades sociales”).

Se trata ahí de signos que indican que el conformismo ideológico y la apatía social no están destinados a durar eternamente. “El pasado de una ilusión”, que un historiador como François Furet (4) cree haber diagnosticado en el comunismo (¡que él asimila al estalinismo!) podría muy bien ser, en un futuro más o menos próximo, el capitalismo mismo.

NOTAS

Capítulo I

1. K. Marx, *El Capital*, libro I, Presses universitaires de France, Paris, 1993, p. 169.
2. *Ibid.* p. 169.
3. K. Marx, “Teorías sobre la plusvalía”, in *La Crisis*, ed. 10/18, Paris 1978, p. 329.
4. K. Marx, *El Capital*, libro I, op. cit. p. 173.
5. *Ibid.* p. 172.
6. *Ibid.* p. 173.
7. *Ibid.* p. 664.
8. *Ibid.* p. 663.
9. *Ibid.* p. 665.
10. *Ibid.* p. 665.
11. *Ibid.* p. 667.
12. *Ibid.* p. 667.
13. *Ibid.* p. 667.
14. K. Marx, “Teorías sobre la plusvalía”, in *La Crisis*, op. cit. p. 337.
15. K. Marx, *El Capital*, libro I, op. cit. p. 509.
16. K. Marx, *Grundrisse*, ed. 10/18, Paris 1973, tomo IV, p. 17-18.
17. K. Marx, *El Capital* libro III, Ediciones sociales, Paris 1974, tomo I, p. 271-272.
18. *Ibid.* p. 263.
19. K. Marx, *Grundrisse*, tomo III, op. cit. p. 340. Las otras citas de este párrafo están sacadas de este mismo pasaje, titulado “el proceso de trabajo y el capital fijo”, p. 323 y siguientes.
20. K. Marx, *El Capital*, libro I, p. 699.
21. *Ibid.* p. 688.
22. K. Marx, *El Capital*, libro III, op. cit. tomo I, p. 275.

Capítulo II

1. K. Marx, *El Capital*, libro III, Ediciones sociales, Paris 1974, tomo I, p. 227.
2. *Ibid.* p. 244.
3. *Ibid.* p. 250.
4. Citado por André Gorz in *Los Caminos del paraíso. La agonía del capital*, ed. Galilée, Paris 1983, p. 69.
5. K. Marx, *El Capital*, libro I, Presses universitaires de France, Paris 1993, p. 500.
6. Pierre Souyri, *La Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, ed. Payot, Paris, 1983.

Capítulo III

1. F. Chesnais, *La Mundialización del capital*, ed. Syros, Paris 1994, p. 262.
2. André Gorz, *Los Caminos del paraíso. La agonía del capital*, ed. Galilée, Paris 1983.
3. Pierre Souyri, *La Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, *op. cit.* Los pasajes citados en este párrafo están extraídos del anexo del libro, titulado: “La generalización de la automoción”, p. 245 y siguientes.
4. Ver a este propósito la revista *Historia*, julio-agosto de 1995, número sobre el siglo de Luis XIV, páginas 41 a 49: “Parados, sin domicilio fijo, ‘extranjeros’, ¿qué hace Francia por sus excluidos?”
5. K. Marx, *Grundrisse*, ed. 10/18, Paris 1973, tomo IV, p. 17-18.
6. K. Marx, *El Capital*, libro I, PUF, Paris 1993, p. 714.
7. P. Mattick, *Crisis y teoría de las crisis*, ed. Champ Libre, Paris 1976, p. 207.
8. K. Marx, *El Capital*, libro III, Ediciones sociales, Paris 1974, tomo I, p. 257.
9. K. Marx, *El Capital*, libro III, in *La Crisis*, ed. 10/18, Paris 1978, p. 372.

Epílogo

1. K. Marx, *El Capital*, libro I, *op. cit.* p. 859.
2. *Ibid.* p. 856.
3. *Manifiesto Comunista*, ver *El Capital*, libro I, *op. cit.* nota p. 857.
4. F. Furet, “El pasado de una ilusión”, ed. Robert Laffont, Paris 1995.

EL CAPITALISMO LLAMADO TRIUNFANTE CONSIDERADO BAJO ALGUNOS DE SUS ASPECTOS POLÍTICOS, SOCIALES E IDEOLÓGICOS

SEGUNDA PARTE

Prólogo

Contrariamente al diccionario actual de las ideas recibidas, según el cual el capitalismo sería un sistema dotado de capacidades infinitas de renovación, de evolución, de mutación, nosotros hemos sostenido, en la primera parte de esta “investigación”, que económicamente había entrado en su fase de final de ciclo histórico, fase que no es posible evaluar con precisión, pudiendo extenderse ésta a lo largo de todo un período pero que inevitablemente concluirá en una crisis final. Las tendencias que se consolidan hoy no hacen más que confirmar este diagnóstico. No ha tenido lugar ninguna reactivación vigorosa. El capital continúa mostrando aversión a invertirse en la economía real por falta de rentabilidad suficiente. De hecho, la burguesía, en tanto que clase industrial, existe cada vez menos. Su principal actividad se traslada, en adelante, a la bolsa, hacia los “*mercados financieros*”, los “*fondos de pensiones*”, como si el dinero pudiese fabricar dinero mágicamente, sin pasar por la producción, estando ahí las “*burujas financieras*” que

estallan periódicamente, para probar lo contrario (como la última en fecha, la de 1998).

El objeto de esta segunda parte es mostrar que este final de ciclo no se verifica sólo económicamente, sino que se puede observar asimismo en el ámbito de las superestructuras políticas, sociales e ideológicas del capitalismo, no quedando lo que sucede en su subsuelo económico sin efecto sobre sus formas de dominación. Sin pretender ser exhaustivo en la materia, nos hemos fijado en algunas de ellas que son afectadas.

De esta manera se puede observar un claro declive de las naciones burguesas, es decir, los marcos políticos en los que se había desarrollado el capitalismo. Confrontadas al retorno de los regionalismos, al ascenso de los comunitarismos y, sobre todo, desestabilizadas por un capitalismo en adelante “mundializado”, se ven sacudidas en sus cimientos al tiempo que la idea misma de nación se debilita.

La democracia burguesa no va mejor. Cortocircuitada por una “*democracia de mercado*” con la que sólo se pueden identificar la burguesía de negocios y las capas acomodadas, se marchita, viéndose cada vez más abandonada por los electores, al tiempo que los partidos políticos están en la pendiente de un declive acentuado.

Atrapado en la tormenta del final de ciclo del capitalismo, el proletariado ha estallado en varias fracciones que viven situaciones diferentes. Una, mayoritaria, continúa teniendo un empleo fijo, más o menos bien remunerado, con las ventajas sociales que ello implica. Otra se ve limpiamente excluida del trabajo, condenada a la asistencia pública, a los mínimos sociales, cuando no a la mendicidad, lo que hace que tienda a lumpen-proletarizarse. Finalmente, otra se encuentra en una situación intermedia: un pie en el salariado, el otro fuera de él. Está formada por aquellos a los que comúnmente se denomina “*precarios*”; en realidad se trata de un sub-proletariado utilizado ocasionalmente, muy “*flexibilizado*”, con frecuencia poco cualificado, mal pagado, mal considerado y al que los americanos llaman “*working poors*”, trabajadores pobres. La

aparición y el incremento de semejante capa de precarios significan que el salariado capitalista se está hundiendo.

Incluso las clases medias asalariadas, que constituían el florón más bello del salariado capitalista, son alcanzadas. Una fracción de esta nueva pequeña burguesía (especialmente los jóvenes) ya no consigue encontrar su lugar en el medio privilegiado de los cuadros y se ve desclasada, proletarizada, rechazada hacia empleos subalternos.

Si ahora observamos las formas ideológicas dominantes de la sociedad capitalista, nos damos cuenta de que están en vía de agotamiento. Las creencias políticas se han hundido, ningún sistema colectivo de convicción funciona ya. Sólo subsiste una letanía moralizadora, estilo “*derechos del hombre*”, pero sin ningún efecto movilizador. Un tal estado de delicuescencia revela el vacío ideológico que embarga en lo sucesivo a las sociedades capitalistas.

Finalmente, lo que otras veces se llamaba “*el orden moral*” está igualmente en plena descomposición. Los pilares de tal orden eran el Trabajo, la Familia, la Patria. Los tres se estremecen desde sus cimientos y están carcomidos. Por el momento, tal declive desemboca, especialmente entre las generaciones jóvenes, en un desorden moral caracterizado por toda una serie de desarreglos y de comportamientos más o menos violentos, dirigidos de una manera ciega a causa de la pérdida de todos los referentes.

*

La segunda parte de esta “*investigación*” se apoya en buena medida en la sociedad capitalista francesa. Semejante campo de investigación puede parecer, por tanto, limitado. Dicho esto, la sociedad francesa no es una excepción que quedaría totalmente aislada respecto de los demás países capitalistas. Al formar parte del bloque de los países “*avanzados*”, lo que pasa en ella se encuentra, a pesar de ciertas particularidades, en los países que tienen un nivel de civilización

burgués comparable, aun cuando entre estos a veces puede haber formas algo diferentes o menos acentuadas.

I

EL DECLIVE DE LAS NACIONES BURGUESAS

Un poco de historia

Las naciones nacieron en los comienzos de la era capitalista en el siglo XVI. En este estadio de evolución son colocadas bajo la égida de las principales monarquías de Europa (Inglaterra, Francia, España). La acción principal de estas últimas será construir Estados suficientemente centralizados como para meter en cintura las diversas feudalidades locales. Cuando, a partir del siglo XVIII, las burguesías se adueñen del poder, proseguirán la obra centralizadora emprendida por las monarquías, al tiempo que pretendían hacer de las naciones las emanaciones directas de los “*pueblos*”, con las ideas de república y de democracia. Se tendrá entonces la constitución de los **Estados-naciones** que caracterizan plenamente la era burguesa y capitalista.

Para el modo de producción capitalista, la nación constituye el marco adecuado a su desarrollo: un mercado suficientemente amplio, liberado de las últimas trabas feudales que limitaban los intercambios y el comercio. Además permite a los capitalismo nacionales protegerse, si hace falta, gracias a sus barreras aduaneras, de las naciones competidoras. Esto es válido especialmente para las naciones capitalistas emergentes. Insuficientemente competitivas, un libre-cambismo en todas

direcciones correría el riesgo de abortar sus economías todavía poco desarrolladas.

En el siglo XIX, en el plano político, algunas burguesías debieron llevar duras luchas para imponer el hecho nacional en sus países respectivos. Así, en América del Norte, hubo la guerra civil que enfrentó a los Estados del Norte con los del Sur secesionista. En Europa, la guerra por la unidad italiana contra el imperio de Austria y la guerra por la unidad alemana contra Francia en 1870 permitieron cimentar la idea nacional en estos países.

En el plano cultural, las burguesías debieron combatir los particularismos regionales que subsistían y que constituían otros tantos frenos a la idea de nación. Fue la lucha, entablada con más o menos vigor según los países, contra las hablas y dialectos regionales a fin de imponer la lengua nacional. Así en Francia, donde esto se hizo arrancando la escuela a los curas, haciéndose ésta *“laica y republicana”* a finales del siglo XIX.

Finalmente, en el plano ideológico las burguesías hicieron de la nación una idea casi trascendental: colocada por encima de las clases, con ella no existía más que una sola comunidad de ciudadanos capaz de *“vivir juntos”* en una nación *“una e indivisible”*. Es esta ideología, extremadamente poderosa, la que en 1914 sirvió de palanca para arrojar a los pueblos los unos contra los otros, convirtiéndose entonces el *“morir por la patria en el destino más bello”*...

Tal fue, en resumen, la marcha histórica de las naciones burguesas. Marcha irresistible frente a la cual todas las fuerzas que se le oponían, fuesen reaccionarias (clericales) o revolucionarias (las fuerzas socialistas que se presentaban como internacionalistas), apenas pudieron resistir.

Pero hoy, ¿cómo le va? Se da uno cuenta de que tal marcha ha terminado y que a partir de ahora va hacia atrás.

Retorno de los regionalismos, ascenso de los comunitarismos, declive de la idea de nación

Desde hace cierto tiempo, los regionalismos que se creía desaparecidos están de regreso y vuelven a levantar la cabeza. En todo caso, aquí y allá emerge una conciencia “*identitaria*” a la búsqueda de sus “*raíces*”. Según el lugar de donde uno es originario, se vuelve a descubrir como bretón, corso, saboyano, flamenco, escocés, galés, vasco, catalán, etc. Ciertamente, en eso no hay nada verdaderamente nuevo. Estos regionalismos habían sido integrados frecuentemente por la fuerza en los Estados-naciones, lo que hace que quedase algo de sus particularismos, aunque sólo fuese en el ámbito de la lengua. Lo que pasa es que hoy, considerando que han sido maltratados en el pasado, tienden a tomar la revancha y a exigir reparación de los Estados-naciones.

Lo que no deja de tener consecuencias, incluso en un país tan tradicionalmente centralizado como Francia que ha terminado por firmar, el 7 de mayo de 1999, la Carta europea de las “*lenguas regionales y minoritarias*”, debiendo tener fuerza de ley esta decisión cuando sea aprobada por el Parlamento en el transcurso del año 2000. Esta Carta prevé, entre otras cosas, el empleo “*de las formas tradicionales de la toponimia en las lenguas regionales y minoritarias*”, la enseñanza de estas lenguas en la escuela primaria, “*al menos a los alumnos cuyas familias lo deseen y cuyo número sea considerado suficiente*”, así como alentar su presencia en los medios.

Por eso, observemos este hecho revelador: con esta Carta, las naciones burguesas, bajo la presión de los regionalismos renacientes, parecen deshacer lo que fue conquistado con dificultad sobre estos últimos.

*

A guisa de conciencia “*identitaria*” se encuentran igualmente categorías que afirman sus “*diferencias*” ligándose a

un grupo étnico, sexual o religioso. Se afirma uno entonces como árabe, negro, mujer, homosexual, judío, musulmán. Lo que caracteriza a estos diferencialismos es que tienden a formar otros tantos comunitarismos con los que si no se vive aislado, al menos se pone uno a pensar, sentir, reaccionar como el grupo al que pertenece. Lo que no deja de tener efectos, aquí también, sobre el Estado-nación.

Así en Francia con ocasión del asunto de llevar el *“pañuelo islámico”* en la escuela, donde se vio al Estado, en la persona del Consejo de Estado, legalizar, por así decir, una práctica semejante que va directamente en contra de sus principios laicos que rigen su escuela republicana. Hubo en ello retroceso frente al *“derecho a la diferencia”*. Este último se veía como institucionalizado en nombre de un *“multiculturalismo”* que se presentaba como de buena ley (*“las diversas culturas no pueden sino enriquecernos mutuamente”*), pero que en realidad indicaba que la *“máquina de integrar”* de la que estaba tan orgullosa la burguesía republicana, tenía fallos singulares.

Prueba de ello es también lo que ocurre en algunos suburbios, donde todo no se explica por el paro o las hileras de viviendas uniformes y tristes de La Courneuve y de Les Minguettes (en las afueras de París y Lyon, NdT), como nos quisieran hacer creer un economismo y un sociologismo de corto alcance. Cuando algunos jóvenes árabes o negros queman coches, destrozan cabinas telefónicas, causan agresiones a los chóferes de autobús y crean así un clima de inseguridad, ¿qué significa esto? Al actuar así, estos hijos de inmigrados afirman su *“diferencia”* y su *“identidad”* étnica. Cosa impensable cuando en otro tiempo llegaban los inmigrados italianos o polacos. A pesar de algunos choques al principio, rápidamente se integraban.

Constatemos igualmente una decadencia acentuada de la idea misma de la nación, lo que no deja de tener relación con los fenómenos que acabamos de tener en cuenta. Después de haber sido exaltada, idealizada, se ve mucho menos apreciada, incluso por las burguesías. Así, la guerra del '14, que hasta ahora pasaba por *“la Gran guerra patriótica”*, no está ya lejos de ser

presentada por las autoridades oficiales tal como la veían en otros tiempos los pacifistas: una gran carnicería en la que los diversos nacionalismos se enfrentaron en una guerra absurda. De todas formas, los aires de nuestro tiempo no abogan ya a favor de tal idea, presentada como “*arcaica*”, o bien connotada de una manera totalmente negativa: Nación = nacionalismo, con lo que un tal “*ismo*” comporta de chovinismo, de xenofobia y de estrechez de espíritu.

Un tal declive de la idea de nación no es una excepción francesa. Así, ¿qué significaba la opción “*cero muertos*” del lado americano en el reciente conflicto de Kosovo? Revelaba el hecho de que en lo sucesivo la nación burguesa americana no estaba ya dispuesta a aceptar los sacrificios que toda guerra verdadera implica. Todo su dispositivo militar constituido por ingenios electrónicos ultra sofisticados, que vuelve al adversario impotente para responder, no tenía otra razón de ser. Después de la dolorosa experiencia del Vietnam, que había visto a los “*boys*” ceder y a la opinión americana volverse contra el gobierno, había que evitar una confrontación directa con el enemigo que habría corrido el riesgo de acarrear pérdidas que en adelante ya no se soportaban. A partir de ese momento, ¿qué vale aún la nación burguesa americana, por muy poderosa que aparezca? Como las otras, está en declive, no valiendo ya su idea que uno se sacrifique por ella. De todas maneras, más todavía que las otras naciones América está corroída por los comunitarismos, los etnicismos, hasta tal punto que en las universidades americanas se imparte una enseñanza “*a la carta*” según el grupo étnico al que se pertenece.

*

¿Cómo interpretar todos estos hechos? Hemos recordado que las naciones no han existido siempre, como querría hacer creer cierta mitología nacionalista; que se han impuesto con el nacimiento y el esplendor del capitalismo; en consecuencia, si hoy declinan hay que buscar la razón profunda

de ello no en la “*política*”, la “*cultura*” o aún en “*la evolución de las costumbres*”, sino en la economía capitalista misma.

Caída de la tasa de ganancia, “*mundialización*” del capital y declive de las naciones

“*Mundialización del capital*”: ¿qué significa semejante concepto utilizado hoy a cada paso? ¿El hecho de que en adelante existe un mercado mundial? He ahí que hace mucho tiempo que éste se constituyó. Se lo puede hacer remontar hasta el siglo XVI. Un tal mercado significaba que cada país capitalista, a partir de su base nacional, producía mercancías y las exportaba hasta las regiones más apartadas del mundo, con tal de encontrar compradores solventes. La “*mundialización*” es otra cosa muy distinta. Es la marca de un divorcio cada vez más consumado entre la nación y el capital: con sus “*multinacionales*” o “*transnacionales*” (se cuentan 37.000 en el mundo, con 200.000 filiales), este último se emancipa de los marcos nacionales, se hace apátrida y sin fronteras, convirtiéndose el mundo en su campo de explotación; con tal “*mundialización*”, la noción “*de economía francesa*”, o “*alemana*”, etc., pierde su sentido; cada “*multinacional*”, como su nombre indica, está compuesta por una multitud de capitales que tienen distintos orígenes y funciona según su interés privado, es decir, sin tener en cuenta ningún “*interés nacional*”; así, se trasladará de lugar si es provechoso para ella, incluso si deja en la estacada a una multitud de trabajadores “*nacionales*”. Queda por saber por qué el capitalismo ha llegado hasta ahí.

El hecho más importante que caracteriza al capitalismo llegado a su final de ciclo es la caída de su tasa media de ganancia, caída que de relativa hasta ahora tiende a hacerse absoluta (remitimos al lector a la primera parte de esta “*investigación*”). A partir de entonces, el imperativo para el capital es encontrar invertirse allá donde la rentabilidad es

todavía suficiente, listo a abandonar las zonas en que se hace insuficiente. Dicho de otro modo, qué importa el lugar de inversión, lo esencial es que sea de un buen rendimiento; si la mano de obra es demasiado cara o si la productividad del trabajo es demasiado débil, se hace necesario trasladar la producción de localidad a fin de encontrar las condiciones satisfactorias para la extracción de plusvalía. En una palabra, lo que se llama “*mundialización del capital*” no es otra cosa que esa búsqueda loca de la tasa de ganancia lo más ventajosa posible; en otros términos, la “*mundialización*” es consecutiva a la caída de la tasa de ganancia, al tiempo que es una tentativa de frenarla localmente yendo a fijarse allí donde la rentabilidad es todavía relativamente elevada.

De una tal “*mundialización*” resultan **desequilibrios económicos** crecientes. Regiones enteras se ven abandonadas, despreciadas, mientras que otras siguen siendo polos económicos relativamente prósperos. En Europa, el Norte de Francia, Lorena, el País de Gales, Valonia, la ex-RDA, son zonas siniestradas, en vías de desindustrialización. Otras regiones ya rezagadas se hundén todavía más en el subdesarrollo. Así el sur de Italia, Andalucía, Escocia. Por el contrario, otras regiones salen adelante logrando dar prueba de un cierto dinamismo económico. Citemos la parte flamenca de Bélgica, Cataluña, Lombardía, Renania.

A partir de ahí, bajo los efectos de estos desequilibrios, algunas naciones estallan pura y simplemente, no queriendo en absoluto, las regiones más prósperas, tener que soportar las cargas que implica la existencia de zonas desfavorecidas. Así si Eslovenia fue la primera de las regiones en separarse de la Federación yugoslava fue ante todo porque tenía un PNB por habitante 2 a 3 veces superior al PNB medio de Yugoslavia. Lo mismo ocurrió con la República checa, cuyo PNB era superior al de Eslovaquia, separándose estas dos entidades “*amistosamente*”. Se puede decir otro tanto de Ucrania, convertida en independiente respecto de la ex-U.R.S.S.

Por otro lado, los desequilibrios económicos acarrear un deseo más grande de autonomismo por parte de las regiones

prósperas. Como en Cataluña, que produce por sí sola el 20 % del PIB español y donde numerosas multinacionales han venido a instalarse: en la industria química con Air Liquide, Rhône-Poulenc, Elf, Atochem; en la industria del automóvil con Volkswagen, Fiat. De ahí la presión de la burguesía catalana sobre el gobierno central para conseguir menos cargas fiscales y todavía más autonomía. La parte flamenca de Bélgica se ha convertido también en un lugar privilegiado de las multinacionales. Por sí sola genera cerca del 75 % del PIB de Bélgica y siente *“cada vez más como una bola de hierro el ejercicio de la ‘solidaridad federal’*. *Las transferencias de fondos en materia de seguridad social o de seguro de paro constituyen, a los ojos de numerosos responsables flamencos, una desventaja en la carrera de la competitividad de su región”* (Le Monde économique del 18/3/99). Es también el caso de Lombardía, que produce el 20 % del PIB de Italia y cuya tasa de paro es la mitad de la media nacional. También ahí surge un fuerte deseo de autonomismo, incluso de separatismo, con la Liga del Norte de Umberto Bossi. En una palabra, es lo clásico, los ricos no quieren pagar por los pobres, lo que tiene como efecto minar los Estados-naciones.

Por su parte, las regiones desfavorecidas contribuyen igualmente a este trabajo de zapa. Sintiendo abandonadas, ven con mucho menos interés su unión a una nación y se sienten más o menos tentadas por el independentismo. Es lo que ocurre en Córcega, en el País de Gales, en Escocia (que ya tiene su Parlamento, inexistente desde 1707), en Valonia (una corriente de la cual, llamada *“unionista”*, quisiera unirse a Francia).

Finalmente, algunos comunitarismos de los barrios desheredados de las periferias tienen el mismo reflejo. También ellos intentan, más o menos conscientemente, sustraerse al Estado-nación constituyéndose en entidades separadas donde, por ejemplo, la policía no vendrá más a meter la nariz en sus asuntos (generalmente ligados al tráfico de drogas), dejando entonces *“el Estado de derecho”* de controlar sus territorios.

La “*construcción europea*” y el declive de las naciones

A partir de ahí, en el contexto de “*mundialización*” del capital que desestabiliza a las naciones, ¿qué significa el proyecto de “*construcción europea*”? ¿Hay que ver en ello un intento de remediar este declive de las naciones proyectándose en un conjunto más vasto? Si observamos los debates que agitan a las burguesías a este respecto, lo menos que se puede decir es que parecen muy divididas en lo que concierne a la validez de un tal proyecto.

“*¿Va a desaparecer Francia?*”, se pregunta con ansiedad en un libro (edición B. Grasset, 1997) el gaullista J.C. Barreau. Tenemos ahí a un representante de la fracción burguesa que se opone al proyecto europeo que se ha emprendido. Se estima que con la moneda única, el Banco Central europeo, la Comisión de Bruselas, los tratados de Maastricht y de Ámsterdam se atenta contra la soberanía nacional, de la que ya no emana la integridad de las leyes y reglamentos. Y entonces se pinta un cuadro catastrófico de lo que podría ocurrir si un tal proceso de disolución de la nación llegase hasta el final: una Francia balkanizada, entregada a las guerras tribales y que acabará por desaparecer en un caos indescriptible... Dicho esto, una tal burguesía es bastante consciente de lo que pasa: con la “*construcción europea*” hay ciertamente declive del hecho nacional. ¿Qué es, en efecto, una burguesía “*nacional*” que debe pasar por las horcas caudinas de instancias superiores que pretenden dictarle su conducta en toda una serie de dominios? Evidentemente, ésta ya no es dueña de su destino. Pero, ¿qué propone ella como solución? Grosso modo, el retorno a la plena integridad de la nación. ¿Es eso realista?, le replican sus rivales. De hecho, vista la “*mundialización*” del capital, un repliegue sobre la nación parece especialmente comprometido, por no decir imposible: ¿sobre qué base económica asentar en adelante la nación y hacerla así autónoma? En realidad, aquí se trata de

una burguesía nostálgica del pasado que se encierra ideológicamente en un vano retorno hacia atrás, imaginándose así que podría conjurar el ineluctable declive que embarga a las naciones burguesas.

Este declive, otra fracción burguesa cree igualmente poder remontarlo, pero de otra manera: yendo audazmente hacia delante en la “*construcción europea*”. Esta burguesía sueña con una nueva nación, más grande, más poderosa, que sería “*Europa*” y que podría así hacer frente al gigante americano poniendo en la balanza todo su peso. Por eso propone que la Unión europea se dote de un parlamento que tenga un verdadero poder legislativo, de un gobierno que no dependería ya de los diversos poderes políticos nacionales y, para dar la medida, que tendría una defensa militar común. De hecho, un tal proyecto es igual de irreal: la tendencia del capitalismo actual “*mundializado*”, como se ha visto, no va en el sentido de una unificación, sino de una fragmentación, incluso de una disolución de las naciones; todos los marcos nacionales se han convertido en trabas para él, tanto los antiguos como los nuevos que eventualmente podrían surgir.

De hecho, la “*construcción europea*” tal como existe, he ahí lo que es posible: una zona de libre cambio, un cierto número de instituciones que limitan la soberanía de los Estados (el Tribunal de Justicia europeo, la moneda única, el Banco Central europeo, la Comisión de Bruselas), pero que no la suprimen (el Consejo de Europa continúa siendo la emanación de los distintos jefes de gobiernos nacionales, debiendo ser tomadas sus decisiones por unanimidad, y no por mayoría cualificada, mientras que el Parlamento de Estrasburgo no dispone de amplios poderes), tal es la Europa con la que se ha aliado la fracción mayoritaria de las burguesías. Ella les permite formar más o menos un bloque en las negociaciones comerciales internacionales; evitar, en la medida de lo posible, que los desequilibrios entre regiones se agraven todavía más, distribuyendo algunos fondos entre las regiones más desfavorecidas; finalmente, es un buen medio para hacer pasar las medidas de rigor que se imponen en materia social (como el

reciente restablecimiento del trabajo nocturno para las mujeres), inmigración, etc. Esta Europa que nada y guarda la ropa corresponde bastante bien al estado de declive de las naciones burguesas: demasiado débiles en lo sucesivo para actuar solas, se ven obligadas a unificarse algo, pero no hasta el punto de tener que desaparecer. Añadamos, en fin, que una “*Europa ampliada*” a 20, y después ¡a 27! como está proyectado, lejos de desembocar en una unificación mayor no podrá más que acrecentar el embrollo ya existente.

Tendencias a la fragmentación y al estallido en el resto del mundo

Pero, ¿qué ocurre en otras partes? En lugar de un declive de las naciones, ¿no habría más bien un rejuvenecimiento de estas, acompañado de un retorno de los nacionalismos, como ha ocurrido recientemente en Yugoslavia?

Dejemos las consideraciones geopolíticas que han llevado a las potencias occidentales (USA, Inglaterra, Alemania, Francia) a echar aceite en el fuego de la hoguera yugoslava, que no necesitaba de ello para inflamarse, para constatar este hecho insoslayable: la Federación yugoslava ha dejado de existir; ha estallado en distintos pedazos hasta el punto de que ya no queda de “*Yugoslavia*” más que Serbia únicamente... En su lugar, se ha constituido una miríada de pequeñas entidades políticas (Eslovenia, Croacia, Macedonia, Montenegro, Kosovo) a las que no se puede calificar razonablemente de “*naciones*”, tan evidentes son su pequeñez y sus lados artificiales. En lugar de “*nacionalismos*”, a lo que se ha asistido en la ex-Yugoslavia es a la destrucción de una nación y a un desencadenamiento de los tribalismos, de las bandas de camarillas, de las mafias que han enarbolado la bandera del nacionalismo para cubrir sus fechorías. Todo esto no tenía nada que ver con el proceso

histórico real que presidió la formación de las naciones, tal como tuvo lugar en el siglo XIX con la unidad alemana y la italiana.

Veamos ahora un poco lo que ocurre más al este de Europa. Ya lo hemos señalado, los checos y los eslovacos se han separado “*amistosamente*”. Entretanto, dos nuevas “*naciones*” han nacido... En el caso de la ex-URSS es algo diferente. Ésta era más bien un imperio que una nación. Herencia del antiguo imperio zarista, una multitud de “*repúblicas*” asiáticas se habían agregado a la sedicente Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Al estallar la URSS, de alguna manera ha tenido lugar un proceso de descolonización. De acuerdo. Aunque los recursos de petróleo que se encuentran en la región no han debido de ser extraños a esta “*descolonización*”... Pero, ¿qué significa ahora la aparición de la “*nación*” ucrania y la bielorrusa, que formaban parte tradicionalmente de la Rusia blanca? Que estamos ante un proceso de balkanización que tiende a extenderse al este de Europa.

En fin, echemos un vistazo a lo que ocurre en el resto del mundo. A lo que se asiste es a una proliferación de nuevos Estados en el planeta. Se cuenta una cifra total de alrededor de 200 y esta tendencia sólo está en curso. Pero nosotros decimos bien: proliferación de Estados, de naciones verdaderas, eso queda por comprobar.

*

Entonces se puede hacer una constatación general. Las nuevas “*naciones*” que, en nombre del “*derecho de los pueblos a disponer de sí mismos*” (comodín siempre disponible), no dejan de brotar como champiñones, nacen a partir de **separaciones** o de estallidos de antiguas naciones; al hacerlo, de ninguna manera corresponden al proceso de **unificación** en una zona delimitada a que había dado lugar en otros tiempos la formación de las naciones (a finales de la Edad Media, es decir, en el siglo XVI, había unas 500 unidades políticas en Europa, mientras que a comienzos del siglo XIX ya no había más que una treintena, al haber pasado por ahí la centralización

monárquica y burguesa); no son otra cosa más que los signos de un desarrollo capitalista al que le falta el aliento y provoca una tendencia a la fragmentación y al desmenuzamiento. Incluso la Superpotencia americana no está al abrigo de una tal fragmentación, que se hace frecuentemente a partir de criterios étnicos. Así, cuando los latinos lleguen a ser mayoritarios en el Sur y en la costa Oeste de los Estados Unidos, no está prohibido pensar que quizá se acuerden que Tejas y California pertenecían en otros tiempos a Méjico... Y, ¿quién nos dice que, en China, el gobierno central podrá contener durante mucho tiempo las fuerzas centrífugas que ya están obrando y que estas no acabarán por provocar un estallido del país? Todo esto para decir que la hora de la constitución de nuevas naciones se ha **acabado** (un tal movimiento histórico se acabó, grosso modo, en los años 60 con los movimientos anticoloniales en el tercer mundo) y que lo que amenaza en lo sucesivo con este final de ciclo del capitalismo es una balkanización del planeta.

A partir de ahí, se puede sacar una conclusión. En el marco del capitalismo que toca a su fin, las antiguas naciones, las burguesas históricas, declinan, y las nuevas que surgen y pululan son los productos descompuestos de este capitalismo.

II

LA DECADENCIA DE LA DEMOCRACIA BURGUESA

Breve evocación

Por democracia en régimen capitalista no hay que entender "el gobierno del pueblo", como su sentido etimológico podría hacer creer. Ciertamente, el poder político parece salido del pueblo, puesto que es él el que con sus sufragios designa a sus representantes en el parlamento. Pero es olvidar que el pueblo está dividido en clases y que en una sociedad de clases, *"los pensamientos de la clase dominante son también, en todas las épocas, los pensamientos dominantes, o dicho de otra manera, la clase que es la potencia material dominante de la sociedad es también la potencia dominante espiritual. La clase que dispone de los medios de la producción material dispone, al mismo tiempo, de los medios de la producción intelectual, de suerte que, lo uno conlleva lo otro, los pensamientos de aquellos a los que se les niegan los medios de la producción intelectual, están sometidos por eso mismo a esta clase dominante"* (Marx-Engels, *"la Ideología alemana"*). Por consiguiente, se podrá hacer votar a las clases dominadas tanto como se quiera, que la burguesía, es decir, la clase que en la sociedad capitalista dispone del poder material y espiritual, sabiendo por adelantado que las opiniones de las clases dominadas le estarán sometidas, estará siempre segura de que las elecciones, por tanto, el poder político, irán siempre en su dirección. Una tal democracia no es,

pues, más que formalmente “*el gobierno del pueblo*”; en su contenido es **burguesa**.

Las “*libertades públicas*” que en una tal democracia han sido instituidas (de opinión, de expresión, de reunión, de asociación) son todas igualmente formales. Como la burguesía es la clase dominante que “*dispone de los medios de la producción intelectual*” (escuelas, universidades, prensa, radios, televisiones, casas editoriales), le es fácil evocar la “*pluralidad de las opiniones*”, que de hecho significa pluralidad de las opiniones burguesas, es decir, su difusión completa, con toda su diversidad y matices, a través de los grandes medios y bajo la batuta de toda una miríada de políticos, periodistas, intelectuales, mientras que las ideas contrarias a la sociedad burguesa, revolucionarias, se ven al mismo tiempo relegadas necesariamente a la marginación, pues no pertenecen a la clase dominante.

En cuanto al parlamento, su función esencial es permitir a las distintas fracciones de la burguesía hacer valer sus intereses específicos. Las diversas “*sensibilidades*” y otras “*familias políticas*” pueden así venir a debatir y votar las leyes que les convienen, lo que da lugar a toda suerte de maniobras y de retoques burdos. Ciertamente, en el hemicycleo hay una izquierda y una derecha, pero esto no significa que haya cara a cara dos fuerzas antagónicas, sino simplemente que existe un campo más conservador (“*la derecha*”) que el otro (“*la izquierda*”), queriendo este último hacer evolucionar algo la sociedad burguesa con ayuda de ciertas reformas, sin ponerla en tela de juicio evidentemente, a fin de consolidarla aún mejor.

De “*la democracia social*” a la “*democracia de mercado*”

A este cuadro de la democracia burguesa que acabamos de bosquejar rápidamente, hay que aportar, no obstante, un

cierto correctivo. En el marco del capitalismo moderno, especialmente a partir de los años 30, la democracia tomó un aspecto algo **social**. Después de la gran crisis de 1929 fue necesario, por razones de estabilidad social, tener un poco más en cuenta los intereses de las clases populares, sobre todo los de la clase obrera. El Estado se puso entonces a jugar un cierto papel redistributivo: por medio de los partidos de izquierda, pero no exclusivamente (así en Francia el partido de derecha gaullista después de 1945), la clase burguesa consintió ciertas reformas, tales como la protección social, las vacaciones pagadas, las jubilaciones, etc. Esto tuvo por efecto redorar el blasón de la democracia burguesa, que había sido algo empañado durante los años 30. A partir de entonces, las “*políticas*” socialdemócrata o democristiana (como en Alemania con “*la economía social de mercado*”) encontraron su realización.

Ahora bien, son precisamente estas “*políticas*” las que vacilan ya. Atenazado por la caída de su tasa media de ganancia, el capital emplea en lo sucesivo toda su energía en restaurar algo esa tasa. Por eso, cada vez acepta menos ser puncionado por estas “*políticas*” como ocurría antes a través del famoso “*Estado-providencia*”. A grito limpio reclama menos impuestos y cargas que pesen sobre las empresas. De golpe, los gobiernos se ven obligados a revisar a la baja sus políticas presupuestaria, fiscal, social. Y si por casualidad se le ocurre ir aunque sólo sea un poco en contra de los intereses del capital – “*de los mercados*” – éste presiona agitando el espectro de la huida de los capitales o bien el de las deslocalizaciones, o desplazamientos de empresas, “*mundialización*” obliga...

“*La política de Francia no se decide en la Bolsa*”, se vanagloriaba en otros tiempos De Gaulle. Hoy, semejante jactancia es totalmente incongruente. A guisa de “*política*”, todo se resume en saber cómo van a reaccionar “*los mercados*”. Evidentemente, los gobiernos intentan todavía dar el pego. Como, por ejemplo, el primer ministro L. Jospin que acaba de decir: “*sí a la economía de mercado, no a la sociedad de mercado*”. Esto forma parte de lo mejorcito del charlatanismo, pero qué importa, si, sobre todo, no hay que desesperar a la

Bolsa, tampoco hay que desesperar completamente a los electores... Dicho esto, se plantea una cuestión: si los gobiernos ven que su margen de maniobra política se encoge como la piel de zapa, si están incesantemente bajo la vigilancia “*de los mercados*”, si están obligados a rendirles cuentas por la menor de sus decisiones, ¿quién gobierna realmente?

En un ensayo titulado “*la izquierda imaginaria y el nuevo capitalismo*” (edición B. Grasset, 1999), dos periodistas, G. Desportes y L. Mauduit, uno en Libération, el otro en Le Monde, tienen el mérito, a pesar de sus lloriqueos sobre la “*decadencia de la política*” y “*la pérdida de los valores republicanos*”, de levantar una punta del velo: “*Cada cual adivina entonces que, en esta partida que se juega (de hecho, ¡ya está jugada!) entre los mercados y el poder público, se perfila en última instancia una cuestión decisiva: ¿Quién dirige el país? ¿Es aún el gobierno? O, a la cabeza de gigantescos conglomerados, ¿esos verdaderos “jefes de Estado privados”, según la expresión del economista Jean-Paul Fitoussi?*”. He aquí que hemos llegado de lleno a eso que se llama, para utilizar el argot actual, “*la democracia de mercado*”, compuesta por magnates de las finanzas, los banqueros, jugadores de bolsa, especuladores, PDG (Presidente Director General, NdT) de las multinacionales y otros “*jefes de Estado privados*”: todo este bello mundo discute, sopesa, especula para saber lo que conviene hacer o dejar de hacer y después dicta a los “*políticos*” la orientación que conviene tomar, aun cuando estos últimos todavía fingen estar ahí para algo. “*El gobierno moderno no es más que un comité que gestiona los asuntos de la burguesía*”, escribía el Manifiesto comunista; con la “*democracia de mercado*”, el capital, tomando cada vez más directamente las cosas en sus manos ¡llega casi a prescindir de sus “*gerentes*”!

De una tal situación resulta un concierto de lamentaciones. Toda clase de buenas almas, imaginándose que podría ser de otro modo, suben a la tronera para denunciar esta “*impotencia de los políticos*”, su “*capitulación ante las potencias del dinero*” y su falta de “*voluntarismo*”.

Mientras tanto, si se echa un vistazo a los sondeos, estos apenas son tranquilizadores para los políticos. Como el de la Sofres aparecido en Le Monde del 18/11/99, que lleva por título: “*La desconfianza de los franceses hacia los políticos sigue siendo muy profunda*”. Un tal sondeo, “*alarmante*”, nos muestra que “*el rechazo de la política es masivo*” pues el 57 % de los preguntados muestran hacia esta última “*desconfianza*”, el 27 %, “*fastidio*”, el 20 %, “*repugnancia*”, contra sólo un 26 % que responden a “*la esperanza*”, 20 % “*al interés*” y 7 % “*al respeto*”. Evidentemente no es más que un sondeo, pero aun así son mucha gente los que tienen un juicio negativo sobre la política y los políticos.

A partir de ahí, viéndose los gobiernos cada vez más reducidos a jugar el papel de títeres en la escena, en la que los verdaderos actores están entre bastidores, soplándoles su sempiterno “*pensamiento único*”, mientras que a aquellos les toca el papel de entretener a la galería, el público se cansa, como acabamos de ver, hasta el punto de que un tal cansancio se traduce en lo que los expertos politólogos llaman un “*déficit democrático*”. Veamos de qué se trata.

El “*déficit democrático*” o la decadencia de la democracia burguesa

Semejante “*déficit*” se traduce en primer lugar en el ascenso del **abstencionismo**. Incluso si en Francia las elecciones presidenciales todavía despiertan el interés, no se puede decir lo mismo de las legislativas (no hablemos de las europeas, que fracasan estrepitosamente, siendo la tasa de abstención, en junio de 1999, superior al 50 %, mientras que en Alemania y en Inglaterra alcanzaba las cifras astronómicas del 70 y 80 %): mientras que la tasa media de abstención entre 1958 y 1978 era del 20 %, en las elecciones legislativas de 1993 era del 34,7 % de los electores inscritos, habiendo 12 millones que se

abstuvieron o bien votaron nulo (1,4 millones). En las últimas legislativas de 1997, esta tendencia al alza se ha confirmado.

No obstante, hay que aportar una precisión. En Francia la tasa de abstención se calcula sobre el número de los electores inscritos en las listas electorales, pero como el número de los no-inscritos ronda el 10 %, se llega a una tasa de abstención real próxima al 50 % si se añaden las papeletas nulas. Entonces se puede medir en su justo valor el porcentaje de los partidos: así, el que obtiene el 25 % de los votantes (lo que en las condiciones actuales es una cifra muy respetable), en realidad no representa más que el 12,5 % del cuerpo electoral en edad de votar; esto da una idea del grado de representatividad de los otros partidos que consiguen el 10 % o menos de los votantes... Los americanos, más lógicamente, calculan la tasa de abstención a partir del cuerpo electoral en edad de votar. Pero tampoco obtienen mejores resultados. Mientras que tal tasa, en los años 60, era del 40 % aproximadamente, hoy supera alegremente el 50 %. Dicho de otro modo, en “*la democracia más grande del mundo*”, ya no es más que una **minoría** la que vota...

Las tasas de abstención no son más que medias nacionales, con todas las clases mezcladas. Pero si se observa el abstencionismo según las diversas categorías “socio-profesionales”, para hablar como el Insee (Instituto Nacional de Estadística y Economía), está claro que cuanto más pobre se es, más se abstiene uno; de un modo general, la tasa de abstención es más elevada entre los obreros y los pequeños empleados que entre los cuadros de las clases medias; y puesto que evocamos el abstencionismo entre la clase obrera, no está menos claro que éste sería aún más elevado cuando se sabe que en 1995 el 27 % de los obreros votaban por el Frente nacional de Le Pen, es decir, emitían una especie de voto de protesta “*populista*” contra el ambiente “*políticamente correcto*”.

Por tanto, si se cuantifica el “*déficit democrático*” en términos de abstencionismo electoral, se puede decir que éste, por ahora, es del orden del 50 %. ¡Un pobre resultado para sociedades que no dejan de airear su democracia al mundo entero!

Si ahora nos giramos hacia los partidos políticos, ¿qué se constata? Ya por el hecho de sus pocos adherentes se han visto obligados a hacerse financiar por el Estado, P. “C”. F. incluido. Pero ahí no está lo más grave: sean de izquierda o de derecha, están “en crisis de identidad”. Llanamente, ya no saben muy bien cuál es su razón de ser, al haberse desdibujado sus puntos de referencia. Pero, ¿cómo asombrarse de ello cuando se sabe que el verdadero poder está en otra parte, entre los “*jefes de Estado privados*” que, imponiendo su “*pensamiento único*”, se encargan de ponerlos en la misma longitud de onda, tanto si son de derecha como si son de izquierda, aunque finjan aún que se pelean?

Ahí igualmente una tal “crisis de identidad” de los partidos es más acusada en los que tenían una base popular importante. Así, en Francia, esta crisis afecta de lleno al partido de derecha gaullista (RPR) cuya profesión de fe era “*el agrupamiento popular*”. La adhesión de este partido a la Europa de Maastricht y su conversión al liberalismo, él, que en otros tiempos era más bien económicamente dirigista, no son extraños a esta pérdida de audiencia entre las capas populares. A la izquierda, si el Partido “*socialista*”, partido de las clases medias, no se desenvuelve demasiado mal electoralmente hablando, no ocurre lo mismo con el P. “C”. F., ex “*partido de la clase obrera*” cuyos adherentes se han derretido y cuyo número de electores se ha hundido, pasando de “20 % en 1975 a 8 % aproximadamente hoy. Ahí la “*crisis de identidad*” llega a su apogeo. Yendo de “*mutación*” en “*mutación*”, el jefe de tal partido, R. Hue, llega a declarar en una entrevista a la Tribune del 15/3/99, que “*los comunistas no son enemigos del mercado. Nosotros queremos, en un movimiento de toda la sociedad, ponerlo al servicio de las necesidades humanas y al de la ganancia*”. ¡No se sabe si reír o llorar! Entretanto, si ahora el “*comunismo*” es el “*mercado*” (mientras en otros tiempos, para este mismo partido, era las “*nacionalizaciones*” y “*el Estado*”, ¡pase!), tampoco sorprende nada que la clase obrera se haya desviado de tal partido, ¡sea refugiándose en el abstencionismo, sea yendo a votar a Le Pen, esto no les puede ir peor!

Así pues, tras los electores que no acuden al llamamiento, los partidos que están alicaídos. Sin embargo, se plantea una cuestión: ¿hasta dónde podrá llegar un tal “*déficit democrático*”, que traduce de hecho una **decadencia** de la democracia burguesa?

No es demasiado aventurado pensar que nos dirigimos hacia una situación en la que sólo los burgueses, las clases medias superiores y otras capas protegidas tendrán todavía algunas razones para ir a votar y reconocerse en los partidos. Para ellos, esto tendrá todavía un sentido en la medida en que estarán lo suficientemente en fase con el sistema. Cierto, aún no hemos llegado ahí, pero el camino está tomado. En suma, volveríamos a una democracia, evidentemente de hecho y no de derecho, cada vez más restringida u oligárquica, es decir, reservada a los privilegiados del capitalismo, un poco como ocurría en los tiempos de Guizot y de las “*posibilidades*”, cuando el sufragio era censatario y sólo las capas acomodadas podían votar y hacerse elegir. Y si no se estuviese satisfecho con semejante orden plutocrático, en lugar de decir como este mismo Guizot: “*¡Enriqueceos!*”, se dirá (se lo dice ya): “*¡Sed un triunfador!*”, lo que, uno con otro, es exactamente igual.

*

Una tal decadencia de la democracia burguesa a la que asistimos, y que no ha acabado de revelarse, se inscribe en el marco del capitalismo actual en final de ciclo: de igual manera que destruye la realidad de una economía que aún sería “*nacional*”, asimismo mina la realidad de una democracia que sería todavía “*social*”; pero al mismo tiempo las ilusiones que estaban ligadas a la democracia burguesa se desvanecen, abandonando las urnas una parte cada vez más grande de las masas, mientras que los partidos se ven desacreditados a los ojos de estas mismas masas.

III

EL ASCENSO DEL SUBPROLETARIADO

Proletariado y subproletariado

En la primera parte de esta *“Investigación”* hemos señalado la disminución absoluta del proletariado de la industria y de las manufacturas, fenómeno que se puede observar desde hace 25 años en todos los países capitalistas desarrollados. Los comentaristas burgueses, en su confusionismo ideológico, ven en ello el indicio de la desaparición pura y simple de la clase obrera. ¿De dónde vendrá la ganancia entonces? Sin duda, de las máquinas... como dice, por ejemplo, un tal J. Atali: *“las máquinas son el nuevo proletariado. La clase obrera está despedida”*. Si es cierto que han desaparecido fracciones de la clase obrera, especialmente en las minas, la siderurgia, los astilleros y en las cadenas de automóviles, el capitalismo no sólo está suprimiendo al proletariado, sino que además engendra una nueva capa de proletarios cuya situación es mucho menos ventajosa. ¿Qué significa esto?

Los economistas y los sociólogos burgueses, para designar a esta nueva capa, hablan de *“precarios”*. Si es cierto que la precariedad la caracteriza, hay que llamar las cosas por su nombre: se trata, en efecto, de un **sub-proletariado**. Llamamos así a una tal capa porque ocupa una situación intermedia entre el proletariado ocupado a tiempo completo y la parte de éste que se encuentra casi excluida del proceso de producción (como los subsidiados con el RMI), en cualquier caso, sin muchas esperanzas de volver a él, aunque sólo fuese de un modo

episódico, y que en realidad ya no forma parte de la clase obrera. No es el caso de los subproletarios, pues constituyen una capa flotante que lo mismo es empleada, como es rechazada. Esto sitúa a tal capa por debajo del proletariado que tiene un empleo estable (en fin, hasta la próxima oleada de despidos...) y un poco por encima de la capa excluida tajantemente del trabajo. Otra característica de este proletariado es que su situación de capa flotante no es temporal, sino que tiende a convertirse en permanente: no es el empleo para toda la vida, ¡sino la precariedad para toda la vida!

Entre el proletariado y el subproletariado se establece un lazo. Este último se recluta entre los proletarios que, después de haber sido despedidos, no han podido volver a encontrar un empleo más que a condición de aceptar la nueva situación de precariedad que les es ofrecida; o bien ha salido de entre los jóvenes de la clase obrera clásica que no han podido conseguir un empleo en las mismas condiciones que sus padres; finalmente, se recluta entre el proletariado del sector terciario y a veces en la clase media inferior, una fracción de la cual es rechazada y cae en el subproletariado.

Importancia del subproletariado y su situación

Los medios de comunicación tienen por costumbre dar a conocer cada mes las cifras del paro y se apresuran a pregonarlas cuando – partiendo de datos estadísticos falsos – están algo a la baja. Por el contrario, pasan en silencio la amplitud del trabajo precario o, dicho de otra manera, del paro parcial. Para darse cuenta de su importancia hay que recurrir entonces a fuentes mucho más especializadas.

A este respecto, el libro de J. Rifkin, *“El final del trabajo”* (edición La Découverte Poche, 1998, libro mistificador como indica su título y, por añadidura, bobamente reformista, pero a veces interesante por los datos sociales que suministra),

es bastante clarificador en lo concerniente al estado de la precariedad en los Estados Unidos. *“En agosto de 1993, por ejemplo, escribe Fifkin, el gobierno anunciaba que se habían creado cerca de 1.230.000 empleos en los Estados Unidos durante el primer semestre de ese año. Pero se olvidaba de precisar que, del total, 728.000 (o sea, casi el 60 %) eran empleos a tiempo parcial, en su mayoría en las ramas de servicios con bajos salarios. Sólo en el mes de febrero, el 90 % de los 365.000 empleos creados en los Estados Unidos eran empleos a tiempo parcial, generalmente aceptados por personas en busca de un empleo a tiempo completo”*. Rifkin cita el caso de un antiguo chapista-calderero que, con su mujer, tienen entre los dos 4 empleos con un ingreso menor que lo que ganaba él solo, y cuando oye a la administración Clinton jactarse de los empleos creados, responde con una risa forzada: *“Sin duda, se tienen incluso cuatro. ¿Y qué?”*. Rifkin precisa que en los Estados Unidos *“en 1992, en el sector privado, dos de cada tres nuevos empleos eran de naturaleza temporal. Los trabajadores eventuales, con contrato de duración limitada (C.D.D.) y a tiempo parcial, representan hoy más del 25 % de la mano de obra americana”*. Y se prevé que *“hasta el 35 % de la mano de obra americana estará constituida por trabajadores eventuales de aquí al año 2.000”*.

El ascenso de tal subproletariado de precarios tiene lugar igualmente en los otros países capitalistas. En Francia, el Insee reconoce que los contratos de duración indefinida (C.D.I.) ya no representan más que el 60 % del empleo total asalariado. En 1996, el 9 % del empleo asalariado era precario (contra el 2,8 % en 1984). Hoy, 9 empleos de cada diez creados son empleos a tiempo parcial. Incluso las empresas públicas tienen su lote de precarios. Así en Correos los *“eventuales”* bajo derecho privado con contrato de duración determinada (CDD) eran 22.000 (Le Monde, “mutación”, del 13/11/96). En Inglaterra el empleo precario es del orden del 25 %. Los Países Bajos, que han sido alabados por haber hecho bajar la tasa de paro en 1996 al 7 %, cuando era del 12 % en 1983, ven el empleo a tiempo parcial elevarse al 33 %. (Le Monde, “economía”, del 29/10/96). En

España, el 95 % de algunos millones de contratos firmados son temporales (Le Monde, “iniciativa”, del 23/10/97).

¿Qué hay que entender como empleos precarios? Esencialmente contratos de duración determinada, valederos para unos meses o unas semanas (o unos días, incluso unas horas...) y que una vez acabados fuerzan al trabajador a ir a inscribirse en el paro o bien lo llevan a “arreglarse” como puede, con “trabajillos”, si encuentra, o trabajo negro, en espera de encontrar otra vez una nueva “misión”.

Lo que dice Rifkin a este propósito es bastante edificante. En los Estados Unidos, nos dice, *“los empleos a tiempo parcial ganan como promedio del 20 al 40 % menos que sus colegas a tiempo completo a la vez que efectúan una tarea comparable. Según el ministerio de Trabajo, en 1987 los trabajadores a tiempo parcial cobraban de media 4,42 dólares a la hora, por 7,43 dólares a la hora para los trabajadores a tiempo completo. Mientras que el 88 % de estos últimos se beneficiaban de una cobertura de sanidad a través de sus empleadores, menos del 25 % de los primeros estaban cubiertos, ya sea por agencias de interinos, ya sea por las sociedades en las que estaban destinados. De igual modo, mientras que el 48,5 % de los trabajadores a tiempo completo estaban cubiertos por regímenes complementarios de jubilación, sólo el 16,3 % de los de tiempo parcial estaban en el mismo caso”*. Dicho de otra manera, a trabajo igual, salario desigual y cobertura social acorde con éste: el subproletariado debe sentir sin duda que forma parte de la mano de obra inferior y desechable a voluntad. Así, en Citroën de Aulnay-sous-Bois, para marcar bien las diferencias, los interinos llevan una blusa verde para no confundirse con los asalariados fijos.

A fin de hacerse más competitivas y rentables, las empresas tienden a reducir *“el coste del trabajo”* (traducción: bajar los salarios reales) y para alcanzar ese objetivo no dudan en *“externalizar”* una parte de su producción hacia pequeñas y medianas empresas (PYMES) que, a su vez, explotan sin vergüenza a asalariados precarios y a bajo precio. Como escribe aún Rifkin, *“numerosos suministradores externos son pequeñas*

sociedades que remuneran mal a su personal y les conceden pocas prestaciones sociales. La subcontrata parece seducir cada vez más a los Estados Unidos y Europa (...) Chrysler saca más del 70 % del valor de sus productos acabados de sus subcontratistas. Según un estudio realizado por Paine Webber, hasta el 18 % de la mano de obra de la siderurgia está constituida actualmente por asalariados que trabajan para los subcontratistas”. Rifkin cita a aquel instalador de tubería de US Steel que ganaba 13 dólares a la hora y que después de haber sido despedido efectúa el mismo trabajo para su antiguo empleador, pero ahora en la empresa de un subcontratista, a 5 dólares la hora. Es lo que se llama “la flexibilidad externa”, que permite bajar de una manera substancial el nivel de los salarios. Por eso, cuando se nos viene a decir que las PYMES son el “filón de empleos” más importante, hay que creerlo. ¿De qué empleos se trata? Acabamos de ver de qué se trata.

Más que un ejército de reserva

¿Qué significa la aparición de semejante capa de working poors (de “trabajadores pobres”), como dicen los americanos, precarizada, mal pagada, mal protegida, mal considerada?

Seguro que se trata de un “ejército de reserva” del que el capital puede sacar a voluntad tan pronto como lo necesita. La producción en “flujo constante”, en el “momento preciso” y en “stock cero” requiere una mano de obra muy flexible, siempre disponible y que se pueda rechazar fácilmente.

Sin embargo, esto no es suficiente como respuesta. Desde que esta capa hizo su aparición a comienzos de los años 80, no ha dejado de aumentar y hoy hemos llegado a un estadio en que las empresas (aunque se nos diga que el “crecimiento vuelve a marchar”) ya casi no emplean a asalariados a tiempo completo (excepto cuadros, y aún). Algunas proyecciones de

institutos de investigación prevén incluso la casi desaparición de los C.D.I. (contratos de duración indefinida, NdT). Pero dejemos estas anticipaciones, con mucha frecuencia confusas y aventuradas. De momento, los C.D.I. siguen siendo mayoritarios. No por ello deja de ser menos cierto que, en adelante, encontrar un empleo fijo se hace cada vez más problemático. ¿Qué significa esto? Que el sistema del salariado, en tanto que modo específico de explotación capitalista, está enfermando. Dicho de otro modo, el capitalismo llegado a su final de ciclo se ve incapaz (a semejanza de lo que ocurría en sus inicios) de producir y reproducir al proletariado más que de un modo intermitente y muy parcial, siendo la expresión social de ello los precarios de todo género: un pie en el salariado, lo que prueba que todavía se es un proletario, otro pie fuera del salariado, lo que certifica que ya no se es. Fenómeno que no han dejado de resaltar los comentaristas de todo género, como Rifkin, pero engordándolo de modo desmesurado, viendo en ello el “*final del trabajo*”, y por tanto, el “*final del proletariado*”, ¡pero no el final del capitalismo, evidentemente!

*

IV

REFLUJO DE LAS CLASES MEDIAS

Clases medias, ¿o sea?

Hay que romper con la visión casi mítica de las “*clases medias*” agitada hoy a cada paso. Las clases medias, en el marco del capitalismo desarrollado, son asalariadas y por ellas hay que entender esencialmente los cuadros de las empresas públicas y privadas, es decir, un personal que no está ligado a tareas de ejecución (como los obreros y los empleados) sino de concepción, de investigación, de encuadramiento, de gestión, de dirección.

Con el gran desarrollo de las fuerzas productivas y la modernización de las empresas que de él ha resultado, el perfeccionamiento de las máquinas y de las técnicas de producción, la Organización científica del trabajo (OCT), la gestión moderna del comercio, los cuadros y contra maestres han aumentado considerablemente. En 1975 se contaban en Francia 1.270.000 cuadros superiores y 2.760.000 cuadros medios. Además de los docentes (alrededor de 1 millón) se pueden añadir a las clases medias las profesiones llamadas intermedias: técnicos, encargados, jefes de taller, trabajadores sociales, etc.

Este salariado no obrero se recluta entre todas las clases, comprendida la clase obrera, aunque en menor cantidad, no obstante. La obtención de un **diploma** (si es posible, superior) es la condición indispensable para acceder a las clases medias asalariadas. A partir de ese momento, con el diploma en el bolsillo, puede comenzar la entrada en la vida activa, con

perspectivas de carreras, de remuneraciones salariales, o bien de condiciones de trabajo muy superiores a las de los obreros de la industria y de los empleados del sector terciario. Así, en el seno de esta aristocracia del salariado, se encuentra la capa de los funcionarios, pequeños o grandes, pero que todos tienen el privilegio de tener la garantía del empleo durante toda su vida activa. O bien, en las empresas privadas, se tienen los cuadros superiores que cobran altos salarios, poseen acciones y stock options, lo que hace que se pueda hablar, tratándose de ellos, de la existencia de un salariado burgués.

En razón de su crecimiento, de su grado de instrucción y también de su situación social privilegiada, las clases medias modernas han ocupado un lugar muy grande en la vida cultural de las sociedades capitalistas desarrolladas. Al ser su imagen de marca, les dejan “*dar el tono*”. Por esta razón son ellas las puestas principalmente en escena en los filmes, la publicidad, los medios de comunicación. Toda una prensa, que va desde Le Figaro Magazine al Nouvel Observateur, pasando por Le Monde y Libération, les está destinada. De un modo general, su estilo de vida, sus gustos, sus preocupaciones, sus maneras de ver, son exhibidas incesantemente. Y esto hasta tal punto, que el sueño pequeño burgués de muchos obreros es ponerse a querer parecerseles e incluso identificarse con ellas. Así, según el Observatorio del mundo del trabajo, tras un sondeo entre los obreros, el 58 % de ellos consideraban que pertenecían a las clases medias (Le Monde, “empleo”, del 26/3/97). Un tal sondeo, como todos los sondeos, vale lo que vale, pero indica bien el impacto que pueden tener las nuevas clases medias en los espíritus.

El lugar que han alcanzado las clases medias y la tendencia entre el mundo de los obreros y de los empleados a identificarse con ellas, han llevado a los sociólogos a hablar de “*medianización*” de la sociedad: ya no estaríamos en una sociedad de clases, sino en una “*sociedad salarial*” en la que la inmensa mayoría tendría una situación más o menos parecida. Con los excluidos y el subproletariado que no deja de crecer, hay que mirar ya más de cerca. En cuanto a los obreros que se

imaginan parecerse a las clases medias, eso traduce más una aspiración que una realidad. De hecho, las clases medias, aun si ocupan mucho espacio en la sociedad capitalista de la modernidad e influyen en mucha gente, forman un mundo aparte. No se consumen los mismos productos y no se va a los mismos lugares de ocio según que uno sea un cuadro o un obrero. De todos modos, las clases medias tienen un neto sentimiento de pertenecer a la flor y nata salarial. Son las privilegiadas del salariado y lo saben. Por esta razón constituyen el pilar social más seguro del sistema capitalista, no cabiendo ninguna duda de su alianza con la clase burguesa, llámense de izquierda o de derecha, poco importa.

En “*el ascensor social*” ya no hay puestos para todo el mundo.

Pero he aquí que incluso para las clases medias el cielo se ensombrece. “*Clases medias, clases angustiadas*”, titulaba Le Monde, “economía”, del 23/12/97. ¿Y por qué? El mismo periódico nos lo decía: “*Los estudios ya no garantizan el ascenso social*”, o dicho de otra manera, ya no permiten acceder automáticamente al ambiente dorado de los cuadros. Veamos la causa de una tal ansiedad.

En 1968 había en Francia 500.000 estudiantes. A principios de los años 1990, eran 2.000.000. Como se ve, la progresión ha sido espectacular. ¿Cómo explicarla?

A partir de 1975 el capitalismo se ha lanzado desde todos los ángulos a las “*nuevas tecnologías*”, modernizando e informatizando a toda marcha su aparato de producción y de gestión. Ha aparecido, pues, una oferta de ramas científicas, técnicas, comerciales. Para que esta oferta fuese satisfecha hubo que aumentar el número de institutos de enseñanza secundaria y de universidades, encargados de formar a los nuevos cuadros necesarios al capitalismo de “alta tecnología”. Por tanto,

aumentó el número de estudiantes. Pero paralelamente a este avance tecnológico, el capitalismo se puso a despedir en masa y a provocar un paro creciente. De golpe, el miedo al paro incitó a muchas familias populares a arreglarse de tal manera que su primogénito cursase estudios (listos a hacer sacrificios para ello) y escapase así al paro. El número de estudiantes se acrecentó más. Entonces se instauró una carrera desenfundada tras los diplomas. Se estaba lejos de mayo del 68, cuando los estudiantes pretendían hacer “*la revolución*”. En adelante, en las universidades ya no se “*protestaba*”, se “*empollaba*”, pues había que conseguir a toda costa el preciado diploma que permitiría acceder a las clases medias y así escapar del paro. Al menos, eso es lo que se creía.

Pero ocurrió lo que siempre ocurre en régimen capitalista: cuando la demanda supera la oferta, se produce un tapón y una parte de la demanda es rechazada, en este caso una cierta cantidad de demandas de puestos de cuadros a que aspiraban los estudiantes una vez conseguidos sus queridos diplomas. “Si las categorías superiores parecen mantener sus privilegios, para las demás el diploma universitario ya no da automáticamente derecho a un empleo”, constata el artículo de Le Monde. He ahí la cuestión. Claude Allègre, ministro de Educación nacional recién nombrado, había visto venir el golpe cuando en 1996 escribía: “*Hay que aceptar sus consecuencias: el diploma universitario ya no da automáticamente derecho a un empleo elevado. ¡Es una formación superior sin garantía de nivel de empleo! Para las clases medias, que son las verdaderas beneficiarias de la apertura demográfica, la escuela no garantiza el ascenso social*” ¡He ahí la desgracia! Y concluye diciendo que no ver esta realidad de cara son “*falsas esperanzas*”. En realidad, no ha habido “*engaño*”: cuando la demanda supera la oferta se da uno cuenta de que hay demasía, no haciendo las universidades, como cualquier otra mercancía capitalista, más que obedecer a las leyes del mercado.

Por eso se ha llegado a una situación en que los institutos pueden sacar cada año cerca del 80 % de bachilleres y las universidades producir a espuestas diplomados con 2, 3 ó 4

años de estudios, estos se convierten en máquinas que funcionan parcialmente descontroladas, si al acabar, muchos estudiantes no encuentran empleos a la medida de sus expectativas, si en “el ascensor social” que debía proyectarlos hacia arriba, en la escala salarial, no hay puestos para todo el mundo. La única ventaja es que, al prolongar de esta manera la edad escolar de las jóvenes generaciones, esto permite disminuir en las estadísticas el porcentaje de jóvenes entre 18 y 25 años que no encuentran empleo!

Lebaube, en *“El trabajo, cada vez menos o de otra manera”* (Le Monde Éditions, 1997), resume perfectamente la situación cuando escribe: *“En el término de 5 a 7 años, el sistema productivo de la Educación nacional estará en condiciones de “sacar” anualmente de 500.000 a 700.000 jóvenes diplomados de un nivel igual o superior a licenciado con tres años de estudios, el mismo que permitía, todavía hace poco, integrar el empleo en una posición de cuadro. Hay que saber que, según las estadísticas de la APEC (Asociación para el empleo cualificado), las empresas reclutan en el mismo período, un año por otro, del orden de 120.000 jóvenes cuadros (...) El déficit de un empleo determinado para un cualificado, tiene todas las posibilidades de ahondarse con relación a las cohortes a venir”*.

A partir de entonces, al tener “el ascensor social” frustrados, los jóvenes de las clases medias, estudiantes y, sobre todo, alumnos de instituto, no tardaron en dar a conocer su descontento. Desde 1986 estaban en la calle masivamente. El descontento llegó al colmo en 1994 cuando el gobierno propuso instituir el Contrato de inserción profesional (CIP) para los jóvenes, remunerado por debajo del SMIC (salario mínimo inter-categorías), incluso para los que tenían dos años de universidad. Esto tuvo el efecto de una verdadera provocación para los jóvenes que alimentaban otras ambiciones, entre otras, la de “hacer carrera”. Esto es mejor que inscribirse en el paro, replicó el gobierno de entonces. Así estábamos. Después de haber seducido con puestos de cuadros, todo lo que se tenía para proponer eran empleos de rebajas; empleos que eran buenos para

los jóvenes proletarios, no para los que aspiraban a los puestos de cuadros y que no tenían ningún escrúpulo en convertirse en “*los perros guardianes de la clase obrera*”, como decían los estudiantes de mayo del 68...

La inevitable recaída

Hoy, después de la embriaguez de los años 80, tenemos la melancolía. El diploma ya no es el “ábrete, sésamo”. Una parte de los jóvenes diplomados se ve rebajada, desclasada, viéndose obligada a aceptar un puesto de empleado con un diploma de dos años. Es frustrante, pero es así. Se tiene así a jóvenes que entran en la vida activa superdiplomados con relación al empleo que se les ofrece, pero que por este hecho quitan el lugar a jóvenes menos cualificados, cuando estos habrían podido muy bien arreglarse, viéndose estos últimos empujados así hacia la salida, lo que aumenta la precariedad y la exclusión. Al paso que van las cosas, pronto será necesario tener el bachillerato por lo menos para ser barrendero...

Otros recaen en la clase obrera. A. Lebaube señala que en las huelgas de la SNECMA en 1987 y de Alsthom en Belfort en 1995, fueron con frecuencia jóvenes con un diploma de dos años los que se pusieron a la cabeza de los movimientos. “*En el fondo, escribe, no tenían nada que perder, sabiéndose condenados en sus carreras profesionales y descubriéndose estafados en sus aspiraciones personales. A pesar de sus diplomas, eran empleados como obreros cualificados, sin otra perspectiva que seguir siéndolo, o bien se encontraban como técnicos, en el mejor de los casos técnicos superiores, habiendo alcanzado ya en algunos años el límite superior de la evolución posible*”. Pero otros no tienen esta suerte: 1/4 de los nuevos beneficiarios del subsidio del RMI han pasado al menos el bachillerato, nos revela el periódico Les Échos del 15/5/97.

Si los jóvenes están sometidos a una implacable selección para poder entrar en el círculo privilegiado de los cuadros, los más viejos son despedidos tan pronto como alcanzan los 50 años y aún menos. En estas condiciones, encontrar un puesto de cuadro a su edad se convierte en algo completamente problemático para ellos.

De un modo general, la situación de los cuadros ya no es lo que era. Si los “jóvenes y dinámicos” alcanzan cierta holgura, el capital exige de ellos, en reciprocidad, la presencia en todo instante en el trabajo. Para ellos, al menos para los del sector privado, no se trata de la semana de 35 horas, sino más bien de 50 horas y más. Incluso durante sus vacaciones pueden ser llamados por la dirección de su empresa. En el sector público, las condiciones de trabajo del personal docente en algunos barrios “difíciles” de la periferia se han degradado especialmente: insultos, amenazas, a veces golpes por parte de los alumnos. En una palabra, toda una parte de las clases medias ve la vida mucho menos de color de rosa y con optimismo. Así, según el Observatorio del mundo del trabajo, más de un cuadro de cada cuatro cree que en el 2007 pertenecerá a los “*ambientes populares*” y “*desfavorecidos*” (Le Monde, “empleo”, del 26/3/97).

*

La edad de oro de las nuevas clases medias ha pasado. Después de haber aumentado y progresado mucho, han comenzado un reflujo que está lejos de haber acabado, si se ve el número de postulantes que van a salir de las universidades y el número de puestos que se les podrá ofrecer. En razón de su avance tecnológico a partir de los años 70, el capitalismo ha podido crear la ilusión de una sociedad en la que cada cual, a condición de que obtenga un diploma, podría convertirse en un pequeño burgués “*new look*”, asalariado, pero formando parte del salariado de gama alta. Pero en adelante, un tal avance tecnológico ha alcanzado los límites más allá de los cuales la extorsión de plusvalía se haría imposible a causa de una

automatización casi generalizada de la producción. En consecuencia, las necesidades de cuadros alcanzan igualmente sus límites y el capital no puede más que rechazar a todos aquellos que vienen de más al mercado de trabajo, reduciéndolos a la condición salarial ordinaria de empleados, de obreros, cuando esta proletarianización no desemboca en la exclusión pura y simple del trabajo. Tenemos ahí otra señal del final de ciclo del capitalismo.

V

EL AGOTAMIENTO IDEOLÓGICO

Necesidad de un sistema de creencia colectivo

Toda sociedad de clases necesita un sistema de creencia colectivo que cimiente todas las clases y así las trascienda. Decimos bien sistema de “*creencia*”: no tiene nada que ver con una teoría, una ciencia o una filosofía; se trata de una idea, de una fe política que arrastra la adhesión de las masas y que se puede definir como una **ideología**.

Semejante sistema de creencia es absolutamente indispensable para una sociedad presa de divisiones, de tensiones, de choques entre las clases que revelan que los intereses no son los mismos. Para evitar que todo esto estalle en conflictos violentos, en luchas de clases que desestabilizarían la sociedad, se necesita que una **ideología dominante** se imponga y acabe por incorporar todas las clases a su carro.

En el marco del capitalismo, la tarea de elaborar tal ideología recae muy naturalmente en la burguesía, es decir, en la clase que posee los medios de la producción “*material*” y, por tanto, los medios de la producción “*espiritual*”. (Marx-Engels, citados anteriormente, en la Ideología alemana). Dicho de otra manera, la burguesía debe convertirse en la clase **que dirija ideológicamente** la sociedad y no se contente con entregarse a sus ocupaciones económicas y comerciales. A este nivel, es necesario que asuma sus responsabilidades, si no, revela que

todavía está inmadura para dirigir la sociedad o bien que en lo sucesivo es una clase agotada y decadente.

Para la clase dominante en la que recae la producción de tal ideología el fin de la operación es llegar a presentar su interés particular como si fuese **el interés general** de la sociedad. Así “el Estado”, o bien la “Nación”, que serían reputados encarnar y defender este “*interés general*”.

Más aún, tal ideología debe ser capaz de arrastrar la adhesión suficientemente fuerte de la sociedad, es decir, un sistema de creencia capaz de provocar un “*impetu*”, un “*entusiasmo*”, como el “*patriótico*” con ocasión de una declaración de guerra, o bien el “*republicano*” en una crisis social grave.

Históricamente, la ideología dominante revistió formas variables, según los países, y se impuso siguiendo un proceso más o menos complejo.

Así en Alemania durante mucho tiempo –hasta 1918– la burguesía poco madura políticamente abandonó su papel ideológico en manos de la aristocracia terrateniente y de su casta militar que, a su vez, produjeron una ideología super-nacionalista, arrogante y conquistadora.

En Inglaterra la burguesía hizo un compromiso con la aristocracia de los lores; de ello resultó una ideología mitad y mitad, una especie de ideología nacional liberal teñida de monarquismo.

En Francia la ideología dominante burguesa no se impuso verdaderamente más que después de 1871. Fue la Nación confundida con la República. Antes de esta fecha la idea de nación no era una idea burguesa, sino más bien revolucionaria: hasta la Comuna de 1871 la patria fue reivindicada por los revolucionarios extremos tipo blanquistas u otros, pues Francia era para ellos “*la patria de la revolución*”, el país que había hecho la Revolución en 1789-94, la había vuelto a comenzar en 1830, 1848, 1871 y que de este modo mostraba a todos los demás países el camino a seguir. Un tal nacionalismo revolucionario se corroboró todavía con la Comuna de París cuando ésta, aun enarbolando la bandera roja, decretó la “*patria*

en peligro”; con ello manifestaba a la burguesía, tras la vergonzosa capitulación de Sedan (2 de septiembre de 1870), que ésta había traicionado a la nación y que en adelante ya no le pertenecía, era al “pueblo trabajador” al que volvía. Después de 1871 todo se modificó, la burguesía recuperó en su favor la idea de nación consiguiendo hacer creer que pertenecía a todas las clases. Tuvo éxito más allá de lo esperado cuando en 1914 el pueblo, es decir, todas las clases, marchó alegremente a “defender la patria” y consintió durante 4 años sacrificios inauditos en favor de esta causa. Al hacer esto, la burguesía había conseguido soldar todas las clases, “*agrupar a todos los franceses*”, para hablar su lenguaje. El socialismo, que se presentaba como internacionalista, registró entonces una cruel derrota. Más tarde el gaullismo, entre 1945 y 1968 (ayudado por el partido estalinista francés, que se presentaba como “el heredero” de la tradición revolucionaria entre 1789 y 1871 y que mezclaba de esta manera la bandera roja con la tricolor), recogió esa antorcha nacionalista, aunque “en un tono atenuado y algo grandilocuente”.

Pero hoy, ¿qué hay de la ideología burguesa dominante?

El derrumbamiento de las creencias políticas

Si se observa el mundo de las sociedades capitalistas llamadas avanzadas, un hecho evidente se impone hoy: en este mundo ya no hay pasiones colectivas, ni grandes concentraciones políticas, ni sistema de convicción capaz de arrastrar la adhesión de las muchedumbres, de provocar el entusiasmo y de suscitar la esperanza. Desde el punto de vista ideológico es un mundo sombrío y desierto el que se ha instaurado. Únicamente las manifestaciones deportivas, a veces, llegan a provocar un arrebato colectivo pero que vuelve a caer pronto, no siendo esto más que espectáculo.

Se podrá hacer observar que la vida política, los debates que suscita, ahora se desarrollan en la pequeña pantalla y que las masas modernas ya no tienen por eso que desplazarse y reunirse para ir a escuchar a sus líderes políticos, al tenerlos directamente a la vista mientras están sentadas ante sus televisores. Los politicastos de todo pelaje lo saben. Por eso se les ve sin cesar en los platós de televisión para dar sus opiniones, respondiendo a las preguntas de los periodistas y otros “animadores” especializados. Queda por saber si tales emisiones interesan a mucha gente. Ni siquiera es necesario consultar las cuotas de audiencia, basta ver a qué hora tienen lugar estas emisiones políticas para darse cuenta inmediatamente que si tienen lugar tan a última hora de la noche es porque apenas tienen el favor del público, prefiriendo éste las emisiones de variedades o deportivas. En pocas palabras, la política-espectáculo en televisión ya no es taquillera.

Una constatación se impone: asistimos a una despolitización y a una des-ideologización casi generalizada. Las masas modernas se han hecho insensibles a todo lo que se refiere a la “cosa pública” y a los “debates de ideas”. Todo esto les fastidia profundamente y prefieren distraerse a escuchar a los politicastos, de los que, en cualquier caso, no tienen más que una pobre estima. Incluso durante las famosas discusiones “en el bar” se habla de cualquier otra cosa.

Pero vayamos más allá en la investigación. Si las masas se desvían así de la política, eso equivale a constatar que han dejado de estar bajo su influencia, que ya no es capaz de “hacerlas soñar” en “mañanas radiantes” y en “causas sagradas”. He ahí lo que resulta revelador. Un tal estado de hecho interpela en primer lugar a la ideología burguesa puesto que es ella la **dominante** en la sociedad; se ha vuelto incapaz de suscitar la adhesión activa de las muchedumbres, pues ha dejado de **ilusionarlas**; y de hecho, como hemos visto anteriormente, las ideas burguesas de “patria”, de “república”, de “democracia” están ya en caída libre.

Precisemos, no obstante. Las ilusiones concernientes a las ideas burguesas dominantes han caído, no porque las masas,

al haber tomado conciencia de su carácter artificial las habrían obstaculizado oponiéndoles un rechazo; si hubiese sido así, habría habido una politización de los espíritus; se han desmoronado porque el capitalismo, entrado en su final de ciclo, ha hecho imposible su supervivencia: así la idea de nación, condenada con este capitalismo a un declive irremediable, o bien la idea de democracia, que se ve en adelante cortocircuitada por la “*democracia de mercado*”. Dicho de otra manera, el capitalismo, falto de ideología, ha acabado por destruir todas las ideologías, incluso las burguesas.

El agotamiento ideológico

Ciertamente, la burguesía intenta todavía engañar los espíritus, queriendo manipular las conciencias. Pero, ¿de qué está hecha su ideología en lo sucesivo? Veremos que ha perdido toda consistencia.

Para ilustrar esto, tomemos la idea de los “derechos del hombre”, de la que los medios y los politicastos de todo pelaje se han apoderado y con la que no dejan de calentarnos los oídos evocándola a cada paso. ¿Qué significa semejante diluvio de *derechos del hombre*”? En realidad, estos son, en el fondo, lo **contrario** de una ideología o creencia colectiva: son la Declaración de los derechos del hombre, egoísta e individualista, de la burguesía de 1789 cuya crítica hizo Marx en “*La cuestión judía*”; con ellos, lo que se valoriza es el hombre **privado**, el hombre de la propiedad privada. La burguesía del siglo XIX, al erigirse en clase que dirige ideológicamente la sociedad, tuvo mucho cuidado en poner sordina a tal Declaración burguesa-liberal-individualista. Hacía falta otra cosa para “*agrupar a todos los franceses*”: la Nación, la República... es decir, sujetos políticos que sugiriesen ideas de comunidad, de colectividad. Por esto subsiste hoy una fracción burguesa – muy minoritaria – que, rechazando los “*derechos del hombre*”, quería volver,

aunque sin poder conseguirlo, y con razón, a la República de los Gambetta y de los Clemenceau, a la Escuela laica de Jules Ferry y, por supuesto, a la Nación “*una e indivisible*”...

Si la burguesía ha sacado del armario los “*derechos del hombre*”, es simplemente porque ya no dispone de un sistema de creencia colectivo; más aún, porque ha dejado incluso de comprender su necesidad. Prueba de ello, la energía que gasta desde hace ya cierto tiempo en combatir las antiguas ideologías que tuvieron curso en el siglo XX y que llama los “totalitarismos” (el fascismo, el comunismo, que ella asimila al estalinismo, pero poco importa); “*totalitarismos*” con los que, dicho sea de paso, guisoteó en el pasado, habiendo simpatizado con el hitlerismo (“*Más vale Hitler que el Frente Popular*”, rugía la burguesía francesa en 1936) o bien habiéndose aliado sin ninguna vergüenza con el estalinismo, como hicieron las burguesías americana e inglesa en la segunda guerra mundial a partir de 1941; lo que equivale a la poca seriedad y coherencia que entraña este género de críticas a los “*totalitarismos*”; pero para la burguesía actual poco importa, la condena atronadora e insistente del fascismo y del “*comunismo*” no tiene más que un solo objetivo: encontrar una justificación tranquilizadora a la ausencia de toda creencia colectiva, sirviendo de cómodo repelente los “totalitarismos” en cuestión.

En realidad, la ideología burguesa dominante ha llegado a ser tan poco consistente que ya no es más que una letanía moralizadora: un magma de ideas fofas, “*tolerantes*”, de causas de buen tono (las “*causas humanitarias*”) que “*conmueven*” mucho, pero que no movilizan políticamente a nadie. Es el pensamiento cero en toda la línea o, si se prefiere, lo “*políticamente correcto*”.

Sólo hay la economía donde la burguesía no bromea. Pero ahí opera sin ideología ninguna. Sólo obedece a las leyes del capital, a las exigencias del mercado, a la dura necesidad de la rentabilidad, no dudando el patrón más humanista en despedir implacablemente si es necesario, mientras que las multinacionales no tienen ningún escrúpulo en utilizar el trabajo forzado de los niños. En eso da pruebas de tal firmeza que se

vuelve ciega en lo concerniente a la solidez y durabilidad de su sistema de dominación. De este modo, he aquí lo que se podía leer en Le Monde del 12/11/99 bajo la pluma de uno de sus intelectuales, R. Redeker, profesor de filosofía y miembro del comité de redacción de la revista *“Les Temps Modernes”*.

“¿Cómo vivir sin lo desconocido ante uno?”, preguntaba René Char. Ya no tenemos “lo desconocido” ante nosotros. Todas las perspectivas se han cerrado, llevadas a la reiteración indefinida del capitalismo. La muerte del comunismo va acompañada por un retraimiento del alma humana: ya no hay horizonte para las sociedades. De ello resulta un duelo, una glaciación de la esperanza: el hombre condenado a permanecer tal como es (la historia no dará a luz al hombre nuevo), las sociedades condenadas al capitalismo, a la propiedad privada, a ‘la privatización del individuo’ (por emplear el vocabulario de Castoriadis). El hombre contemporáneo tiene frío: la muerte del comunismo lo deja desolado ante la ausencia de futuro”.

Lo que hay de remarcable en este pasaje no es la desolación que parece embargar al autor en lo concerniente a la ausencia de alternativa al capitalismo con lo que él llama *“la muerte del comunismo”* (¿desolado por la muerte del estalinismo? ¡Pero dejémoslo con esta muerte de un comunismo que jamás ha existido!); es el pavor que lo embarga al pensar que el capitalismo es eterno, estando condenada la humanidad para el resto de sus días a sufrir la impronta de tal sistema. Ahí tenemos la última ilusión de la burguesía, por más que sea de izquierdas y escriba en *“Les Temps Modernes”*. Hoy ya no cree ideológicamente en gran cosa; reconoce incluso, como acabamos de leer, que su sistema no es muy regocijante, pero, añade, es indestructible, invencible. Esto continúa creyéndolo a pies juntillas. Lo que equivale a imaginarse que el capitalismo podría durar indefinidamente sin un sistema de creencia colectivo capaz de dar sentido a la existencia y, por tanto, resistir las pruebas y remontar los obstáculos. Pura ilusión, en efecto, pues precisamente es esto lo que les falta a las sociedades capitalistas actuales. Claro está, que el capitalismo es inmensamente triste y doloroso si no va acompañado de una

ideología fuerte capaz de sublimarlo en la “*Patria*”, la “*República*” y otros ideales. A partir del momento en que llegue una crisis “*tipo 29*” u otra, ¿qué pasará? Las sociedades capitalistas actuales, a la vista de su ausencia total de razón ideológica de existir, cederán y se hundirán al primer golpe, y se producirá la gran desbandada, siendo las “*élites*” las primeras en dar ejemplo. Por lo demás, es lo que ya ha ocurrido recientemente en el Este: cuando el bloqueo económico fue tal, se vio al antiguo sistema llamado comunista, al que se creía indestructible desde el interior por su “*totalitarismo*”, hundirse en un instante, al habersele acabado la cuerda ideológicamente al pseudo-comunismo, es decir, el sistema de convicción colectivo en curso y que lo había sostenido hasta entonces. Un tal agotamiento ideológico está igualmente teniendo lugar en las sociedades capitalistas occidentales y, una vez llegada la crisis, nos daremos cuenta de que todo se sostenía ideológicamente nada más que por un hilo. Una sociedad de clases no vive impunemente felicitándose del “*final de las ideologías*”.

*

VI

DEL “ORDEN MORAL” AL “DESORDEN MORAL”

Los verdaderos valores burgueses

La burguesía francesa había jugado bien cuando a comienzos de la III República tomó sólida y durablemente el poder: recuperó las ideas de la Revolución francesa – Libertad – Igualdad - Fraternidad – para hacer de ellas los símbolos de su reino, símbolos que se apresuró a inscribir con todas las letras en el frontispicio de los edificios públicos. Esto le permitió reunir alrededor de ella a todas las clases, pudiendo cada una, a su manera, tener interés en ello e interpretando estas ideas a su conveniencia. En un país como Francia, que había sido sacudida antes por luchas de clases especialmente violentas (junio de 1848, la Comuna de 1871), era un buen medio para reconciliar a todos los franceses. Si se exceptúa el campo “*reaccionario y clerical*”, que jamás había digerido la Revolución francesa y que aún lo hizo saber a propósito del caso Dreyfus, la operación fue coronada por el éxito: la República había abierto sus brazos a todos sus hijos, cualesquiera que fuesen sus condiciones sociales. De esta manera el reino de la burguesía francesa se confundió con un reino progresista que tuviese valores dignos y respetables.

Cuando en 1940 la misma burguesía francesa hizo una bajada de pantalones memorable y se volcó en su casi totalidad en la “*colaboración*” con la Alemania nazi, volviéndose

fascistizante, se quitó la máscara y dijo: “*Trabajo – Familia – Patria*”. Y al mismo tiempo vilipendió y rechazó el famoso tríptico Libertad – Igualdad – Fraternidad, que había sido, según ella, “*la causa de la derrota*”.

A partir de entonces se plantea la cuestión siguiente: ¿cuál de las dos burguesías, la de 1880 o la de 1940 (de hecho, la misma) decía la verdad sobre la naturaleza verdadera de los valores burgueses? Evidentemente, ¡era la burguesía de 1940! En realidad, siempre habían sido esos valores enunciados por el régimen de Pétain los que habían actuado en los hechos. Por supuesto, después de 1945 se volvió a los valores fetiches republicanos, pero esto forma parte de una de esas famosas “*excepciones francesas*” con las que la burguesía de este país gusta de distinguirse. En ninguna otra parte se encuentra huella de esa profesión de fe. En general, se abstiene uno de toda declaración, es mejor así...

Por eso, echemos un vistazo a esos valores que la burguesía, en un tiempo, acabó por desvelar.

Trabajo. En efecto, cómo no glorificarlo, dado el sistema económico existente, que hace de la explotación de la fuerza de trabajo la fuente de la valorización del capital y de su acumulación renovada incesantemente. Por otro lado, en un plano más general, la sociedad burguesa podía ser definida en su conjunto como una civilización del trabajo, la más grande que jamás haya existido, haciendo surgir de la actividad humana obras insospechadas. El socialista P. Lafargue no se había equivocado cuando escribió en 1880 su célebre panfleto, titulado por provocación “*El derecho a la pereza*”. Eso era tirar una piedra en el charco del orden moral burgués que exaltaba sin cesar al obrero “*trabajador honesto*” que cumplía con su deber sin refunfuñar en el trabajo, lo que hacía que ni siquiera hubiese que pagarle una pensión de vejez, tanto había acortado su existencia matándose de trabajar...

Familia. Después de que el obrero hubiese realizado su dura jornada de trabajo, era muy natural que encontrase un “nido confortable” junto a su mujer y sus hijos, y así pudiese reconstituir algo su fuerza de trabajo para el día siguiente. Por

eso la familia era sagrada. Gracias a ella el obrero escapaba a ese lugar de disolución que era la taberna. Y para que la familia estuviese asentada sobre bases sólidas, había que consagrarla a través de los lazos del matrimonio y así acabar con esas manías de vivir maritalmente, “*amancebados*”, con las parejas haciéndose y deshaciéndose.

Patria. Ya lo hemos evocado, ésta fue adulada, exaltada, sublimada, encargándose los “*maestros patrióticos de la República*” de moldear los escolares desde su más tierna infancia. Por la Patria había que constituir un bloque, formar un Frente nacional sin falla. Ahí también, nada más lógico. En una época en que el capitalismo no estaba aún “*mundializado*”, “*globalizado*”, entraba en el orden económico de las cosas que al capitalismo nacional se le hiciesen los honores: era en el marco de la nación donde se extraía lo esencial de la plusvalía (las “*deslocalizaciones*” no tenían curso todavía...), aun cuando con el imperio colonial se añadía un plus...

Trabajo – Familia – Patria, los émulos del régimen de Pétain habían acertado, ello correspondía bastante bien a las exigencias del capital. Si se le añade a eso la religión (“*la religión es buena para el pueblo*”, decía el burgués Voltaire) se tenía ahí un **Orden moral** capaz de garantizar la paz social en la ciudad; y no serían unos pocos anarquistas y anarcosindicalistas, lanzadores de bombas, huelguistas y antimilitaristas, los que estarían en condiciones de turbar seriamente un tal Orden...

Grandeza y decadencia

¿Qué hay hoy de un tal Orden? Pasemos revista a sus diversos componentes y constatemos los cambios ocurridos.

Trabajo. Con el capitalismo de “alta tecnología” se nos dice que se ha hecho “inesencial”. Algunos afirman incluso que, en lo sucesivo, lo que hay es “*el final del trabajo*”, como

Rifkin. Y hoy, *el horror económico*” (V. Forrester) ya no es la explotación del hombre por el hombre, sino la exclusión del hombre del trabajo, al ser las máquinas “*los nuevos proletarios*”, mientras que “*la clase obrera es despedida*” (J. Atali). ¿El trabajo “*inesencial*”? ¿entrado en su “*final*”? ¿que ya no es necesario explotarlo? ¡Esto no se sostiene! ¡Si esto fuese así, la valorización del capital se habría hecho imposible y el capitalismo habría dejado ya de existir! Pero no nos vamos a lanzar a una exposición a fin de hacer ver lo que tienen de adulteradas tales interpretaciones “*modernísimas*”. Para esto remitimos al lector a la 1ª parte de nuestra “*Investigación*”. Simplemente constatamos que, en razón de la evolución final del capitalismo, que tiende efectivamente a suprimir el trabajo, al tiempo que continúa teniendo necesidad de él para revalorizarse (es la contradicción del capital), el viejo discurso moralizador burgués concerniente a las virtudes del trabajo ha recibido un buen golpe en la cabeza, no encontrándose lejos de caer en la trampa.

Familia. También ella se bambolea. En la realidad, más de un tercio de las parejas casadas se divorcian algún tiempo después; la autoridad de los padres sobre los hijos se ha debilitado seriamente; las familias mono-parentales son moneda corriente; en cuanto al carácter sagrado del matrimonio entre un hombre y una mujer, hay de qué reírse cuando con el PACS (Pacto civil de solidaridad) nos enteramos de que los homosexuales podrán contraer “matrimonio” y quizá también adoptar niños...

Patria. Evocarla se ha convertido en “*algo anticuado*”, cuando antes era “*el lugar de la tierra sagrada*” y morir por ella era “*la suerte más bonita*”... Ahí también el hundimiento de un tal valor es espectacular, y se habrían contado con los dedos de una mano los que se habrían precipitado a los Campos Elíseos enarbolando la bandera tricolor la tarde de la victoria del equipo de Francia de fútbol en el campeonato del mundo, listos a ir a arriesgar su pellejo por dicha patria.

En una palabra, es fácil hacer la constatación: el edificio que constituía el Orden moral burgués se ha agrietado por todas

partes y se revela estar en plena decadencia. A este propósito es bastante curioso ver a algunos izquierdistas y anarquistas que continúan vilipendiando un tal Orden como si aún estuviese de pie, como si aún estuviésemos en la época de los Jules Ferry, Gambetta y Clemenceau. Manifiestamente, esas gentes tienen telarañas en los ojos y tendrían que graduar sus gafas para darse cuenta de la época en que se mueven.

Por supuesto, quedan algunos “*integristas*”, algunas “*ligas de moral y de virtud*” que se ofenden por tal “*pérdida de valores*” y sueñan con una “*revolución conservadora*” que restablecería en su integridad el Orden moral. Únicamente que se agotan sin provecho alguno en combates dudosos y de retaguardia. Lo que estas gentes no han comprendido es que si el Orden moral se ha debilitado, ello no obedece, como creen, a una misteriosa perversidad del alma humana que cede ante los demonios del “*pecado*”, sino a las condiciones nuevas que se han creado. Este Orden había sido edificado a partir de un capitalismo en pleno ascenso, que tenía ante sí toda una perspectiva de desarrollo. Ciertamente, había sido criticado a causa de su carácter **burgués** por los revolucionarios. En las crisis económicas y en las guerras, había podido ser puesto en duda por diversas corrientes (como la corriente surrealista). Pero mal que bien, había aguantado el golpe. Su superestructura ideológica correspondía bastante bien a la estructura económica del capitalismo. Con el capitalismo que toca a su fin y que caracteriza nuestra época, cada vez se ajusta peor a este último y revela su carácter caduco. En efecto, ¿para qué celebrar el trabajo si éste ha perdido no sólo todo atractivo para los proletarios (lo que ya era el caso desde hace mucho tiempo), sino que también se convierte en una mercancía rara para millones de individuos que se ven excluidos de él, o bien que se ven condenados a trabajillos, a trabajos-basura y otras formas del trabajo precario? ¿Qué puede significar la autoridad parental para los jóvenes cuyos padres están hundidos en el paro crónico? ¿Qué quiere decir la patria si las burguesías mismas ya no están muy seguras de la realidad de su nación? Necesariamente, el antiguo Orden moral acaba por perder toda consistencia y al

mismo tiempo los puntos de referencia que constituía se desdibujan en las conciencias hasta el punto de que se acaba por ignorarlos pura y simplemente. Y esto tanto más cuanto que las instituciones que debían recordar sus normas han dejado de funcionar como tales: ya no hay “*curso de moral*” como en los viejos tiempos de la escuela laica y republicana...

El desorden moral

Únicamente que, con este debilitamiento del antiguo orden moral burgués, hay un precio a pagar. Toda sociedad de clases necesita un código moral debidamente codificado a fin de determinar lo que está “*bien*” y lo que está “*mal*” para ella. Si este orden se descompone, se difumina en las conciencias, mientras no se levante otra sociedad, al menos, mientras no surja un movimiento revolucionario portador de nuevos valores, de ello resultará necesariamente un desorden moral que se traducirá en toda clase de comportamientos más o menos **peligrosos**. Cosa que se puede verificar hoy en la joven generación, mucho más afectada que las antiguas, ya que estas han conservado algunos puntos de referencia.

Nuestra intención aquí no es hacer un reportaje periodístico o una investigación sociológica sobre lo que se llama “*las violencias urbanas*” y revelar así lo que todo el mundo conoce: consumo de drogas, violencia en los estadios, en los colegios, comportamientos agresivos hacia los profesores, destrozos de bienes públicos, incendio de coches, agresiones en la calle y, a veces, homicidios sin razón seria aparente, tales son las manifestaciones más visibles del desorden moral que se ha instaurado. Evidentemente, se vendrá a decirnos que todo esto no es nuevo. A principios de siglo había los “*apaches*” o granujas que operaban en los “*fortines*” abandonados de la periferia de París, y a finales de los años 50 los “*gamberros*”. Las bandas actuales de jóvenes de las afueras de las ciudades no

harían más que inscribirse, por tanto, en esta continuidad. Por consiguiente, ¡todo va bien! ¡Nada nuevo bajo el sol! En pocas palabras, nunca es agradable a los oídos de los defensores del sistema oír decir que éste, en su podredumbre, desemboca en una degeneración moral que se traduce en un endurecimiento de los comportamientos y una violencia ciega. De hecho, las cosas han llegado a tal punto que se echa de menos la vieja moral burguesa que, al menos, decía a los individuos lo que había que creer y no creer, hacer y no hacer. No era nada del otro mundo, pero con la situación que se ha creado, es lo peor lo que se instaure; el trastorno, la ausencia de puntos de referencia son tales que cualquier cosa tiene lugar.

Como, de todos modos, es difícil ignorar lo que pasa minimizándolo continuamente, entonces queda la represión. Pero una vez que se haya metido en el talego – si se consigue – a los “*salvajes*” más peligrosos e intentado “*el diálogo*” con los demás gracias a la “*policía de proximidad*” y a los “*animadores o payasos callejeros*” (?!), el desorden moral no habrá desaparecido por ello de los espíritus, por la buena y simple razón de que, al estar deshecho el antiguo orden moral, por el momento no hay nada para reemplazarlo.

Es entonces cuando interviene la burguesía “*a la última moda*” que, con sus intelectuales, sus artistas “*comprometidos*” y otras vedettes estilo Cohn-Bendit, se imagina ser portadora de una “*nueva ética*”, más flexible y sin crispación, que superaría el viejo orden moral burgués. Así, por poner un ejemplo, en lugar de prohibir el consumo de drogas, preconiza liberalizar “*las drogas blandas*” tales como el hachís, la marihuana, el cannabis. Se llama a esto tener un comportamiento “*liberal-libertario*”, del cual el ex ministro Jack Lang ha hecho una especialidad, siempre presente cuando las cámaras de televisión están apuntando a alguna “*love parade*” o desfile de exhibicionistas desenfrenados. Legalizar las drogas blandas (y, como esto no será suficiente, habrá que pasar después, sin duda, a las drogas “*duras*”...), una tal solución equivale, de hecho, a dar estatuto legal al desorden moral ambiente, sin responder a la cuestión fundamental: ¿por qué sienten las personas la necesidad

de drogarse? Pero una cuestión semejante no puede, evidentemente, ser planteada por una tal burguesía, pues eso equivaldría a preguntar a la sociedad capitalista en la que los drogados evolucionan y, por tanto, acabar por procesar a tal sociedad, lo cual, sobre todo, ¡no hay que hacer!

Una tal burguesía “*liberal-libertaria*” no es más que un componente del desorden moral ambiente. Su enorme pretensión de querer reemplazar el viejo orden moral burgués que se debilita, es una estafa pura y simple. Sus maneras de tratar de “*anticuados*” y de “*reaccionarios chapados a la antigua*” a todos los que ponen en duda los cambios que ella pretende aportar, forman parte de lo mejorcito del terrorismo ideológico.

Mientras el capitalismo no sea suprimido, el viejo orden moral burgués no será reemplazado, sólo agonizará un poco más, aun si aquí y allá se intentará remendarlo. En cuanto a saber por qué cosa reemplazarlo, lo que hay de seguro es ¡que habrá que pasar por una revolución!

*

Nueva Economía, financiarización del capital, mundialización, neoliberalismo, nuevas tecnologías... El mundo capitalista no deja de hacernos partícipes de sus nuevos descubrimientos económicos, los cuales podrían abrirle todo un campo de explotación aún inexplorado. ¿Qué hay realmente de la validez de su sistema? ¿Es de verdad “triumfante”, como aparentan afirmar en todos los tonos la masa de sus mercachifles, apologistas y, tras ellos, sus nuevos defensores de izquierda, “socialistas” y “comunistas”, que se han enganchado a su carro pretendiendo atraer con el señuelo de un capitalismo “con rostro humano”?

Yendo a contracorriente del discurso dominante, hecho de oropeles y consistente, a fin de cuentas, en adornar al capitalismo de todas las virtudes, este escrito tiende a demostrar que el capitalismo ha llegado históricamente al final de su carrera. Esto no significa que se va a hundir económicamente de un momento a otro, sino que en adelante le falta el aliento: no sólo su economía no marcha ya más que al ralentí desde hace algún tiempo – incluso si a veces, aquí y allá, conoce algunos sobresaltos – sino que sus superestructuras políticas, sociales, ideológicas, están tocadas. Es todo este conjunto el que analiza este escrito.